



**CARTA PASTORAL
EN EL VIGÉSIMO ANIVERSARIO
DE LA CREACIÓN DE LA DIÓCESIS**

Una meditación sobre la Iglesia

CAPÍTULO I

MEDITAR EN LA IGLESIA, MADRE Y MAESTRA DE TODOS SUS HIJOS

**Los bienes que la Iglesia nos da
Una Iglesia en el mundo, pero no mundana
Muchos se han apartado de ella
Mirar con especial amor a los que se han alejado
Fe en la Iglesia
Lo humano y lo divino en la Iglesia
La única Iglesia que vive de la comunión
El fin de la Iglesia
En la Iglesia está nuestra salvación: seguridad en tiempo de confusiones
No cambiar los fines de la Iglesia: a Dios lo que es de Dios y al César lo que le es suyo
Razón y fe: la Iglesia no es una fuerza política
Necesidad de la unidad
Amor filial a la Iglesia
Frente a la ignorancia religiosa, trabajar en la formación**

CAPÍTULO II

SEÑOR, Y NOSOTROS, ¿QUÉ DEBEMOS HACER?

La triple misión de la Iglesia

a) El anuncio de la Palabra de Dios: la Iglesia siempre será misionera

**El testimonio y la misión de Jesús
El núcleo y centro del mensaje de Jesús: la liberación del pecado
Llegar a todos los ambientes y a todos los hombres
Apostolado del testimonio: todos llamados a entregarlo
Pero es necesario un anuncio explícito
La diócesis, comunidad que anuncia la Palabra en una realidad concreta
Todos llamados a Evangelizar, cada uno según su propia situación en la Iglesia
Nuestros jóvenes: el futuro de la Iglesia
El anuncio de la Palabra se transforma en un apostolado personal
Dar lugar a innovadoras iniciativas apostólicas
Audacia apostólica: no basta una actitud orante pero pasiva
El apostolado personal de los jóvenes: mostrar la coherencia entre fe y acción
Mirar a Cristo, tratarlo, seguirlo y hacer una opción por Él**

b) La celebración de la Liturgia y de los sacramentos de la fe

Relación entre la fe y los sacramentos

El primado de la gracia y la búsqueda de la santidad
Qué es la gracia y los que no viven en ella
Nuestra respuesta a la gracia. Ni activismo ni pasividad
Los sacramentos, signos eficaces de la acción del Señor en las almas
Cuidado y amor a la liturgia
Especial cuidado en la celebración de la Santísima Eucaristía
La Eucaristía, bien común de la Iglesia
Los sacerdotes y ministros, primeros responsables del cuidado de la Eucaristía
Un bien necesario para todos: la liturgia dominical
Nuestras Iglesias y Capillas: la comunidad se reúne para celebrar a Cristo
El trato de los hijos con el Padre: el camino de la piedad
Los ejercicios de piedad. Dar ejemplo.
Piedad popular: un don que cuidar y una riqueza que repartir

c) El servicio a la Caridad

La caridad como tarea de la Iglesia
Una caridad-cariño, espiritual y humana
Un servicio a la caridad totalmente ajeno a intereses ideológicos
El servicio a caridad: heroísmo en el trabajo eclesial habitual
Salir de la propia comodidad y del egoísmo para compartir lo que se tiene
Aprender a vivir la pobreza, tarea de todos y camino necesario
La Iglesia frente a la pobreza. El problema de las estructuras
Esa otra pobreza, la del espíritu y de la ignorancia de la fe
Hacia la recristianización de Chile
La purificación de la razón para encontrar la verdadera justicia
Reconquistar el papel esencial del derecho natural

CAPÍTULO III

NUESTRA MISIÓN COMO DISCÍPULOS Y MISIONEROS DEL SEÑOR JESÚS

Qué significa ser una diócesis
Anunciar a Cristo, la verdadera tarea y la única misión
Una Iglesia a la escucha de la Palabra de su Señor
Nuestra misión: Anunciar a Cristo y en Él descubrir el hombre al hombre
La familia, lugar desde donde Dios hace nacer su Iglesia
El trabajo humano, punto de encuentro y camino de santidad en lo ordinario
Los jóvenes y la educación religiosa

Queridos hermanos y hermanas:

1. Este año la Diócesis de San Bernardo celebrará el vigésimo aniversario desde que fuera creada por el siervo de Dios Juan Pablo II, cuya memoria permanece imborrable y alumbra el camino que recorreremos, bajo la guía del sucesor de Pedro, el Papa Benedicto XVI. Junto al recuerdo de este santo pontífice, viene a nuestro corazón de Pastor la figura tan querida y admirada por todos nosotros de nuestro Obispo fundador, monseñor Orozimbo Fuenzalida y Fuenzalida, que cumpliendo los deseos del Papa Juan Pablo emprendió con fortaleza y sobrenatural determinación la difícil misión de organizar esta nueva Iglesia particular y darle su propia fisonomía y carácter.

Estas circunstancias deben ser, para todos los católicos de nuestra diócesis, un motivo de profunda acción de gracias a Dios y también de un examen personal y comunitario respecto de nuestra propia respuesta a los dones que el Señor ha querido conceder a nuestra diócesis en estos primeros veinte años de su caminar hacia el Padre.

He pensado que esta carta pastoral tome la forma de una meditación sobre la Iglesia, de manera que en la primera parte volvamos la mirada hacia ella como madre y maestra, en la segunda nos ocupemos de meditar en qué es aquello que hoy nos pide a cada uno el Señor y en la tercera detengamos nuestra oración en algunas consideraciones acerca de nuestra querida diócesis de San Bernardo y la misión que a ella pide el Señor en este momento de su historia.

Este recorrido avivará en todos la fe, la esperanza y el amor a esta madre buena, nuestra Iglesia Católica y nos permitirá descubrir una vez más la bondad de Dios para con esta Iglesia particular de San Bernardo, de la que por designio de Dios y de la Sede Apostólica soy el pastor y padre.

Se trata, en resumen, de descubrir a la luz de las ricas enseñanzas del Magisterio, las acentuaciones en que debemos fijar nuestra atención y nuestra meditación en el tiempo presente que vive la Iglesia y nuestra diócesis

CAPÍTULO I

MEDITAR EN LA IGLESIA, MADRE Y MAESTRA DE TODOS SUS HIJOS

2. Al celebrar gozosos este acontecimiento eclesial, podemos volver a meditar la palabras de San Cirilo de Alejandría, en los primeros siglos de la Iglesia: “La Iglesia se llama católica o universal porque está esparcida por todo el orbe de la tierra, del uno al otro confín, y porque de un modo universal y sin defecto enseña todas las verdades de fe que los hombres deben conocer, ya se trate de las cosas visibles o invisibles, de las celestiales o las terrenas; también porque induce al verdadero culto a toda clase de hombres, a los gobernantes y a los simples ciudadanos, a los instruidos y a los ignorantes, y, finalmente, porque cura y sana toda clase de pecados sin excepción, tanto los internos como los externos; ella posee todo género de virtudes, cualquiera que sea su nombre, en hechos y palabras y en cualquier clase de dones espirituales”¹.

Como enseña el Concilio Vaticano II, “consumada, pues, la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra (cf. Jn. 17, 4) fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, para que continuamente santificara a la Iglesia, y de esta forma los creyentes pudieran acercarse por Cristo al Padre en un mismo Espíritu (cf. Ef. 2, 18). El es el Espíritu de la vida, o la fuente del agua que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4, 14; 7, 38-39), por quien vivifica el Padre a todos los muertos por el pecado hasta que resucite en Cristo sus cuerpos mortales (cf. Rom. 8, 10-11). El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (1 Cor. 3, 16; 6, 19) y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos (cf. Gál. 4, 6; Rom. 8, 15-16 y 26). Con diversos dones jerárquicos y carismáticos, dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia (cf. Ef. 4, 11-12; 1 Cor. 12, 4; Gál. 5, 22), a la que guía hacia toda verdad (cf. Jn. 16, 13) y unifica en comunión y ministerio. Con la fuerza del Evangelio hace rejuvenecer a la Iglesia, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo [3]. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ‘¡Ven!’ (cf. Apoc. 22, 17). Así se manifiesta toda la Iglesia como ‘una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo’”².

Quisiera que en este año de gracia todos volviéramos a meditar en lo que es y lo que significa ser convocados por el Señor para construir esta Iglesia particular que camina en San Bernardo. “La diócesis – nos enseña la Iglesia – es una porción del Pueblo de Dios que se confía a un obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que, unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular, en la que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica. Cada uno de los obispos a los que se ha confiado el cuidado de una Iglesia particular, bajo la autoridad del Sumo Pontífice, como pastores propios, ordinarios e inmediatos, apacientan sus ovejas en el nombre del Señor, desempeñando en ellas su oficio de enseñar, de santificar y de regir. Ellos, sin embargo, deben de reconocer los derechos que competen legítimamente a los patriarcas, o a otras

¹ San Cirilo de Jerusalén, Catequesis 18, 23-25

² Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, n.º 4

autoridades jerárquicas”³.

Hoy, cuando muchos hombres y mujeres, diría también muchos católicos, están confundidos acerca de qué es la Iglesia y qué es lo que debe hacer en el tiempo presente, es necesario reafirmar con fuerza que el designio salvífico de Dios que en ella se realiza es un misterio inabarcable para nuestra pobre mente humana, pero que alumbra sin cesar el camino del ser humano de la sociedad y se ha constituido, particularmente en estos últimos años, en una potente luz, cumpliéndose así aquellas palabras del apóstol San Pedro, pues en ella “se nos hace más firme la palabra de los profetas, a la cual hacéis bien en prestar atención, como la lámpara que luce en lugar oscuro hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana”⁴.

Los bienes que la Iglesia nos da

3. “En la Santa Iglesia los católicos encontramos nuestra fe, nuestras normas de conducta, nuestra oración, el sentido de la fraternidad, la comunión con todos los hermanos que ya desaparecieron y que se purifican en el Purgatorio –Iglesia purgante–, o con los gozan ya –Iglesia triunfante de la visión beatífica, amando eternamente al Dios tres veces Santo. Es la Iglesia que permanece aquí y, al mismo tiempo, trasciende la historia. La Iglesia, que nació bajo el manto de Santa María, y continúa en la tierra y en el cielo alabándola como Madre. Afirmémonos en el carácter sobrenatural de la Iglesia; confesémosle a gritos, si es preciso, porque en estos momentos son muchos los que se han olvidado de estas verdades capitales y pretenden proponer una imagen de la Iglesia que no es Santa, que no es Una, que no puede ser Apostólica, porque no se apoya en la roca de Pedro; que no es Católica, porque está surcada de particularismos ilegítimos, de caprichos de hombres. No es algo nuevo. Desde que Jesucristo Nuestro Señor fundó la Santa Iglesia, esta Madre nuestra ha sufrido una persecución constante. Quizá en otras épocas las agresiones se organizaban abiertamente; ahora, en muchos casos, se trata de una persecución solapada. Hoy, como ayer, se sigue combatiendo a la Iglesia”⁵.

Hoy, siguen siendo muy válidas aquellas palabras del gran Papa Pablo VI en unos de sus primeros documentos magisteriales: “Pensamos que la Iglesia tiene actualmente la obligación de ahondar en la conciencia que ella ha de tener de sí misma, del tesoro de verdad del que es heredera y depositaria, y de la misión que ella debe cumplir en el mundo. Aun antes de proponerse el estudio de cualquier cuestión particular, y aun antes de considerar la actitud que haya de adoptar en relación al mundo que la rodea, la Iglesia debe en este momento reflexionar sobre sí misma para confirmarse en la ciencia de los planes de Dios sobre ella, para volver a encontrar mayor luz, nueva energía y mejor gozo en el cumplimiento de su propia misión y para determinar los mejores medios que hagan más cercanos, operantes y benéficos sus contactos con la humanidad a la cual ella misma pertenece, aunque se distinga de aquella por caracteres propios e inconfundibles”⁶.

Es este tiempo, queridos hermanos, el propicio para volver a descubrir qué es

³ Concilio Vaticano II. Decreto *Christum Dominum*, n° 11.

⁴ 2 Pe, 1.19

⁵ San Josemaría Escrivá, Homilía Amar a la Iglesia.

⁶ Pablo VI. Enc. *Ecclesiam Suam*, n° 5.

nuestra Iglesia Católica, donde encontramos la verdadera salvación, de manera que al seguirla y al seguir las enseñanzas que Dios nos da por medio de ella, vamos ya por caminos seguros de fidelidad a Cristo y a sus enseñanzas.

Una Iglesia en el mundo, pero no mundana

4. Siguiendo las palabras de Jesús al Padre pidiendo que preservara a sus discípulos del mal pero sin sacarlos del mundo, hoy la Iglesia y sus miembros sufrimos los embates fuertes de una cultura que tiende a alejarse de Dios, que lo desconoce y que en muchos casos quiere borrar su huella de la vida del mundo. “Todos saben cómo la Iglesia está inmersa en la humanidad, forma parte de ella; de ella saca a sus miembros, de ella extrae preciosos tesoros de cultura, y sufre sus vicisitudes históricas como también contribuye a sus éxitos. Ahora bien, todos saben por igual que la humanidad en este tiempo está en vía de grandes transformaciones, trastornos y desarrollos que cambian profundamente no sólo sus formas exteriores de vida, sino también sus modos de pensar. Su pensamiento, su cultura, su espíritu se han modificado íntimamente, ya por el progreso científico, técnico y social, ya por las corrientes del pensamiento filosófico y político que la invaden y atraviesan. Todo ello, como las olas de un mar, envuelve y sacude a la Iglesia misma; los espíritus de los hombres que a ella se confían están fuertemente influidos por el clima del mundo temporal; de tal manera que un peligro como de vértigo, de aturdimiento, de extravío, puede sacudir su misma solidez e inducir a muchos a aceptar los más extraños pensamientos, como si la Iglesia tuviera que renegar de sí misma y abrazar novísimas e impensadas formas de vida. Así, por ejemplo, el fenómeno modernista —que todavía aflora en diversas tentativas de expresiones extrañas a la auténtica realidad de la religión católica, ¿no fue precisamente un episodio de un parecido predominio de las tendencias psicológico-culturales propias del mundo profano, sobre la fiel y genuina expresión de la doctrina y de la norma de la Iglesia de Cristo? Ahora bien, creemos que para inmunizarse contra tal peligro, siempre inminente y múltiple, que procede de muchas partes, el remedio bueno y obvio es el profundizar en la conciencia de la Iglesia sobre lo que ella es verdaderamente, según la mente de Cristo conservada en la Escritura y en la Tradición, e interpretada y desarrollada por la genuina enseñanza eclesial, la cual está, como sabemos, iluminada y guiada por el Espíritu Santo, dispuesto siempre, cuando se lo pedimos y cuando le escuchamos, a dar indefectible cumplimiento a la promesa de Cristo: “El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ese os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho”⁷. Son estas palabras fuertes, pero nadie puede negar que con el paso de los años se han hecho más reales y evidentes, mostrando la clarividencia y la santidad del Papa Pablo VI.

El actual pontífice nos ha descrito con palabras muy claras la situación de muchos hermanos y hermanas nuestras en este tiempo difícil por el que surca la barca de la Iglesia, al iniciar su servicio a la Iglesia Universal: “El Palio indica primeramente que Cristo nos lleva a todos nosotros. Pero, al mismo tiempo, nos invita a llevarnos unos a otros. Se convierte así en el símbolo de la misión del pastor del que hablan la segunda lectura y el Evangelio de hoy. La santa inquietud de Cristo ha de animar al pastor: no es indiferente

⁷ Ibid., n.º 8

para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores. Por eso, los tesoros de la tierra ya no están al servicio del cultivo del jardín de Dios en el que todos puedan vivir, sino subyugados al poder de la explotación y la destrucción. La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud”⁸.

Muchos se han apartado de ella

5. De esta Iglesia, fundada por Cristo sobre la roca de Pedro, muchos en su vida práctica parecen que se han apartado⁹. Lo dicen las estadísticas y lo muestra la realidad. Muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo parece que ya no necesitan de Dios y muchos aun reconociéndole su existencia no aceptan a Jesucristo, el Hijo de Dios vivo que vino a redimirnos, ni que la Iglesia Católica sea la depositaria de ese mensaje de salvación. Incluso más, en nuestra patria parece cundir el fenómeno de una religiosidad plagada de nuevas denominaciones, sectas, grupos, etc., cuya presencia parece atemorizar a algunos católicos, cuando la verdad es que se trata de un fenómeno antiguo que se conoce bien y cuyo aumento no es verdadero ni de la magnitud que algunas veces se le quiere dar según lo demuestran estudios más recientes¹⁰. Otros se preguntan por las razones que hacen que muchos –sobre todo los jóvenes– no comprendan la Iglesia y no vivan bajo su maternal alero. Y surgen aquí y allá teorías y pensamientos que a la larga, aun viniendo de ambientes eclesiásticos, quisieran adecuar el mensaje de Cristo a los tiempos nuevos y a las realidades diversas, sin tener en cuenta que son los tiempos los que deben adecuarse a las enseñanzas del Evangelio y que la Iglesia como madre solícita, va preguntándose una y otra vez qué le dice el Espíritu Santo sobre aquellas nuevas realidades y dando respuestas adecuadas y verdaderas. Allí están para probarlo las enseñanzas del Concilio Vaticano II, aun por muchos desconocidas, y por otros interpretadas erróneamente; el magisterio del Papa Pablo VI, y el fecundo tiempo de enseñanzas que nos brindara el Papa Juan Pablo II. No hay tema alguno de importancia para el mundo moderno respecto del cual la Iglesia no haya dado una palabra orientadora – cuando no la única – en los últimos cincuenta años.

En su reciente viaje a América, refiriéndose a este tema, decía el Papa a los Obispos del Brasil: “entre los problemas que abruman vuestra solicitud pastoral está, sin duda, la cuestión de los católicos que abandonan la vida eclesial. Parece claro que la causa principal, entre otras, de este problema, pueda ser atribuida a la falta de una evangelización en la que

⁸ Benedicto XVI. Homilía, 24 de abril de 2005

⁹ Encuesta Bicentenario UC-Adimark 2006, Pontificia Universidad Católica. Vicerrectoría de Comunicaciones y Asuntos Públicos, n.º 6, b, en que se reafirma que la institución que genera más confianza entre los chilenos es la Iglesia Católica.

¹⁰ *Ibid.*, n.º 6. “Los datos de identificación religiosa son similares a los que se obtuvieron en el último Censo: 70% de católicos, 15% de evangélicos, 10% que no se identifican con ninguna religión, 4% de otras religiones y 2% ateos o agnósticos”.

Cristo y su Iglesia estén en el centro de toda explicación. Las personas más vulnerables al proselitismo agresivo de las sectas -que es motivo de justa preocupación- e incapaces de resistir a las embestidas del agnosticismo, del relativismo y del laicismo son generalmente los bautizados no suficientemente evangelizados, fácilmente influenciables porque poseen una fe fragilizada y, a veces, confusa, vacilante e ingenua, aunque conserven una religiosidad innata”¹¹.

Mirar con especial amor a los que se han alejado

6. La Iglesia mira con especial amor a los que son “no practicantes; toda una muchedumbre, hoy día muy numerosa, de bautizados que, en gran medida, no han renegado formalmente de su bautismo, pero están totalmente al margen del mismo y no lo viven. El fenómeno de los no practicantes es muy viejo en la historia del cristianismo y supone una debilidad natural, una gran incongruencia que nos duele en lo más profundo de nuestro corazón. Sin embargo, hoy día presenta aspectos nuevos. Se explica muchas veces por el desarraigo típico de nuestra época. Nace también del hecho de que los cristianos se aproximan hoy a los no creyentes y reciben constantemente el influjo de la incredulidad. Por otra parte, los no practicantes contemporáneos, más que los de otras épocas, tratan de explicar y justificar su posición en nombre de una religión interior, de una autonomía o de una autenticidad personal”¹². “Ateos y no creyentes, por una parte, no practicantes por otra, oponen a la evangelización resistencias no pequeñas. Los primeros, la resistencia de un cierto rechazo, la incapacidad de comprender el nuevo orden de las cosas, el nuevo sentido del mundo, de la vida, de la historia, que resulta una empresa imposible si no se parte del Absoluto que es Dios. Los otros, la resistencia de la inercia, la actitud un poco hostil de alguien que se siente como de casa, que dice saberlo todo, haber probado todo y ya no cree en nada”¹³. “Secularismo ateo y ausencia de práctica religiosa se encuentran en los adultos y en los jóvenes, en la élite y en la masa, en las antiguas y en las jóvenes Iglesias. La acción evangelizadora de la Iglesia, que no puede ignorar estos dos mundos ni detenerse ante ellos, debe buscar constantemente los medios y el lenguaje adecuados para proponerles la revelación de Dios y la fe en Jesucristo”¹⁴.

Resulta evidente que frente a esta realidad es necesario hacer esfuerzos de colaboración que caen dentro de un verdadero ecumenismo. El Papa Benedicto XVI, ante la realidad y complejidad del fenómeno de las sectas y de las nuevas denominaciones cristianas, ha señalado que “el Ecumenismo, o sea, la búsqueda de la unidad de los cristianos, se vuelve en ése nuestro tiempo, en el cual se verifica el encuentro de las culturas y el desafío del secularismo, una tarea siempre más urgente de la Iglesia Católica. Con la multiplicación, sin embargo, de cada vez nuevas denominaciones cristianas y, sobre todo delante de ciertas formas de proselitismo, frecuentemente agresivo, el empeño ecuménico se vuelve una tarea compleja. En tal contexto, es indispensable una buena formación histórica y doctrinal que posibilite el necesario discernimiento y ayude a

¹¹ Benedicto XVI, Homilía a los Obispos del Brasil, 11 de mayo de 2007

¹² Pablo VI. Exh. Apost. *Evangelii nuntianti*, 8 de diciembre de 1975, n.º 56

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ *Ibíd.*, n.º 56

entender la identidad específica de cada una de las comunidades, los elementos que dividen y aquellos que ayudan en el camino de construcción de la unidad”¹⁵.

Luego, continúa el Papa, “el gran campo común de colaboración debería ser la defensa de los fundamentales valores morales transmitidos por la tradición bíblica, contra su destrucción en una cultura relativista y consumista; más aún, la fe en Dios creador y en Jesucristo, su Hijo encarnado. Además, vale siempre el principio del amor fraterno y de la búsqueda de comprensión y de proximidad mutuas; pero también la defensa de la fe de nuestro pueblo, confirmándolo en la feliz certeza de que la ‘única Christi Ecclesia... subsistit in Ecclesia catholica, a successore Petri et Episcopis in eius communione gubernata’ (la única Iglesia de Cristo... subsiste en la Iglesia Católica gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él) (*Lumen gentium* 8)”¹⁶.

Hacia esos hermanos que se han alejado, quizá por culpa en parte de cada uno de nosotros al no saber mostrar el rostro amable de la verdadera Iglesia de Jesucristo y desde ella las exigencias del seguimiento del Señor, se dirige especialmente nuestra misión como discípulos del único Maestro, en el espíritu de la V Conferencia de los Obispos de Latinoamérica y el Caribe.

Fe en la Iglesia

7. “Una Iglesia que, según su doctrina y su ejemplo, mira con serenidad al pasado y no tiene miedo al futuro. Con el gran jubileo ha entrado en el nuevo milenio, llevando en las manos el Evangelio, aplicado al mundo actual a través de la autorizada relectura del Concilio Vaticano II. El Papa Juan Pablo II presentó con acierto ese concilio como “brújula” para orientarse en el vasto océano del tercer milenio¹⁷. También en su testamento espiritual anotó: “Estoy convencido de que durante mucho tiempo, aun las nuevas generaciones podrán recurrir a las riquezas que este Concilio del siglo XX nos ha regalado” (17 de marzo de 2000)¹⁸.

“Fe. Necesitamos fe. Si se mira con ojos de fe, se descubre que la Iglesia lleva en sí misma y difunde a su alrededor su propia apología. Quien la contempla, quien la estudia con ojos de amor a la verdad, debe reconocer que Ella, independientemente de los hombres que la componen y de las modalidades prácticas con que se presenta, lleva en sí un mensaje de luz universal y único, liberador y necesario, divino”, como enseñó el Papa Pablo VI¹⁹.

Cuando oímos voces de herejías y comprobamos los atropellos que se cometen en contra de las verdades más esenciales; cuando la liturgia se convierte en una forma de figuración y creación personal plagada de inventos propios y añadidos y especialmente se cometen abusos en la celebración del misterio central de la Fe, la Santísima Eucaristía, como con particular fuerza lo denunció el Papa Juan Pablo II en la Carta *Dominicae Coenae*; cuando pese a las indicaciones precisas y reiteradas de la Iglesia se siguen practicando absoluciones colectivas contra todo derecho y se permite e incluso se incentiva

¹⁵ Benedicto XVI, Homilía a los Obispos del Brasil, n.º 6. 11 de mayo de 2007

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Cf. Juan Pablo II, Carta *Novo millennio ineunte*, nn. 57-58

¹⁸ Benedicto XVI, Homilía en la *Missa pro Ecclesiae*, 22 de abril de 2005

¹⁹ Pablo VI, Alocución el 23 de junio de 1966.

la comunión eucarística de personas que están en pecado grave; cuando observamos que se ataca impunemente la santidad del matrimonio mediante leyes sobre la familia que han provocado un daño gravísimo a la constitución de la misma; cuando se introducen y difunden teorías acerca del sacerdocio que son opuestas a la enseñanza de la Iglesia; cuando la concepción inmaculada de Nuestra Madre Santa María y su virginidad perpetua, con todos los demás privilegios y excelencias con que Dios la adornó son olvidadas y relegadas buscando con ello un falso ecumenismo que atraería a la Iglesia a grupos y confesiones que están separados; cuando el milagro perenne de la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía en muchos ambientes eclesiásticos ha perdido la centralidad; cuando el primado de Pedro y la enseñanza del Papa no reciben el eco que es propio y cuando la misma Resurrección de Nuestro Señor es puesta en tela de juicio con teorías difundidas sin que nadie les ponga verdadero atajo, ¿cómo no sentir toda el alma llena de tristeza? Pero hemos de tener confianza: la Santa Iglesia es incorruptible. La Iglesia vacilará si su fundamento vacila, pero ¿podrá vacilar Cristo? Mientras Cristo no vacile, la Iglesia no flaqueará jamás hasta el fin de los tiempos²⁰. Hace unos meses el Papa Benedicto XVI decía: “no podemos inventarnos nosotros la fe, componiéndola con elementos ‘sostenibles’; debemos crecer juntamente con la Iglesia. No podemos comprender todo lo que enseña la Iglesia; no todo tiene que estar presente en toda vida. Sin embargo, es importante que, juntamente con los demás creyentes, formemos el gran ‘Yo’ de la Iglesia, su ‘Nosotros’ vivo, constituyendo así la gran comunidad de la fe, la gran asamblea en la que el Tú de Dios y el yo del hombre verdaderamente se toquen”²¹. “Sí, la Iglesia está viva; ésta es la maravillosa experiencia de estos días. Precisamente en los tristes días de la enfermedad y la muerte del Papa, algo se ha manifestado de modo maravilloso ante nuestros ojos: que la Iglesia está viva. Y la Iglesia es joven. Ella lleva en sí misma el futuro del mundo y, por tanto, indica también a cada uno de nosotros la vía hacia el futuro. La Iglesia está viva y nosotros lo vemos: experimentamos la alegría que el Resucitado ha prometido a los suyos. La Iglesia está viva; está viva porque Cristo está vivo, porque él ha resucitado verdaderamente. En el dolor que aparecía en el rostro del Santo Padre en los días de Pascua, hemos contemplado el misterio de la pasión de Cristo y tocado al mismo tiempo sus heridas. Pero en todos estos días también hemos podido tocar, en un sentido profundo, al Resucitado. Hemos podido experimentar la alegría que él ha prometido, después de un breve tiempo de oscuridad, como fruto de su resurrección”²².

Lo humano y lo divino en la Iglesia

8. “Como en Cristo hay dos naturalezas –la humana y la divina, así, analógicamente, podemos referirnos a la existencia en la Iglesia de un elemento humano y uno divino. A nadie se le oculta la evidencia de esa parte humana. La Iglesia, en este mundo, está compuesta de hombres y para hombres, y decir hombre es hablar de la libertad, de la posibilidad de grandezas y de mezquindades, de heroísmos y de claudicaciones. Si admitiésemos sólo esa parte humana de la Iglesia, no la entenderíamos nunca, porque no

²⁰ Cf. S. Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 103, 2, 5; PL 37, 1353.

²¹ Benedicto XVI, Discurso a los Obispos Suizos en visita *ad limina*, 7 de noviembre de 2006

²² *Ibid.*

habríamos llegado a la puerta del misterio. La Sagrada Escritura utiliza muchos términos – sacados de la experiencia terrena – para aplicarlos al Reino de Dios y a su presencia entre nosotros, en la Iglesia. La compara al redil, al rebaño, a la casa, a la semilla, a la viña, al campo en el que Dios planta o edifica. Pero resalta una expresión que compendia todo: la Iglesia es el Cuerpo de Cristo”²³.

Como enseña San Pablo en la Iglesia, unos han sido llamados a “ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo (Ef. 4, 11-12) y aunque seamos muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros (cf. Rom. 12, 5). ¡Qué luminosa es nuestra fe! Todos somos en Cristo, porque El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia. Pese a estas verdades que alumbran el caminar bimilenario de la Iglesia, muchos hermanos se han escandalizado al descubrir que quienes componemos la Iglesia somos pecadores y más aún, que quienes fueron puestos como pastores han transgredido los más elementales compromisos, llegando a faltas que por su materia y gravedad han removido los cimientos de su fe en la Iglesia. “En el cuerpo visible de la Iglesia –en el comportamiento de los hombres que la componemos aquí en la tierra – aparecen miserias, vacilaciones, traiciones. Pero no se agota ahí la Iglesia, ni se confunde con esas conductas equivocadas: en cambio, no faltan, aquí y ahora, generosidades, afirmaciones heroicas, vidas de santidad que no producen ruido, que se consumen con alegría en el servicio de los hermanos en la fe y de todas las almas”²⁴.

Aunque la reacción de la Iglesia ante estas dificultades ha sido fuerte y las medidas certeras y adecuadas, los efectos de esos embates seguirán marcando su caminar en los años venideros, no faltando quienes se aprovechan de la debilidad humana para atacar a la Iglesia y a sus ministros. Por otra parte, también en Chile hemos sentido con fuerza que el prestigio de la Iglesia y su consideración en la vida de muchos de nuestros compatriotas ha disminuido, cargando muchos injustamente los errores de unos pocos.

Sin embargo, ante este panorama diríamos negativo, cómo no levantar el corazón lleno de alegría al descubrir que en estos años la Iglesia ha elevado a los altares a Santa Teresa de Jesús de los Andes y a San Alberto Hurtado, dos compatriotas que son puestos como ejemplos de virtud y coherente respuesta al llamado a la santidad que Dios hace a cada hombre y a cada mujer que viene a este mundo.

La Iglesia, queridos hermanos y hermanas, es, por tanto, inseparablemente humana y divina. Es sociedad divina por su origen, sobrenatural por su fin y por los medios que próximamente se ordenan a ese fin; pero, en cuanto se compone de hombres, es una comunidad humana²⁵. Vive y actúa en el mundo, pero su fin y su fuerza no están en la tierra, sino en el Cielo.

También durante los últimos tiempos se ha levantado una idea que pretende introducir una división entre aquella que sería la Iglesia carismática, movida sólo por el espíritu y que actúa en cada uno según los soplos del Espíritu, y otra Iglesia que podríamos llamar jerárquica, que fundaría su eficacia en las reglas y normas rígidas y estrictas, que

²³ San Josemaría Escrivá, Homilía Amar a la Iglesia

²⁴ Ibíd.

²⁵ Cf. León XIII, Encíclica *Satis cognitum*, ASS 28, p. 710.

con sus estructuras ahierroja a la persona y de la cual es necesario liberarse. Pero “se equivocarían gravemente los que intentaran separar una Iglesia carismática, que sería la verdaderamente fundada por Cristo, de otra jurídica o institucional, que sería obra de los hombres y simple efecto de contingencias históricas. Sólo hay una Iglesia. Cristo fundó una sola Iglesia: visible e invisible, con un cuerpo jerárquico y organizado, con una estructura fundamental de derecho divino, y una íntima vida sobrenatural que la anima, sostiene y vivifica”²⁶.

“Y no es posible dejar de recordar que, cuando el Señor instituyó su Iglesia, no la concibió ni formó de modo que comprendiera una pluralidad de comunidades semejantes en su género, pero distintas, y no ligadas por aquellos vínculos que hacen a la Iglesia indivisible y única... Y así, cuando Jesucristo habló de este místico edificio, recuerda sólo a una Iglesia a la que llama suya: edificaré mi Iglesia (Matt. XVI, 18). Cualquier otra que fuera de ésta se imagine, al no haber sido fundada por El, no puede ser su verdadera Iglesia”²⁷.

La única Iglesia que vive de la comunión

9. Tomando unas recientes reflexiones de los Obispos de España, reafirmemos que “la Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”²⁸. El ser más profundo de la Iglesia consiste en su íntima vinculación con el Misterio salvador de Cristo, quien la ha constituido en “instrumento de redención universal”²⁹ y “sacramento universal de salvación”³⁰, para realizar y manifestar por medio de Ella el misterio del amor de Dios al hombre³¹. Cristo y la Iglesia, sin confundirse, pero sin separarse, constituyen el Cristo total (*Christus totus*)³². La única Iglesia de Cristo, “constituida y ordenada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia Católica gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con Él”³³. La enseñanza del Concilio Vaticano II ha destacado tanto la continuidad que existe entre la Iglesia de Cristo y la Iglesia Católica, como los elementos pertenecientes a la Iglesia de Cristo, presentes en otras Iglesias y Comunidades eclesiales, que, por su misma naturaleza, tienden a la comunión plena”³⁴.

²⁶ San Josemaría Escrivá. Homilía Amar a la Iglesia

²⁷ León XIII, Encíclica *Satis cognitum*, ASS 28, pp. 712 y 713

²⁸ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* 1; cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 774-775.

²⁹ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* n.º 9

³⁰ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* n.º 1

³¹ Cf. Concilio Vaticano II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, n.º 45.

³² Cf. San Agustín de Hipona, *Enarraciones in Psalmos* 90, 2, 1 (CCL 39, 1266); *Tractatus in Ioannis epistolam ad Partos* 1, 2 (PL 35, 1979); Hilario de Poitiers, *De Trinitate*, 2, 24 (CCL 62, 60); Pablo VI, Credo del Pueblo de Dios, 19-20; Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración *Mysterium Ecclesiae* (24 de junio de 1973), n.º 1; Id., Declaración *Dominus Iesus* (6 de agosto de 2000), n.º 16; Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 795-796. 1136. 1187.

³³ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n.º 8; Catecismo de la Iglesia Católica, n.º 816.

³⁴ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración *Mysterium Ecclesiae* sobre la doctrina católica acerca de la Iglesia para defenderla de algunos errores actuales (24 de junio de 1973), 1; Declaración *Dominus*

“El Señor Jesús comenzó su Iglesia predicando la buena nueva, es decir, la llegada del Reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Escrituras”³⁵. El estrecho vínculo entre el Reino de Dios y la Iglesia se ilumina a partir de la unidad existente entre las palabras y obras de Cristo y su Misterio Pascual. La acogida del Reino es identificada por los Evangelios, desde el principio, con la acogida y el seguimiento de Jesucristo. La participación en el Reino, tras la Pascua, tiene como forma definitiva la comunión plena con el Señor resucitado, por el don de su Espíritu. Todo hombre está llamado a participar, por caminos que sólo Dios conoce, en esta Pascua del Señor³⁶ y a entrar así en el Reino. No es legítimo, en consecuencia, separar el Reino de Dios de la figura histórica de Jesucristo, muerto y resucitado y, por tanto, del Padre³⁷. Tampoco lo es disolver el significado de la Iglesia como verdadero sacramento de la comunión en Cristo. Y aunque la realización del designio divino de salvación pueda darse fuera de los límites visibles de la Iglesia, no es correcto separar la noción de Reino de Dios de la realidad de la Iglesia³⁸.

“El Sínodo Extraordinario de Obispos del año 1985, celebrado a los veinte años de la clausura del Concilio Vaticano II, puso en evidencia la importancia de la noción de comunión para comprender la naturaleza íntima de la Iglesia, tal como el Concilio la había formulado”³⁹. Al hablar de comunión se debe tener en cuenta que ante todo es un don de Dios, con una dimensión horizontal y vertical, visible e invisible⁴⁰. En consecuencia, es insuficiente entender la comunión como el fruto del ejercicio asociativo propio de agrupaciones meramente humanas. El punto de partida de la comunión es el encuentro con Jesucristo, el Hijo de Dios, que llega a los hombres a través del anuncio de la Iglesia y de los sacramentos⁴¹. Si esto no se tiene en cuenta, lo propio y específico del misterio de la Iglesia queda oscurecido”⁴².

El fin de la Iglesia

10. También algunas veces se escuchan preguntas y razonamientos que parecen no comprender cuál es el fin de la Iglesia. San Pablo, en el primer capítulo de la epístola a los Efesios, afirma que el misterio de Dios, anunciado por Cristo, se realiza en la Iglesia. Dios Padre ha puesto todas las cosas bajo los pies de Cristo y le ha constituido cabeza de toda la Iglesia, que es su cuerpo, y en la cual aquél que lo completa todo en todos halla el

Iesus (6 de agosto de 2000), nn. 16-17. Ya antes, en la Notificación sobre el volumen “Iglesia: carisma y poder. Ensayo de eclesiología militante” del P. Leonardo Boff, O.F.M. (11 de marzo de 1985), se había recordado esta misma cuestión.

³⁵ Cf. Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n.º 5.

³⁶ Cf. Concilio Vaticano II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, n.º 22.

³⁷ Cf. Orígenes, *In Mattheum*, 14, 7 (PG 13, 1197).

³⁸ Cf. Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 1990) n.º 18; Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración *Dominus Iesus* (6 de agosto de 2000), n.º 18. San Agustín, *De civitate Dei* 20, 9 (CCL 48,715-717); San Gregorio Magno, *Homiliarum in Evangelia libri duo*, 2, 32, 6 (CCL 141, 283-284).

³⁹ Cf. Sínodo de los Obispos, II Asamblea extraordinaria (1985), *Relatio finalis* II,C,1.

⁴⁰ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Communio notio* (28 de mayo de 1992), nn.3-4.

⁴¹ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Communio notio* (28 de mayo de 1992), nn. 4-5.

⁴² Instrucción Pastoral Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II, nn. 37, 38, 39.

complemento (cf. Ef. 1, 22-23). El misterio de Dios es restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos y las de la tierra (cf. Ef. 1, 10).

“Pero, ¿qué es la Iglesia? ¿Dónde está la Iglesia? Muchos cristianos, aturcidos y desorientados, no reciben respuesta segura a estas preguntas, y llegan quizá a pensar que aquellas que el Magisterio ha formulado por siglos –y que los buenos Catecismos proponían con esencial precisión y sencillez– han quedado superadas y han de ser sustituidas por otras nuevas. Una serie de hechos y de dificultades parecen haberse dado cita para ensombrecer el rostro limpio de la Iglesia. Unos sostienen: la Iglesia está aquí, en el afán por acomodarse a lo que llaman tiempos modernos. Otros gritan: la Iglesia no es más que el ansia de solidaridad de los hombres; debemos cambiarla de acuerdo con las circunstancias actuales. Se equivocan. La Iglesia, hoy, es la misma que fundó Cristo, y no puede ser otra. Los Apóstoles y sus sucesores son vicarios de Dios para el régimen de la Iglesia, fundamentada en la fe y en los Sacramentos de la fe. Y así como no les es lícito establecer otra Iglesia, tampoco pueden transmitir otra Fe ni instituir otros Sacramentos, sino que, por los Sacramentos que brotaron del costado de Cristo pendiente en la Cruz, ha sido construida la Iglesia (Santo Tomas de Aquino, S. Th. III, q.64, a.2 ad 3.). La Iglesia ha de ser reconocida por aquellas cuatro notas, que se expresan en la confesión de fe de uno de los primeros Concilios, como las rezamos en el Credo de la Misa: Una sola Iglesia, Santa, Católica y Apostólica (Símbolo constantinopolitano, Denzinger-Schön. 150). Esas son las propiedades esenciales de la Iglesia, que derivan de su naturaleza, tal como la quiso Cristo. Y, al ser esenciales, son también notas, signos que la distinguen de cualquier otro tipo de reunión humana, aunque en estas otras se oiga pronunciar también el nombre de Cristo”⁴³

La Iglesia es un misterio insondable, de pura gratuidad de amor: porque el mismo Dios nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia, por la caridad (Eph. 1, 4). No tiene límites el Amor de Dios: el mismo San Pablo anuncia que el Salvador Nuestro quiere que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad (1 Tim. II, 4.).

Con cuánta claridad nos ha descrito el Papa Benedicto XVI el verdadero fin de la Iglesia durante su reciente viaje a América: “Ésta es la finalidad, y no otra, la finalidad de la Iglesia, la salvación de las almas, una a una. Por eso el Padre envió a su Hijo, y ‘como el Padre me envió, también yo os envío’ (Jn. 20, 21). De aquí el mandato de evangelizar: ‘Id, pues, enseñad a todas las naciones; bautizadlas en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñadles a observar todo lo que os mandé. He aquí que estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo’ (Mt. 28, 19-20)”⁴⁴.

El reciente Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica resume en breve frase la respuesta a la pregunta acerca de la misión de la Iglesia: “La misión de la Iglesia es la de anunciar e instaurar entre todos los pueblos el Reino de Dios inaugurado por Jesucristo. La Iglesia es el germen e inicio sobre la tierra de este Reino de salvación”⁴⁵.

En la Iglesia está nuestra salvación: seguridad en tiempo de confusiones

⁴³ San Josemaría Escrivá, Lealtad a la Iglesia. Homilía pronunciada el 4 de junio de 1972

⁴⁴ Benedicto XVI, Homilía a los Obispos de Brasil, 11 de mayo de 2007, n.º 2.

⁴⁵ Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica n.º 150

11. Ante la difundida idea de que todos los caminos llevan a Dios, o ante el llamado “catolicismo a mi manera”, tan difundido entre nosotros y que consiste en vivir la fe según los propios dictados, escogiendo aquello que me parece conveniente y dejando de lado lo más difícil y exigente, no podemos olvidar que la Iglesia es mucho más que un camino entre tantos otros para llegar a la salvación: es el único camino. Y esto no lo han inventado los hombres, lo ha dispuesto Cristo: “el que creyere y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere, será condenado” (Mc. 16, 16). Por eso se afirma que la Iglesia es necesaria, con necesidad de medio, para salvarse. Ya en el siglo II escribía Orígenes que “si alguno quiere salvarse, venga a esta casa, para que pueda conseguirlo... Ninguno se engañe a sí mismo: fuera de esta casa, esto es, fuera de la Iglesia, nadie se salva”⁴⁶. Y San Cipriano, “si alguno hubiera escapado (del diluvio) fuera del arca de Noé, entonces admitiríamos que quien abandona la Iglesia puede escapar de la condena”⁴⁷.

Recientemente el Santo Padre nos ha señalado, refiriéndose a este tema: “Todavía nos podemos hacer otra pregunta: ¿Qué nos da la fe en este Dios? La primera respuesta es: nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia Católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza”(cf. 2 Co. 8, 9)⁴⁸. En otra de sus intervenciones en América, relativas al significado de la fe cristiana de nuestro continente, decía: “No es una ideología política, ni un movimiento social, como tampoco un sistema económico; es la fe en Dios Amor, encarnado, muerto y resucitado en Jesucristo, el auténtico fundamento de esta esperanza que produjo frutos tan magníficos desde la primera evangelización hasta hoy”⁴⁹.

En innumerables ocasiones la Iglesia ha debido salir al paso de las teorías que relativizan la salvación y el camino de la Iglesia como el verdadero establecido por Cristo para alcanzar la vida eterna. “El perenne anuncio misionero de la Iglesia es puesto hoy en peligro por teorías de tipo relativista, que tratan de justificar el pluralismo religioso, no sólo de facto sino también de iure (o de principio). En consecuencia, se retienen superadas, por ejemplo, verdades tales como el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo, la naturaleza de la fe cristiana con respecto a la creencia en las otras religiones, el carácter inspirado de los libros de la Sagrada Escritura, la unidad personal entre el Verbo eterno y Jesús de Nazaret, la unidad entre la economía del Verbo encarnado y del Espíritu Santo, la unicidad y la universalidad salvífica del misterio de Jesucristo, la mediación salvífica universal de la Iglesia, la inseparabilidad –aun en la distinción – entre el Reino de Dios, el Reino de Cristo y la Iglesia, la subsistencia en la Iglesia católica de la única Iglesia de Cristo”⁵⁰.

⁴⁶ Orígenes, *Hom. In Iesu nave.*, 5, 3; PG 12, 841.

⁴⁷ S. Cipriano, *De Catholicae Ecclesiae unitate*, 6; PL 4, 503.

⁴⁸ Benedicto XVI, Discurso en la inauguración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, 13 de mayo de 2007

⁴⁹ Benedicto XVI, Homilía del Papa en la Misa de inauguración de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, 13 de mayo de 2007

⁵⁰ Congregación para la doctrina de la fe, Declaración *Dominus Iesu*, 6 de agosto de 2000, n.º 4

“Las raíces de estas afirmaciones hay que buscarlas en algunos presupuestos, ya sean de naturaleza filosófica o teológica, que obstaculizan la inteligencia y la acogida de la verdad revelada. Se pueden señalar algunos: la convicción de la inaferrabilidad y la inefabilidad de la verdad divina, ni siquiera por parte de la revelación cristiana; la actitud relativista con relación a la verdad, en virtud de lo cual aquello que es verdad para algunos no lo es para otros; la contraposición radical entre la mentalidad lógica atribuida a Occidente y la mentalidad simbólica atribuida a Oriente; el subjetivismo de quien, considerando la razón como única fuente de conocimiento, se hace ‘incapaz de levantar la mirada hacia lo alto para atreverse a alcanzar la verdad del ser’; la dificultad de comprender y acoger en la historia la presencia de eventos definitivos y escatológicos; el vaciamiento metafísico del evento de la encarnación histórica del Logos eterno, reducido a un mero aparecer de Dios en la historia; el eclecticismo de quien, en la búsqueda teológica, asume ideas derivadas de diferentes contextos filosóficos y religiosos, sin preocuparse de su coherencia y conexión sistemática, ni de su compatibilidad con la verdad cristiana; la tendencia, en fin, a leer e interpretar la Sagrada Escritura fuera de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia”⁵¹.

“Sobre la base de tales presupuestos, que se presentan con matices diversos, unas veces como afirmaciones y otras como hipótesis, se elaboran algunas propuestas teológicas en las cuales la revelación cristiana y el misterio de Jesucristo y de la Iglesia pierden su carácter de verdad absoluta y de universalidad salvífica, o al menos se arroja sobre ellos la sombra de la duda y de la inseguridad”⁵².

Extra Ecclesiam, nulla salus. Es el aviso continuo de los Padres: fuera de Iglesia católica se puede encontrar todo – admite San Agustín – menos la salvación. Se puede tener honor, se pueden tener sacramentos, se puede cantar “aleluya”, se puede responder “amén”, se puede sostener el Evangelio, se puede tener fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, y predicarla; pero nunca, si no es en la Iglesia católica, se puede encontrar la salvación⁵³. El Catecismo de la Iglesia Católica, recogiendo y explicando esta antigua sentencia, señala: “¿cómo entender esta afirmación tantas veces repetida por los Padres de la Iglesia? Formulada de modo positivo, significa que toda salvación viene de Cristo-Cabeza por la Iglesia que es su Cuerpo: El santo Sínodo... basado en la Sagrada Escritura y en la Tradición, enseña que esta Iglesia peregrina es necesaria para la salvación. Cristo, en efecto, es el único Mediador y camino de salvación que se nos hace presente en su Cuerpo, en la Iglesia. Él, al inculcar con palabras, bien explícitas, la necesidad de la fe y del bautismo, confirmó al mismo tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que entran los hombres por el bautismo como por una puerta. Por eso, no podrían salvarse los que sabiendo que Dios fundó, por medio de Jesucristo, la Iglesia Católica como necesaria para la salvación, sin embargo, no hubiesen querido entrar o perseverar en ella” (LG. 14)⁵⁴.

“Esta afirmación no se refiere a los que, sin culpa suya, no conocen a Cristo y a su Iglesia: Los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con la ayuda de la gracia, hacer la

⁵¹ Ibid.

⁵² Ibid.

⁵³ San Agustín, *Sermo ad Caesariensis ecclesiae plebem*, 6; PL 43, 456.

⁵⁴ CEC n.º 846

voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna (LG. 16; cf. DS. 3866-3872)⁵⁵. “Aunque Dios, por caminos conocidos sólo por Él, puede llevar a la fe, ‘sin la que es imposible agradarle’ (Hb. 11, 6), a los hombres que ignoran el Evangelio sin culpa propia, corresponde, sin embargo, a la Iglesia la necesidad y, al mismo tiempo, el derecho sagrado de evangelizar” (AG. 7)⁵⁶.

No cambiar los fines de la Iglesia: a Dios lo que es de Dios y al César lo que le es suyo

12. A nadie se esconde que en nuestros tiempos hay una gran confusión acerca de qué es lo que debe hacer la Iglesia, cuál es su misión y su fin, y menos que existen teorías y ambientes eclesiales donde, de hecho, los fines que Cristo quiso para su Iglesia han sido paulatinamente cambiados por otros de orden social o político. Se intenta cambiar los fines sobrenaturales de la Iglesia cuando por justicia, algunos no entienden ya la vida de santidad, sino una lucha política determinada, más o menos marcada por el relativismo que es inconciliable con la fe cristiana. Por liberación, no admiten la batalla personal por huir del pecado, sino una tarea humana, que puede ser noble y justa en sí misma, pero que carece de sentido para el cristiano si implica una desvirtuación de lo único necesario (cf. Luc. 10, 42), la salvación eterna de las almas, una a una.

La voz profética de la Iglesia no puede callarse, y en los últimos años ha sido particularmente clara para denunciar las injusticias de nuestro mundo y de nuestra patria, pero ello no puede significar introducir a la Iglesia en banderías y cuestiones temporales que, por su naturaleza, están entregadas por Dios a la libre opinión de los hombres. Como señalaba recientemente el Papa Benedicto XVI a los representantes de la Santa Sede ante los organismos internacionales: “Ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir a los fuertes” (1 Co. 1, 27). Que este criterio de la acción divina, siempre actual, os impulse a no sorprenderos, y mucho menos a desanimaros, ante las dificultades y las incomprensiones. En efecto, sabéis que, a través de ellas, participáis con autoridad en la responsabilidad profética de la Iglesia, que quiere seguir elevando su voz en defensa del hombre, aun cuando la política de los Estados o la mayor parte de la opinión pública vayan en dirección contraria. En efecto, la verdad tiene fuerza en sí misma y no en el número de consensos que recibe”⁵⁷. Reafirmando estas ideas, el mismo Papa en su primera Encíclica *Dios es Amor*, enseñaba a toda la Iglesia: “Para definir con más precisión la relación entre el compromiso necesario por la justicia y el servicio de la caridad, hay que tener en cuenta dos situaciones de hecho: a) El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política. Un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una gran banda de ladrones, dijo una vez Agustín: “*Remota itaque iustitia quid sunt regna nisi magna latrocinia?*” Es propio de la estructura fundamental del cristianismo la distinción entre lo que es del César y lo que es de Dios (cf. Mt. 22, 21), esto es, entre Estado e Iglesia o, como dice el Concilio Vaticano II, el reconocimiento de la autonomía de las realidades temporales. El Estado no puede imponer la religión, pero tiene que garantizar su libertad y la paz entre los seguidores de las

⁵⁵ CEC n.º 847

⁵⁶ CEC n.º 848

⁵⁷ Benedicto XVI, Discurso a los Representantes de la Santa Sede ante los organismos internacionales, 18 de marzo de 2006.

diversas religiones; la Iglesia, como expresión social de la fe cristiana, por su parte, tiene su independencia y vive su forma comunitaria basada en la fe, que el Estado debe respetar. Son dos esferas distintas, pero siempre en relación recíproca (...). En este punto, política y fe se encuentran. Sin duda, la naturaleza específica de la fe es la relación con el Dios vivo, un encuentro que nos abre nuevos horizontes mucho más allá del ámbito propio de la razón. Pero, al mismo tiempo, es una fuerza purificadora para la razón misma. Al partir de la perspectiva de Dios, la libera de su ceguera y la ayuda así a ser mejor ella misma. La fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio. En este punto se sitúa la doctrina social católica: no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación de la razón y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica”⁵⁸.

Razón y fe: la Iglesia no es una fuerza política

13. “La doctrina social de la Iglesia argumenta desde la razón y el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano. Y sabe que no es tarea de la Iglesia el que ella misma haga valer políticamente esta doctrina: quiere servir a la formación de las conciencias en la política y contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad para actuar conforme a ella, aun cuando esto estuviera en contraste con situaciones de intereses personales. Esto significa que la construcción de un orden social y estatal justo, mediante el cual se da a cada uno lo que le corresponde, es una tarea fundamental que debe afrontar de nuevo cada generación. Tratándose de un quehacer político, esto no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia. Pero, como al mismo tiempo es una tarea humana primaria, la Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables. La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien”⁵⁹.

El tiempo presente de la Iglesia nos debe hacer preguntarnos acerca de la manera de cumplir este compromiso ineludible con la justicia, que es compromiso con todos los hombres y mujeres que habitan nuestro mundo y especialmente con los más pobres. Al mismo tiempo, hemos de reflexionar acerca de los efectos que puede haber producido en la vida de la Iglesia una cercanía demasiado intensa a los problemas políticos, económicos o sociales, que, importantes por su propia naturaleza y algunas veces particularmente graves

⁵⁸ Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus Caritas est*. n.º 28

⁵⁹ *Ibíd.*

porque afectan la dignidad de la persona humana, pueden hacer que nos veamos envueltos en divisiones humanas que terminan por confundir los fines de la Iglesia y su misión, introduciendo quiebres muy profundos entre los católicos. “La Iglesia no es un partido político, ni una ideología social, ni una organización mundial de concordia o de progreso material, aun reconociendo la nobleza de esas y de otras actividades. La Iglesia ha desarrollado siempre y desarrolla una inmensa labor en beneficio de los necesitados, de los que sufren, de todos cuantos padecen de alguna manera las consecuencias del único verdadero mal, que es el pecado. Y a todos – a aquellos de cualquier forma menesterosos, y a los que piensan gozar de la plenitud de los bienes de la tierra – la Iglesia viene a confirmar una sola cosa esencial y definitiva: que nuestro destino es eterno y sobrenatural, que sólo en Jesucristo nos salvamos para siempre, y que sólo en El alcanzaremos ya de algún modo en esta vida la paz y la felicidad verdaderas”⁶⁰.

Aparece así hoy con más fuerza que nunca la responsabilidad de los católicos en la Iglesia y especialmente de los pastores. Con San Pablo recordamos el llamado del Señor: “Te conjuro, pues, delante de Dios y de Jesucristo que ha de juzgar a los vivos y a los muertos, al tiempo de su venida y de su Reino: predica la palabra de Dios, insiste, con ocasión y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo en el que los hombres no podrán soportar la sana doctrina, sino que, teniendo una comezón extremada de oír doctrinas acomodadas a sus pasiones, recurrirán a una caterva de doctores propios para satisfacer sus deseos, y cerrarán los oídos a la verdad y los aplicarán a las fábulas”(2 Tim. 4, 14).

Necesidad de la unidad

14. Resuena especialmente necesaria en estos tiempos la Palabra del Señor: “Que todos sean una misma cosa, y que, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros (Juan 17, 21) y que vivamos “solicitos en conservar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 3, 3). Pues formamos “un solo cuerpo y un solo espíritu, así como fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación: un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios y Padre de todos, el cual está sobre todos, por todos y en todos”(Ef. 4, 6-9).

En efecto, “hemos sido agregados al mismo Cuerpo de Cristo mediante la fe y el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es el mismo Espíritu el que nos justifica y el que anima nuestra vida cristiana: sólo hay un cuerpo y un Espíritu, como también habéis sido llamados con una misma esperanza, la de vuestra vocación. Sólo un Señor, una fe, un bautismo (Ef. 4, 4-5). Esta es la única fuente que conduce y requiere, tanto hoy como en el alba de la Iglesia, “la unidad en la doctrina de los apóstoles, en la mutua unión, en la fracción del pan y en las oraciones” (LG. 13). La estructura misma de la Iglesia, con su jerarquía y sus sacramentos, no hace más que traducir y realizar esta unidad esencial recibida de Cristo-Cabeza. Finalmente, esta unidad interior en la Iglesia de Cristo constituye “para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación” (LG. 9)”⁶¹.

⁶⁰ Cf. San Josemaría Escrivá, *Lealtad a la Iglesia*, ob. cit.

⁶¹ Juan Pablo II, *Aloc.30 de diciembre de 1980*

Esta unidad, deseada ardientemente por Cristo, ha sido sometida a duras pruebas en los últimos años de la vida de la Iglesia, también en nuestra patria. Es notoria para muchos fieles la diversidad de maneras de resolver las distintas realidades eclesiales que debemos enfrentar con soluciones y propuestas algunas veces contrarias a las enseñanzas esenciales de la fe; desde los consejos que reciben los fieles en materias de orden moral, hasta los enfoques relativos a la interpretación de las Sagradas Escrituras⁶²; desde las verdades dogmáticas de la fe, presentadas algunas veces de una manera totalmente distinta de las enseñanzas del Magisterio. Desde la arbitraria participación de sacerdotes y religiosos en opiniones de orden político, social, económico, etc., hasta el escándalo de los abandonos del ministerio sacerdotal, presentados como una verdadera opción que justifica esas defecciones. Desde católicos que en cargos y oficios públicos han sostenido y aprobado leyes contrarias a los valores esenciales de la dignidad humana, como es el caso de la ley que permitió el divorcio en nuestro país, hasta las propuestas de legislación sobre uniones de hecho o proyectos que promueven el aborto, apoyados por personas que sostienen públicamente su fe católica. Todo ello mientras las enseñanzas de la Iglesia han sido en algunos de estos ámbitos, especialmente claras en los últimos años. Hace un tiempo, comentando la vida de San Cipriano, el Papa Benedicto XVI recordaba que, “la característica irrenunciable de la Iglesia es la unidad, simbolizada por la túnica de Cristo sin costuras: unidad que encuentra su fundamento en Pedro y su realización perfecta en la Eucaristía”⁶³.

Amor filial a la Iglesia

15. Escribe Santa Teresita del Niño Jesús: “Entendí que sólo el amor es el que impulsa a obrar a los miembros de la Iglesia y que, si faltase este amor, ni los apóstoles anunciarían ya el Evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Reconocí claramente y me convencí de que el amor encierra en sí todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares: en una palabra, que el amor es eterno. Entonces, llena de alegría desbordante, exclamé: “Oh Jesús, amor mío, por fin he encontrado mi vocación: mi

⁶² “En algunas ocasiones los textos bíblicos se estudian e interpretan como si se trataran de meros textos de la antigüedad. Incluso se emplean métodos en los que se excluye sistemáticamente la posibilidad de la Revelación, del milagro o de la intervención de Dios. En lugar de integrar las aportaciones de la historia, de la filología y de otros instrumentos científicos con la fe y la Tradición de la Iglesia, frecuentemente se presenta como problemática la interpretación eclesial y se la considera ajena, cuando no opuesta, a la ‘exégesis científica’. El olvido de la inspiración y del canon de la Sagrada Escritura, como si se tratara de principios irrelevantes para la auténtica comprensión del texto sagrado, no deja de constituir una grave preocupación. El problema no radica en la utilización de los recursos de la filología o de todos los datos que la investigación nos ofrece, sino de aquellos presupuestos filosóficos e ideológicos de los métodos, que resultan incompatibles con la confesión de Cristo, centro de las Escrituras. Dichos métodos son muy útiles y necesarios dentro de su ámbito, pero no pueden tener, por su propia naturaleza, la última palabra en la comprensión de un texto bíblico cuyo elemento determinante es la inspiración. Sería algo semejante a querer comprender la persona e identidad de Cristo prescindiendo de su carácter divino, y, además, presentar tal comprensión como una conclusión ‘científica’. La consecuencia de una errónea exégesis es que la Escritura deja de ser ‘el alma de la teología’, y no puede fundamentar ni la catequesis, ni la liturgia, ni la predicación, ni la vida moral cristiana, ni la piedad de los fieles.” n.º 19. Instrucción Pastoral. Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II. Marzo de 2006

⁶³ Benedicto XVI, Catequesis, 5 de junio de 2007

vocación es el amor. Sí, he hallado mi propio lugar en la Iglesia, y este lugar es el que tú me has señalado, Dios mío. En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor: de este modo lo seré todo y mi deseo se verá colmado”⁶⁴.

Son también estos tiempos que corren tiempos para renovar nuestro amor a la Iglesia, una Iglesia sin manchas y pura en razón de su origen divino y con muchas manchas de sus miembros que ofendemos a Dios y al prójimo y que no somos fieles a las exigencias de nuestra condición bautismal. Pese a ello la Iglesia, que es Madre, nos acoge y nosotros debemos aprender a acoger a todos, aun a aquellos que estando en su seno no comparten y más aún, contradicen sus enseñanzas en temas esenciales. Por eso, escribió San Agustín, “yo abrazo a una Iglesia llena de trigo y de paja; con la palabra y la disciplina del Señor enmiendo a los que puedo, y tolero a los que no puedo enmendar”⁶⁵.

Amar a la Iglesia significa aceptar sus enseñanzas, la guía de sus pastores, las orientaciones del Magisterio, especialmente del Papa, que es Pastor universal de la Iglesia y de los Obispos que están en comunión con la Sede de Pedro: “Si amas la Cabeza, amas también a los miembros”, dice San Agustín⁶⁶.

Amar a la Iglesia significa descubrir en ella todas las fuentes que nos permiten nuestra propia salvación y la del prójimo. Amar a la Iglesia es permanecer fiel a ella en los momentos de alegría y en los tiempos de dolor, de incompreensión o incluso cuando una persona tiene la desgracia de vivir alejada de la unión con Cristo y la Iglesia por la Gracia, pues pese a esas dificultades se sigue siendo miembro de este cuerpo y de este pueblo, y la misericordia de Dios no abandonará nunca a quien, pese a esas dificultades, persevera en la fe católica, porque “Cristo no excluyó a los pecadores de la sociedad por El fundada. Si, por tanto, algunos miembros están aquejados de enfermedades espirituales, no por eso debe disminuir nuestro amor a la Iglesia; al contrario, ha de aumentar nuestra compasión hacia sus miembros”⁶⁷.

Amar a la Iglesia significa no buscar fuera de ella lo que aparentemente no encuentro en ella. Amar a la Iglesia significa – como los buenos hijos de Noé que cuenta el libro del Génesis – no criticarla ni atacarla, sino tratarla siempre como haríamos con nuestro padre. San Ireneo, en los primeros siglos de la Iglesia, escribió unas palabras que hoy siguen siendo muy adecuadas: “Siendo nuestros argumentos de tanto peso, no hay para qué ir a buscar todavía de otros la verdad que tan fácilmente se encuentra en la Iglesia, ya que los apóstoles depositaron en ella, como en una despensa opulenta, todo lo que pertenece a la verdad, a fin de que todo el que quiera pueda tomar de ella la bebida de la vida. Y esta es la puerta de la vida: todos los demás son salteadores y ladrones. Por esto hay que evitarlos, y en cambio hay que poner suma diligencia en amar las cosas de la Iglesia y en captar la tradición de la verdad”⁶⁸. San Agustín nos recuerda: “Que nadie diga: ‘sí, voy todavía a los ídolos, consulto a los poseídos y a los hechiceros, pero no dejo la Iglesia de Dios, soy católico’. Permanecéis adheridos a la Madre, pero ofendéis al Padre. Otro dice, poco más o menos: ‘Dios no lo permita; yo no consulto a los hechiceros, no interrogo a los

⁶⁴ Santa Teresita del Niño Jesús, Manuscrito autobiográfico, 1. c., pp. 227-229.

⁶⁵ San Agustín, *Contra el donatista Cresconio*, 3, 25

⁶⁶ San Agustín, *Trat. Epist. S. Juan*, 10, 3

⁶⁷ Pío XII, *Encíclica Mystici Corporis Christi*, n.º 30

⁶⁸ San Ireneo, *Tratado contra las herejías*, 3, 4

poseídos, no practico adivinaciones sacrílegas, no voy a adorar a los demonios, no sirvo a los dioses de piedra, pero soy del partido de Donato'. ¿De qué sirve no ofender al Padre si El vengará a la Madre, a quien ofendéis?"⁶⁹. Y San Cipriano había declarado brevemente: "No puede tener a Dios como Padre quien no tiene a la Iglesia como Madre"⁷⁰.

En nuestro tiempo, cuando se ha difundido tan ampliamente un relativismo que intenta hacer imposible la verdad, cuando muchos católicos quieren –quizá sin darse bien cuenta– rebajar las exigencias de la fe, "el verdadero y auténtico católico es el que ama la verdad de Dios y a la Iglesia, cuerpo de Cristo; aquel que no antepone nada a la religión divina y a la fe católica: ni la autoridad de un hombre, ni el amor, ni el genio, ni la elocuencia, ni la filosofía; sino que, despreciando todas estas cosas y permaneciendo sólidamente firme en la fe, está dispuesto a admitir y a creer solamente lo que la Iglesia siempre y universalmente ha creído"⁷¹.

Hace falta hoy repetir, en voz muy alta, aquellas palabras de San Pedro ante los personajes importantes de Jerusalén: "Este Jesús es aquella piedra que vosotros desechasteis al edificar, que ha venido a ser la principal piedra del ángulo; fuera de El no hay que buscar la salvación en ningún otro, pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual podamos salvarnos"(Hechos 4, 11-12). Así hablaba el primer Papa, la roca sobre la que Cristo edificó su Iglesia, llevado de su filial devoción al Señor y de su solicitud hacia el pequeño rebaño que le había sido confiado. De él y de los demás Apóstoles aprendieron los primeros cristianos a amar entrañablemente a la Iglesia⁷².

"Rechacemos, por tanto, el pensamiento de que la Iglesia – olvidando el sermón de la montaña – busca la felicidad humana en la tierra, porque sabemos que su única tarea consiste en llevar las almas a la gloria eterna del paraíso; rechazamos cualquier solución naturalista que no aprecie el papel primordial de la gracia divina; rechazamos las opiniones materialistas, que tratan de hacer perder su importancia a los valores espirituales en la vida del hombre; rechazamos de igual modo las teorías secularizantes, que pretenden identificar los fines de la Iglesia de Dios con los de los estados terrenos, confundiendo la esencia, las instituciones, la actividad, con características similares a las de la sociedad temporal"⁷³.

Frente a la ignorancia religiosa, trabajar en la formación

16. Hace ya hace muchos años venimos comprobando que se ha extendido en el pueblo de Dios la ignorancia en materia religiosa, particularmente en las nuevas generaciones. Sus abuelos eran buenos católicos, los padres ya aceptaron cierta indiferencia y los hijos, los jóvenes de hoy, muchos de ellos por desgracia, casi nada saben de la Iglesia de Cristo y aun hasta las mismas oraciones elementales no las conocen. "Si me preguntáis por qué hay tan pocos cristianos que obren con la exclusiva intención de agradar a Dios, ved la razón de ello. Es porque la mayor parte de los cristianos se hallan sumidos en la más espantosa ignorancia, lo cual hace que todo su obrar sea meramente humano. De manera que, si

⁶⁹ San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 88, 2, 14; PL 37, 1140

⁷⁰ S. Cipriano, o.c.; PL 4, 502.

⁷¹ San Vicente de Lerins, *Commonitorio*, n.º 20

⁷² Cf. San Josemaría Escrivá, Homilía Amar a la Iglesia.

⁷³ *Ibíd.*

comparaseis sus intenciones con las de los paganos, ninguna diferencia encontraríais. ¡Dios mío!, ¡cuántas buenas obras se pierden para el cielo!”⁷⁴. El Cardenal Newman con mucha sabiduría describía, ya en 1873, algo que hoy esta particularmente presente: “La mayoría de las falsedades contienen algo de verdad; por lo menos, aquellas falsedades que son perversiones de la verdad son las que tienen más éxito. Pero, aun sin falsedad, vosotros sabéis cuán extraña puede aparecer la verdad a mentes no familiarizadas con ella”⁷⁵.

Es cierto que siempre ha existido la ignorancia en materia religiosa, pero en estos momentos la ignorancia más brutal en materias de fe y de moral se disfraza, a veces, con altisonantes nombres aparentemente teológicos. “Por eso el mandato de Cristo a sus Apóstoles cobra, si cabe, una apremiante actualidad: id y enseñad a todas las gentes (Mt. 28, 19.) No podemos desentendernos, no podemos cruzarnos de brazos, no podemos encerrarnos en nosotros mismos. Acudamos a combatir, por Dios, una gran batalla de paz, de serenidad, de doctrina”⁷⁶. Recientemente el Papa Benedicto XVI decía “es importante que en la catequesis, tanto en la escuela como en la parroquia y en la comunidad, la fe siga siendo plenamente valorada, es decir, que los niños aprendan verdaderamente qué es la ‘creación’, qué es la ‘historia de la salvación’ realizada por Dios, qué es, o mejor quién es Jesucristo; qué son los sacramentos; cuál es el objeto de nuestra esperanza...”, y seguía el Papa “yo creo que todos debemos comprometernos seriamente, como siempre, en una renovación de la catequesis en la que sea fundamental la valentía de dar testimonio de la propia fe y de encontrar modos adecuados para hacer que sea comprendida y acogida, pues la ignorancia religiosa ha alcanzado niveles espantosos”⁷⁷.

Esta es la razón por la cual en nuestra diócesis estamos fuertemente empeñados en llevar la enseñanza de la fe a todos, especialmente a los más jóvenes, mediante el Proyecto San Agustín, que pretende dotar de libros de religión a todos los niños y jóvenes de nuestros establecimientos educacionales y la publicación de libros de catequesis en todos los niveles para las comunidades parroquiales, de manera que todos tengan los medios necesarios para conocer su fe, partiendo por las familias que no tienen recursos para procurar esos textos a sus hijos. Es también la razón por la cual hemos impulsado con fuerza el perfeccionamiento de nuestros catequistas parroquiales mediante el Diplomado en Catequesis y la formación permanente de los profesores de religión católica y la Asociación diocesana de Educadores Católicos y muchas otras iniciativas cuya finalidad es formar en la fe a los que deben formar a los más jóvenes en ella. Asimismo, nuestra editorial ha comenzado a publicar los principales documentos del Magisterio y la Colección “Cuadernos de Vida Cristiana”.

Se trata, en definitiva, de usar todos los medios que la moderna técnica pone a nuestra disposición para hacer llegar abundantemente la formación cristiana y las enseñanzas de la fe católica a todos. Como nos ha dicho el Papa Benedicto XVI “un gran medio para introducir al Pueblo de Dios en el misterio de Cristo es la catequesis. En ella se transmite de forma sencilla y substancial el mensaje de Cristo. Convendrá por tanto intensificar la catequesis y la formación en la fe, tanto de los niños como de los jóvenes y

⁷⁴ Santo Cura de Ars, Sermón sobre la virtud.

⁷⁵ Sermón en la inauguración del Seminario S. Bernardo, 3 de octubre de 1873

⁷⁶ San Josemaría Escrivá, Homilía Amar a la Iglesia.

⁷⁷ Benedicto XVI, Discurso a los Obispos Suizos en visita *ad limina*, 7 de noviembre de 2006

adultos. La reflexión madura de la fe es luz para el camino de la vida y fuerza para ser testigos de Cristo. Para ello se dispone de instrumentos muy valiosos como son el Catecismo de la Iglesia Católica y su versión más breve, el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. En este campo no hay que limitarse sólo a las homilias, conferencias, cursos de Biblia o teología, sino que se ha de recurrir también a los medios de comunicación: prensa, radio y televisión, sitios de internet, foros y tantos otros sistemas para comunicar eficazmente el mensaje de Cristo a un gran número de personas”⁷⁸.

⁷⁸ Benedicto XVI, Discurso inaugural de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, 13 de mayo de 2007, n.º 3

CAPÍTULO II

SEÑOR, Y NOSOTROS ¿QUÉ DEBEMOS HACER?

La triple misión de la Iglesia

17. Volvamos a la lectura del Santo Evangelio. Aquellos soldados que escucharon la predicación de Juan le preguntaron: “Y nosotros, ¿qué debemos hacer?” (Lc. 3,14). También hoy podemos preguntarnos lo mismo y quizá aplicar esta pregunta a la misma Iglesia. ¿Qué debe hacer la Iglesia del siglo XXI? El Papa Benedicto en su primera encíclica ha querido darnos una respuesta sobre la que puede discurrir nuestra meditación en esta segunda parte de esta Carta Pastoral en el vigésimo aniversario de nuestra diócesis: el Papa como padre y maestro de toda la Iglesia, quiere decirnos qué debe hacer la Iglesia en esta época nueva: “La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma-martyria), celebración de los Sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse la una de la otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia”⁷⁹.

Detengámonos en cada uno de estos elementos:

a) El anuncio de la Palabra de Dios: la Iglesia siempre será misionera

18. El Papa Pablo VI, poco tiempo antes de partir a la casa del Padre, quiso dejar a la Iglesia una maravillosa Exhortación Apostólica acerca de la Evangelización del mundo contemporáneo, cuyas enseñanzas alumbran aun hoy el caminar de la Iglesia⁸⁰.

“El esfuerzo orientado al anuncio del Evangelio a los hombres de nuestro tiempo, exaltados por la esperanza pero a la vez perturbados con frecuencia por el temor y la angustia, es, sin duda alguna, un servicio que se presenta a la comunidad cristiana e incluso a toda la humanidad.”⁸¹ “En diversas ocasiones, ya antes del Sínodo, Nos pusimos de relieve la importancia de este tema de la evangelización. Las condiciones de la sociedad – decíamos al Sacro Colegio Cardenalicio del 22 de junio de 1973– nos obligan, por tanto, a revisar métodos, a buscar por todos los medios el modo de llevar al hombre moderno el mensaje cristiano, en el cual únicamente podrá hallar la respuesta a sus interrogantes y la fuerza para su empeño de solidaridad humana”. Y añadíamos que, para dar una respuesta válida a las exigencias del Concilio que nos están acuciando, necesitamos absolutamente ponernos en contacto con el patrimonio de fe que la Iglesia tiene el deber de preservar en toda su pureza, y a la vez el deber de presentarlo a los hombres de nuestro tiempo, con los

⁷⁹ Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus Caritas est*, n.º 25

⁸⁰ Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* sobre la Evangelización en el mundo contemporáneo, 8 de diciembre de 1975

⁸¹ *Ibíd.* n.º 1

medios a nuestro alcance, de una manera comprensible y persuasiva”⁸². Tres preguntas se hacía el Santo Padre en aquella ocasión: “¿Qué eficacia tiene en nuestros días la energía escondida de la Buena Nueva, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre?, ¿hasta dónde y cómo esta fuerza evangélica puede transformar verdaderamente al hombre de hoy? y ¿con qué métodos hay que proclamar el Evangelio para que su poder sea eficaz?”

Estas preguntas desarrollan, en el fondo, la cuestión fundamental que la Iglesia se propone hoy día y que podría enunciarse así: después del Concilio y gracias al Concilio que ha constituido para ella una hora de Dios en este ciclo de la historia, la Iglesia ¿es más o menos apta para anunciar el Evangelio y para insertarlo en el corazón del hombre con convicción, libertad de espíritu y eficacia?”.

El testimonio y la misión de Jesús

19. Nos invitaba el Papa a reflexionar sobre el testimonio y misión de Jesús. “El testimonio que el Señor da de Sí mismo y que San Lucas ha recogido en su Evangelio ‘Es preciso que anuncie también el Reino de Dios en otras ciudades’, tiene sin duda un gran alcance, ya que define en una sola frase toda la misión de Jesús: ‘porque para esto he sido enviado’. Estas palabras alcanzan todo su significado cuando se las considera a la luz de los versículos anteriores en los que Cristo se aplica a Sí mismo las palabras del Profeta Isaías: ‘El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres’. Proclamar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuestas por Dios, tal es la misión para la que Jesús se declara enviado por el Padre; todos los aspectos de su Misterio – la misma Encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de sus discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos – forman parte de su actividad evangelizadora”⁸³, recordándonos que “Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena”⁸⁴.

Seguía el Papa sintetizando el significado de evangelizar según el estilo de Jesús: “¿Qué significado ha tenido esta palabra para Cristo? Ciertamente no es fácil expresar en una síntesis completa el sentido, el contenido, las formas de evangelización tal como Jesús lo concibió y lo puso en práctica. Por otra parte, esta síntesis nunca podrá ser concluida. Bástenos, aquí recordar algunos aspectos esenciales. Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un reino, el Reino de Dios, tan importante que, en relación a él, todo se convierte en ‘lo demás’, que es dado por añadidura. Solamente el reino es pues absoluto, y todo el resto es relativo. El Señor se complacerá en describir de muy diversas maneras la dicha de pertenecer a ese reino, una dicha paradójica hecha de cosas que el mundo rechaza, las exigencias del reino y su carta magna, los heraldos del reino, los misterios del mismo, sus hijos, la vigilancia y fidelidad requeridas a quien espera su llegada definitiva”⁸⁵.

⁸² Ibid. n.º 3

⁸³ Ibid. n.º 6

⁸⁴ Ibid. n.º 7

⁸⁵ Ibid., n.º 8

El núcleo y centro del mensaje de Jesús: la liberación del pecado

20. “Como núcleo y centro de su Buena Nueva, Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por Él, de verlo, de entregarse a Él. Todo esto tiene su arranque durante la vida de Cristo, y se logra de manera definitiva por su muerte y resurrección; pero debe ser continuado en forma paciente a través de la historia hasta ser plenamente realizado el día de la venida final del mismo Cristo, cosa que nadie sabe cuándo tendrá lugar, a excepción del Padre”⁸⁶.

“Este reino y esta salvación – palabras clave en la evangelización de Jesucristo – pueden ser recibidos por todo hombre como gracia y misericordia, pero a la vez, cada uno debe conquistarlos con la fuerza: ‘El reino de los cielos está en tensión y los esforzados lo arrebatan’, dice el Señor, con la fatiga y el sufrimiento, con una vida conforme al Evangelio, con la renuncia y la cruz, con el espíritu de las bienaventuranzas. Pero, ante todo, cada uno los consigue mediante un total cambio interior, que el Evangelio designa con el nombre de metánoia, una conversión radical, una transformación profunda de la mente y del corazón”⁸⁷.

“Cristo llevó a cabo esta proclamación del Reino de Dios mediante la predicación infatigable de una palabra, de la que se dirá que no admite parangón con ninguna otra: ‘¿Qué es esto? Una doctrina nueva y revestida de autoridad’–; ‘Todos le aprobaron, maravillados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca...’; ‘Jamás hombre alguno habló como éste’. Sus palabras develan el secreto de Dios, su designio y su promesa, y por eso cambian el corazón del hombre y su destino”⁸⁸. El Papa Benedicto, reafirmando estas verdades esenciales, también nos ha recordado que “Cuando el pecado entró en el mundo y, con el la muerte, la criatura amada de Dios – aunque herida – no perdió totalmente su belleza: al contrario, recibió un amor mayor: ‘Oh feliz culpa que nos mereció un tan grande Redentor’ – proclama la Iglesia en la noche misteriosa y clara de la Pascua (Exultet). Es el Cristo resucitado que cura las heridas y salva a los hijos e hijas de Dios, salva a la humanidad de la muerte, del pecado y de la esclavitud de las pasiones. La Pascua de Cristo une la tierra y el cielo. En esta Hacienda de la Esperanza se unen las oraciones de las Clarisas y el trabajo arduo de la medicina y de la laborterapia para vencer las prisiones y romper los grilletes de las drogas que hacen sufrir a los hijos amados de Dios”⁸⁹.

Llegar a todos los ambientes y a todos los hombres

21. ¿Qué es evangelizar y anunciar la Palabra de Dios? se preguntaba el Papa Pablo VI: “Evangelizar, significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la

⁸⁶ Ibíd. n.º 9

⁸⁷ Ibíd. n.º 10

⁸⁸ Ibíd. n.º 11

⁸⁹ Benedicto XVI, Saludo a las hermanas Clarisas en la Hacienda de la Esperanza, Brasil, 12 de mayo de 2007

humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: ‘He aquí que hago nuevas todas las cosas’. Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio. La finalidad de la evangelización es, por consiguiente, este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos y todos los sectores de la humanidad que se transforman: para la Iglesia, no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación”⁹⁰.

“Posiblemente, podríamos expresar todo esto diciendo: lo que importa es evangelizar – no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces – la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et spes*, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios. El Evangelio y, por consiguiente la evangelización, no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna. La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que realizar todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se efectuará si la Buena Nueva no es proclamada”⁹¹.

Apostolado del testimonio: todos llamados a entregarlo

22. “La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio. Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por

⁹⁰ Pablo VI, Exhortación Apostólica, *Evangelii nuntiandi*, nn. 18 y 19

⁹¹ *Ibíd.* n.º 20

qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva. Hay en ello un gesto inicial de evangelización. Son posiblemente las primeras preguntas que se plantearán muchos no cristianos, bien se trate de personas a las que Cristo no había sido nunca anunciado, de bautizados no practicantes, de gentes que viven en una sociedad cristiana pero según principios no cristianos, bien se trate de gentes que buscan, no sin sufrimiento, algo o a alguien que ellos adivinan pero sin poder darle un nombre. Surgirán otros interrogantes, más profundos y más comprometedores, provocados por este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad y que es un elemento esencial, en general al primero absolutamente en la evangelización”⁹².

Todos los cristianos están llamados a este testimonio y, en este sentido, pueden ser verdaderos evangelizadores, particularmente en una realidad como la nuestra donde hay tantos incentivos negativos para alejarse de lo que es noble, bueno y digno del hombre, pero donde también descubrimos a cada paso las semillas del reino, sembradas por el Maestro en el corazón de tantos hombres y mujeres.

Pero es necesario un anuncio explícito

23. “Y, sin embargo, esto sigue siendo insuficiente, pues el más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado –lo que Pedro llamaba dar ‘razón de vuestra esperanza’-, explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús. La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios. La historia de la Iglesia, a partir del discurso de Pedro en la mañana de Pentecostés, se entremezcla y se confunde con la historia de este anuncio. En cada nueva etapa de la historia humana, la Iglesia, impulsada continuamente por el deseo de evangelizar, no tiene más que una preocupación: ¿a quién enviar para anunciar este misterio? ¿Cómo lograr que resuene y llegue a todos aquellos que lo deben escuchar? Este anuncio –kerygma, predicación o catequesis– adquiere un puesto tan importante en la evangelización que con frecuencia es en realidad sinónimo”⁹³. Somos cada uno de nosotros, fieles, pastores y laicos, lo que debemos realizar este anuncio en la Iglesia que camina en nuestra diócesis, a los hombres y mujeres de esta porción del Pueblo de Dios y ese anuncio, como nos dice el Papa, se inicia por la propia conversión, de la cual se pasa al testimonio y que termina confundiendo con lo que es la gran misión de la Iglesia: anunciar al Salvador Jesús, el Hijo de Dios. Este anuncio explícito corresponde a todos en la Iglesia y también a los laicos, que metidos en medio del torrente circulatorio de la sociedad, deben alumbrar su vida y la de sus conciudadanos con el mensaje del Señor.

El Papa Benedicto XVI ha querido recalcar esta misión de los laicos de una manera particular al decirnos en su reciente viaje a América: “En estos momentos, en los que la Iglesia de este continente se entrega plenamente a su vocación misionera, recuerdo a los

⁹² Ibíd. n.º 21

⁹³ Ibíd. n.º 22

laicos que ellos también son Iglesia, asamblea convocada por Cristo para llevar su testimonio a todo el mundo. Todos los hombres y las mujeres bautizados tienen que tomar conciencia de que han sido configurados con Cristo sacerdote, profeta y pastor, por medio del sacerdocio común del pueblo de Dios. Tienen que sentirse corresponsables en la edificación de la sociedad según los criterios del Evangelio, con entusiasmo y audacia, en comunión con sus pastores. Muchos de vosotros pertenecéis a movimientos eclesiales, en los que podemos ver signos de la multiforme presencia y acción santificadora del Espíritu Santo en la Iglesia y en la sociedad actual. Estáis llamados a llevar al mundo el testimonio de Jesucristo y a ser fermento del amor de Dios entre los hombres”⁹⁴.

La diócesis, comunidad que anuncia la Palabra en una realidad concreta

24. La Iglesia diocesana es así, esencialmente, una comunidad de evangelización. En ella todos sus miembros están llamados a ser anunciadores de la Palabra con su vida y su ejemplo, pues “de hecho en las Iglesias particulares, constituidas de tal o cual porción de humanidad concreta, que hablan tal lengua, son tributarias de una herencia cultural, de una visión del mundo, de un pasado histórico, de un substrato humano determinado. La apertura a las riquezas de la Iglesia particular responde a una sensibilidad especial del hombre contemporáneo”⁹⁵.

“Las Iglesias particulares, profundamente amalgamadas, no sólo con las personas, sino también con las aspiraciones, las riquezas y límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo que distinguen a tal o cual conjunto humano, tienen la función de asimilar lo esencial del mensaje evangélico, de transvasarlo, sin la menor traición a su verdad esencial, al lenguaje que esos hombres comprenden, y después anunciarlo en ese mismo lenguaje. Dicho transvase hay que hacerlo con el discernimiento, la seriedad, el respeto y la competencia que exige la materia, en el campo de las expresiones litúrgicas, de las catequesis, de la formulación teológica, de las estructuras eclesiales secundarias, de los ministerios. El lenguaje debe entenderse aquí no tanto a nivel semántico o literario cuanto al que podría llamarse antropológico y cultural”⁹⁶. “El problema es sin duda delicado. La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su ‘lengua’, sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta. Pero, por otra parte, la evangelización corre el riesgo de perder su alma y desvanecerse si se vacía o desvirtúa su contenido, bajo pretexto de traducirlo; si queriendo adaptar una realidad universal a un espacio local, se sacrifica esta realidad y se destruye la unidad sin la cual no hay universalidad. Ahora bien, solamente una Iglesia que mantenga la conciencia de su universalidad y demuestre que es de hecho universal puede tener un mensaje capaz de ser entendido por encima de los límites regionales, en el mundo entero”⁹⁷.

⁹⁴ Benedicto XVI, Discurso inaugural de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, n.º

5

⁹⁵ Pablo VI, Exhortación Apostólica. *Evangelii nuntiandi*, n.º 62

⁹⁶ *Ibíd.* n.º 63

⁹⁷ *Ibíd.* n.º 64

“Pero este enriquecimiento exige que las Iglesias locales mantengan esa clara apertura a la Iglesia universal. Hay que notar bien, por lo demás, que los cristianos más sencillos, más evangélicos, más abiertos al verdadero sentido de la Iglesia, tienen una sensibilidad espontánea con respecto a esta dimensión universal; sienten instintiva y profundamente su necesidad; se reconocen fácilmente en ella, vibran con ella y sufren en lo más hondo de sí mismos cuando, en nombre de teorías que ellos no comprenden, se les quiere imponer una iglesia desprovista de esta universalidad, iglesia regionalista, sin horizontes”. “Cuanto más ligada está una Iglesia particular por vínculos sólidos a la Iglesia universal – en la caridad y la lealtad, en la apertura al Magisterio de Pedro, en la unidad de la *Lex orandi*, que es también *Lex credendi*, en el deseo de unidad con todas las demás Iglesias que componen la universalidad –, tanto más esta Iglesia será capaz de traducir el tesoro de la fe en la legítima variedad de expresiones de la profesión de fe, de la oración y del culto, de la vida y del comportamiento cristianos, del esplendor del pueblo en que ella se inserta. Tanto más será también evangelizadora de verdad, es decir, capaz de beber en el patrimonio universal para lograr que el pueblo se aproveche de él, así como de comunicar a la Iglesia universal la experiencia y la vida de su pueblo, en beneficio de todos”⁹⁸.

Todos llamados a evangelizar, cada uno según su propia situación en la Iglesia

25. “Toda la Iglesia está pues llamada a evangelizar y, sin embargo, en su seno tenemos que realizar diferentes tareas evangelizadoras. Esta diversidad de servicios en la unidad de la misma misión constituye la riqueza y la belleza de la evangelización. Recordemos estas tareas en pocas palabras. En primer lugar, séanos permitido señalar en las páginas del Evangelio la insistencia con la que el Señor confía a los Apóstoles la función de anunciar la Palabra. El los ha escogido, formado durante varios años de intimidad, constituido y mandado como testigos y maestros autorizados del mensaje de salvación. Y los Doce han enviado a su vez a sus sucesores que, en la línea apostólica, continúan predicando la Buena Nueva”⁹⁹.

Con Pedro a la Cabeza....

26. “El Sucesor de Pedro, por voluntad de Cristo, está encargado del ministerio preeminente de enseñar la verdad revelada. El Nuevo Testamento presenta frecuentemente a Pedro ‘lleno del Espíritu Santo’, tomando la palabra en nombre de todos. Por eso mismo San León Magno habla de él como de aquel que ha merecido el primado del apostolado. Por la misma razón, la voz de la Iglesia presenta al Papa ‘en el culmen –*in apice, in specula*– del apostolado’. El Concilio Vaticano II ha querido subrayarlo, declarando que ‘el mandato de Cristo de predicar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc. 16, 15) se refiere ante todo e inmediatamente, a los obispos con Pedro y bajo la guía de Pedro. La potestad plena, suprema y universal (102) que Cristo ha confiado a su Vicario para el gobierno pastoral de su Iglesia, consiste, por tanto, especialmente en la actividad que ejerce el Papa, de predicar

⁹⁸ Ibid.

⁹⁹ Ibid. n.º 66

y de hacer predicar la Buena Nueva de la salvación”¹⁰⁰.

y con los obispos, sacerdotes y ministros...

27. “Unidos al Sucesor de Pedro, los obispos, sucesores de los Apóstoles, reciben en virtud de su ordenación episcopal, la autoridad para enseñar en la Iglesia la verdad revelada. Son los maestros de la fe. A los obispos están asociados en el ministerio de la evangelización, como responsables a título especial, los que por la ordenación sacerdotal obran en nombre de Cristo, en cuanto educadores del pueblo de Dios en la fe, predicadores, siendo además ministros de la Eucaristía y de los otros sacramentos. Todos nosotros, los Pastores, estamos pues invitados a tomar conciencia de este deber, más que cualquier otro miembro de la Iglesia. Lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal, lo que da unidad profunda a la infinidad de tareas que nos solicitan a lo largo de la jornada y de la vida, lo que confiere a nuestras actividades una nota específica, es precisamente esta finalidad presente en toda acción nuestra: anunciar el Evangelio de Dios”¹⁰¹.

y la presencia insustituible de la vida religiosa...

28. “Los religiosos, también ellos, tienen en su vida consagrada un medio privilegiado de evangelización eficaz. A través de su ser más íntimo, se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta de lo Absoluto de Dios, llamada a la santidad. Es de esta santidad de la que ellos dan testimonio. Ellos encarnan la Iglesia deseosa de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas. Ellos son por su vida signo de total disponibilidad para con Dios, la Iglesia, los hermanos. Por esto, asumen una importancia especial en el marco del testimonio que, como hemos dicho anteriormente, es primordial en la evangelización. Este testimonio silencioso de pobreza y de desprendimiento, de pureza y de transparencia, de abandono en la obediencia puede ser a la vez que una interpelación al mundo y a la Iglesia misma, una predicación elocuente, capaz de tocar incluso a los no cristianos de buena voluntad, sensibles a ciertos valores. En esta perspectiva se intuye el papel desempeñado en la evangelización por los religiosos y religiosas consagrados a la oración, al silencio, a la penitencia, al sacrificio. Otros religiosos, en gran número, se dedican directamente al anuncio de Cristo. Su actividad misionera depende evidentemente de la jerarquía y debe coordinarse con la pastoral que ésta desea poner en práctica. Pero, ¿quién no mide el gran alcance de lo que ellos han aportado y siguen aportando a la evangelización? Gracias a su consagración religiosa, ellos son, por excelencia, voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Ellos son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su santidad y su propia vida. Sí, en verdad, la Iglesia les debe muchísimo”¹⁰².

¹⁰⁰ Ibid. n.º 67

¹⁰¹ Ibid. n.º 68

¹⁰² Ibid. n.º 69

...con la muchedumbre de los laicos, fermento dentro de la sociedad

29. “Los seglares, cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales, deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización. Su tarea primera e inmediata no es la institución y el desarrollo de la comunidad eclesial – esa es la función específica de los Pastores –, sino el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc. Cuantos más seglares hayan impregnados del Evangelio, responsables de estas realidades y claramente comprometidos en ellas, competentes para promoverlas y conscientes de que es necesario desplegar su plena capacidad cristianas, tantas veces oculta y asfixiada, tanto más estas realidades – sin perder o sacrificar nada de su coeficiente humano, al contrario, manifestando una dimensión trascendente frecuentemente desconocida – estarán al servicio de la edificación del Reino de Dios y, por consiguiente, de la salvación en Cristo Jesús”¹⁰³. “En el seno del apostolado evangelizador de los seglares, es imposible dejar de subrayar la acción evangelizadora de la familia. Ella ha merecido muy bien, en los diferentes momentos de la historia y en el Concilio Vaticano II, el hermoso nombre de “Iglesia doméstica”. Esto significa que en cada familia cristiana deberían reflejarse los diversos aspectos de la Iglesia entera. Por otra parte, la familia, al igual que la Iglesia, debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia. Dentro, pues, de una familia consciente de esta misión, todos los miembros de la misma evangelizan y son evangelizados. Los padres no sólo comunican a los hijos el Evangelio, sino que pueden a su vez recibir de ellos este mismo Evangelio profundamente vívido. También las familias formadas por un matrimonio mixto tienen el deber de anunciar a Cristo a los hijos en la plenitud de las implicaciones del bautismo común; tienen, además, la no fácil tarea de hacerse artífices de unidad. Una familia así se hace evangelizadora de otras muchas familias y del ambiente en que ella vive”¹⁰⁴.

Nuestros jóvenes, el futuro de la Iglesia

30. “Las circunstancias nos invitan a prestar una atención especialísima a los jóvenes. Su importancia numérica, su presencia creciente en la sociedad y los problemas que se les plantean, deben despertar en nosotros el deseo de ofrecerles con celo e inteligencia el ideal que deben conocer y vivir. Pero, además, es necesario que los jóvenes bien formados en la fe y arraigados en la oración se conviertan cada vez más en los apóstoles de la juventud. La Iglesia espera mucho de ellos. Por nuestra parte, hemos manifestado con frecuencia la confianza que depositamos en la juventud”¹⁰⁵.

¹⁰³ Ibid. n.º 70

¹⁰⁴ Ibid. n.º 71

¹⁰⁵ Ibid.

En nuestras prioridades pastorales 2006-2007 y en las diversas cartas y comunicaciones que en este tiempo he enviado al clero y a las religiosas y a todos los fieles, ha sido punto de especial insistencia el trabajo apostólico con los jóvenes, descubriendo instancias nuevas, abriendo caminos de mayor contacto y participación de todos ellos en la vida de la Iglesia. Entre los proyectos ya realizados estuvo la organización, por parte de la Vicaría de la Educación, del 1^{er} Congreso de Jóvenes Católicos de enseñanza media, con gran éxito y masiva participación. Habrá que continuar este trabajo, lo cual requiere la colaboración activa de los párrocos y agentes pastorales y de nuestra red de colegios de inspiración católica. En su discurso a los jóvenes de toda América reunidos en el estadio Pacaembu de Sao Paulo, el Papa decía: “Pero mirándolos a vosotros, jóvenes aquí presentes, que irradiáis alegría y entusiasmo, asumo la mirada de Jesús: una mirada de amor y confianza, con la certeza de que vosotros habéis encontrado el verdadero camino. Sois jóvenes de la Iglesia, por eso yo os envío para la gran misión de evangelizar a los jóvenes y a las jóvenes que andan errantes por este mundo, como ovejas sin pastor. Sed los apóstoles de los jóvenes, invítadles a que vengan con vosotros, a que hagan la misma experiencia de fe, de esperanza y de amor; se encuentren con Jesús, para que se sientan realmente amados, acogidos, con plena posibilidad de realizarse. Que también ellos y ellas descubran los caminos seguros de los Mandamientos y por ellos lleguen hasta Dios. Podéis ser protagonistas de una sociedad nueva si buscáis poner en práctica una vivencia real inspirada en los valores morales universales, pero también un empeño personal de formación humana y espiritual de vital importancia. Un hombre o una mujer no preparados para los desafíos reales de una correcta interpretación de la vida cristiana de su medio ambiente será presa fácil de todos los asaltos del materialismo y del laicismo, cada vez más activos a todos los niveles”¹⁰⁶.

Sigamos con fidelidad este llamado de Pastor y abramos mayores espacios a la juventud en nuestro trabajo pastoral, convocando, liderando, acogiendo a tantos jóvenes a quienes se les ha intentado mostrar una Iglesia lejana y unos pastores no atentos a sus necesidades. Aprendamos a reconocer sus fortalezas y a ayudarlos en sus dificultades.

El anuncio de la Palabra se transforma en un apostolado personal

31. “Por estos motivos, además de la proclamación que podríamos llamar colectiva del Evangelio, conserva toda su validez e importancia esa otra transmisión de persona a persona. El Señor la ha practicado frecuentemente – como lo prueban, por ejemplo, las conversaciones con Nicodemos, Zaqueo, la Samaritana, Simón el fariseo – y lo mismo han hecho los Apóstoles. En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe? La urgencia de comunicar la Buena Nueva a las masas de hombres no debería hacer olvidar esa forma de anunciar mediante la cual se llega a la conciencia personal del hombre y se deja en ella el influjo de una palabra verdaderamente extraordinaria que recibe de otro hombre. Nunca alabaremos suficientemente a los sacerdotes que, a través del sacramento de la penitencia o a través del diálogo pastoral, se muestran dispuestos a guiar a las personas por el camino del Evangelio,

¹⁰⁶ Benedicto XVI, Discurso a los jóvenes, 9 de mayo de 2007, Sao Paulo, n.º 5

a alentarlas en sus esfuerzos, a levantarlas si han caído, a asistirles siempre con discreción y disponibilidad”¹⁰⁷.

El envío que hace el Señor al decir que “así como Tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también a ellos al mundo” (Jn. 17, 18) se transforma hoy día en un acuciante llamado a un apostolado personal, pues “la misión de la Iglesia tiene como fin la salvación de los hombres, la cual hay que conseguir con la fe en Cristo y con su gracia. Por tanto, el apostolado de la Iglesia y de todos sus miembros se ordena en primer lugar a manifestar al mundo con palabras y obras el mensaje en Cristo y a comunicar su gracia”¹⁰⁸. San Gregorio nos dice “que puede ocurrir que alguien no tenga pan que dar de limosna al indigente; pero quien tiene lengua, tiene algo más que poder dar, pues alimentar con el sustento de la palabra el alma, que ha de vivir para siempre, es más que saciar con pan terreno el estómago del cuerpo, que ha de morir”¹⁰⁹.

Ese apostolado directo del anuncio, apostolado personal que parte de la amistad y llega al corazón de nuestros amigos, colegas, parientes y conocidos, requiere en cada uno de nosotros una seria y profunda vida interior. “Sin una vida interior sólida, sin una auténtica unión con Jesucristo, sin piedad verdadera, no se puede ser apóstol. Para restaurar todas las cosas en Cristo por medio del apostolado, es menester la gracia divina, y el apóstol no la recibe si no está unido a Cristo. Todos los que participan del apostolado deben, por tanto, poseer la verdadera piedad”¹¹⁰.

Esta obligación del apostolado personal no es sólo una expresión del compromiso con Cristo en la Iglesia, es, según el Concilio, “un deber y un derecho del seglar que deriva de su misma unión con Cristo Cabeza. Insertos por el bautismo en el Cuerpo místico de Cristo, robustecidos por la confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, es el mismo Señor el que los destina al apostolado”¹¹¹.

Dar lugar a innovadoras iniciativas apostólicas

32. Enseña San Juan Crisóstomo, comentando el Evangelio de San Mateo, en el que el Señor compara a los cristianos con la sal de la tierra: “Es como si les dijera: el mensaje que se os comunica no va destinado a vosotros solos, sino que habéis de transmitirlo a todo el mundo. Porque no os envío a dos ciudades, ni a diez, ni a veinte; ni tan siquiera os envío a toda una nación, como en otro tiempo a los profetas, sino a la tierra, al mar y a todo el mundo, y a un mundo, por cierto, muy mal dispuesto. Porque al decir: Vosotros sois la sal de la tierra, enseña que los hombres han perdido su sabor y están corrompidos por el pecado. Por ello exige sobre todo de sus discípulos aquellas virtudes que son más necesarias y útiles para el cuidado de los demás”¹¹². Los padres de la Iglesia tenían perfecta claridad de que la necesidad del apostolado y del anuncio de la Palabra concernía a todos los bautizados, no sólo a quienes han recibido alguna consagración particular, y no cesan de

¹⁰⁷ Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, n.º 43

¹⁰⁸ Concilio Vaticano II. Decl. *Apostolicam actuositatem*, n.º 6

¹⁰⁹ San Gregorio. Hom. VI sobre los Evangelios

¹¹⁰ San Pío X, Carta, 1 de junio de 1909

¹¹¹ Concilio Vaticano II. Decl. *Apostolicam actuositatem*, n.º 3

¹¹² San Juan Crisóstomo, Hom. sobre San Mateo, 15, 6

llamar a los fieles de ese apostolado personal que hoy es mas necesario que nunca en la Iglesia.

Aquel Papa cuyo paso fugaz por la vida de la Iglesia dio luego lugar al tiempo del Papa Juan Pablo II, en su primer discurso al mundo y a la Iglesia quiso recordarnos esta verdad esencial: “Queremos recordar a toda la Iglesia que la evangelización sigue siendo su principal deber... Animada por la fe, alimentada por la caridad y sostenida por el alimento celestial de la Eucaristía, la Iglesia debe estudiar todos los caminos, procurarse todos los medios, oportuna e inoportunamente (2 Tim. 4, 2), para sembrar la palabra, proclamar el mensaje, anunciar la salvación que infunde en el alma la inquietud de la búsqueda de la verdad y la sostiene con la ayuda de lo alto en esta búsqueda. Si todos los hijos de la Iglesia fueran misioneros incansables del Evangelio, brotaría una nueva floración de santidad y de renovación en este mundo sediento de amor y de verdad”¹¹³.

Es pues necesario, queridos hermanos y hermanas, tomar nueva conciencia de que todos por nuestro bautismo hemos sido llamados a realizar un intenso y constante apostolado del ejemplo y de la palabra, venciendo definitivamente aquella visión que parecía reservar el apostolado sólo a las personas consagradas. De tantas nuevas luces que el Espíritu Santo suscitó en la Iglesia con el Concilio Vaticano II, ésta es una de las más luminosas, pero de las más olvidadas: todos estamos llamados a una vida de apostolado personal que se realiza en medio del mundo, en las realidades temporales, en lo ordinario de cada día, mediante un testimonio y una palabra coherente y audaz.

Audacia apostólica: No basta una actitud orante pero pasiva

33. Pese a estas y tantas llamadas insistentes, muchos católicos no tienen la audacia de lanzarse a un apostolado personal con sus amigos y conocidos, colegas, parientes, para hablarles de Dios, de Jesús, de la Iglesia y de la bondad maravillosa de la misericordia de Dios, pues todos los ambientes han de ser campo del apostolado de los católicos: “Los publicanos se aproximaron a nuestro Redentor no sólo para hablarle, sino para comer con El; porque no solamente corregía Jesús a quienes estaban mal dispuestos con argumentos y con obras o reprensiones, sino asistiendo a las comidas; para que aprendamos con este proceder que en cualquier tiempo y de cualquier manera podemos sacar utilidad”¹¹⁴.

“El trabajo profesional es también apostolado, ocasión de entrega a los demás hombres, para revelarles a Cristo y llevarles hacia Dios Padre, consecuencia de la caridad que el Espíritu Santo derrama en las almas”¹¹⁵. “El apostolado, esa ansia que come las entrañas del cristiano corriente, no es algo diverso de la tarea de todos los días: se confunde con ese mismo trabajo, convertido en ocasión de un encuentro personal con Cristo. En esa labor, al esforzarnos codo con codo en los mismos afanes con nuestros compañeros, con nuestros amigos, con nuestros parientes, podremos ayudarles a llegar a Cristo, que nos espera en la orilla del lago. Antes de ser apóstol, pescador. Después de apóstol, pescador. La misma profesión que antes, después”¹¹⁶.

¹¹³ Juan Pablo I, Primer mensaje, 27 de agosto de 1978

¹¹⁴ San Juan Crisóstomo, en *Catena Aurea*, vol. 11, p. 13.

¹¹⁵ San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n.º 49

¹¹⁶ San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n.º 264.

San Pablo nos da muchos testimonios de su celo apostólico, que debe ser también el nuestro. En el Capítulo XVI de los Hechos nos cuenta que “el sábado salimos fuera de la puerta, a la orilla de un río, donde suponíamos que habría un sitio para orar. Nos sentamos y empezamos a hablar a las mujeres que habían concurrido. Una de ellas, llamada Lidia, vendedora de púrpura, natural de la ciudad de Tiatira, y que adoraba a Dios, nos escuchaba. El Señor le abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo”(v. 13-14).

A la luz de esta llamada del Señor a un apostolado personal incesante, es necesario examinar nuestra propia respuesta para descubrir si en algunas ocasiones dejamos entrar en nuestra vida, como católicos comprometidos con la Iglesia, un cierto providencialismo mal entendido, que supone que como es Dios es el que hace todo en todos, basta en nosotros una actitud pasiva, de una cierta espera, confiada en la acción del Espíritu Santo, pero no siempre secundada por cada uno de nosotros con audacia y valentía. Es como dejar entrar en nuestra vida una cierta idea de que nuestra propia respuesta no es parte del camino que Dios tiene para conducir a todas las personas al Señor por medio de la Iglesia.

Otras veces, hemos de reconocer en cada uno de nosotros una acedia espiritual, que bien podría tener mucho de pereza, en el desarrollo de los trabajos apostólicos y que olvida que como enseña el profeta: “Mis elegidos no trabajarán en vano” (Is 65, 23). Es muy cierto que el ambiente muchas veces no es propicio al anuncio de la Palabra y a una acción apostólica personal, pues influye en todos nosotros el que dirán, el temor al rechazo, y tantas otras circunstancias que pueden ser el parapeto donde nos escondemos de una presencia y actuación verdaderamente apostólica y de un testimonio que debe llegar a ser heroico en ciertos casos. Pero recordemos las palabras de Santa Teresa de Jesús: “No apoquéis los deseos. Yo pido a todos – decía Juan Pablo II – que ensanchemos el alma, que “no apoquéis los deseos”. Abrámonos al futuro. Arriesguémonos en un apostolado decidido y comprometido como Teresa de Jesús, de quien no me resisto a citar estas palabras: “Importa mucho y del todo... una grande y muy fuerte determinación de no parar hasta llegar (a la fuente de la vida), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allí, siquiera muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en el, siquiera se hunda el mundo”¹¹⁷.

Queridos hermanos y hermanas, con el Papa Juan Pablo II yo también hoy dirijo a todos un llamado exigente, porque “es verdad, Cristo es exigente. Pide todo. Llama a una generosidad incondicionada. Pero precisamente por esta totalidad el cristianismo sigue siendo una religión siempre actual y está destinado a encontrar plena sintonía con la conciencia juvenil, que es propensa a la totalidad de la donación, ajena a medias tintas, hostil a los formalismos y a la superficialidad”¹¹⁸.

El apostolado personal de los jóvenes: mostrar la coherencia entre fe y acción

34. “Jóvenes, sed testigos de la novedad de Cristo ante todo con vuestra vida personal (...) El cristiano está llamado a ser un hombre nuevo en el modo de pensar, nuevo en el modo de sentir, nuevo en el modo de comportarse. En él debe afirmarse progresivamente una armonía entre pensamiento y acción, entre sentimiento e instinto, entre carne y espíritu,

¹¹⁷ Santa Teresa de Jesús, Camino de perfección 35, 2

¹¹⁸ Juan Pablo II, Discurso en Bari (Italia), 26 de febrero de 1984

que suscite en cuantos se le acercan la percepción de la fuerza superior que actúa en él. Vosotros, jóvenes de fe, tenéis la ardua pero fascinante misión de proponer al mundo contemporáneo el testimonio de lo que es un ser humano renovado interiormente por Cristo resucitado”¹¹⁹.

¡Qué palabras más precisas y directas que aquellas que dirigiera el Papa Juan Pablo II a los jóvenes de Chile en el Estadio Nacional!

Hoy, al cumplirse 20 años de esa histórica visita pastoral, vuelvo a proponer algunos párrafos para que nuestros jóvenes los mediten y saquen de ellos renovadas energías para un apostolado personal capilar, directo, incisivo, que quiere mostrar al Señor Jesús no sólo con el testimonio de sus vidas, sino con la fuerza y sencillez de la palabra. Decía el Papa: “¡Cuántas energías hay como escondidas en el alma de un joven o de una joven! ¡Cuántas aspiraciones justas y profundos anhelos que es necesario despertar, sacar a la luz! Energías y valores que muchas veces los comportamientos y presiones que vienen de la secularización asfixian y que sólo pueden despertar en la experiencia de fe, experiencia de Cristo vivo. Sí, de Cristo muerto, Cristo crucificado, Cristo resucitado. ¡Jóvenes chilenos: no tengáis miedo de mirarlo a Él! Mirad al Señor: ¿qué veis? ¿Es sólo un hombre sabio? ¡No! ¡Es más que eso! ¿Es un profeta? ¡Sí! ¡Pero es más aún! ¿Es un reformador social? ¡Mucho más, mucho más! Mirad al Señor con ojos atentos y descubriréis en Él el rostro mismo de Dios. Jesús es la palabra que Dios tenía que decir al mundo. Es Dios mismo que ha venido a compartir nuestra existencia, cada una de ellas”. “Al contacto de Jesús despunta la vida. Lejos de Él sólo hay oscuridad y muerte. Vosotros tenéis sed de vida. ¿De qué vida? ¡De vida eterna! Buscadla y halladla en quien no sólo da la vida, sino en quien es la Vida misma. ¡Él!”¹²⁰.

Y seguía, “Éste es, amigos míos, el mensaje de vida que el Papa quiere transmitir a los jóvenes chilenos: ¡buscad a Cristo! ¡mirad a Cristo! ¡vivid en Cristo! Este es mi mensaje: que Jesús sea la ‘piedra angular’ (cf. Ef. 2, 20) de vuestras vidas y de la nueva civilización que en solidaridad generosa y compartida tenéis que construir. No puede haber auténtico crecimiento humano en la paz y en la justicia, en la verdad y en la libertad, si Cristo no se hace presente con su fuerza salvadora” (Mensaje a los jóvenes, 30 de noviembre de 1986, n. 3). ¿Qué significa construir vuestra vida en Cristo? Significa dejaros comprometer por su amor. Un amor que pide coherencia en el propio comportamiento, que exige acomodar la propia conducta a la doctrina y a los mandamientos de Jesucristo y de su Iglesia; un amor que llena nuestras vidas de una felicidad y de una paz que el mundo no puede dar (cf. Jn. 14, 27), a pesar de que tanto la necesita. No tengáis miedo a las exigencias del amor de Cristo. Temed, por el contrario, a la pusilanimidad, la ligereza, la comodidad, el egoísmo; todo aquello que quiera acallar la voz de Cristo que, dirigiéndose a cada uno, repite: Contigo hablo, levántate” (Mc. 5, 41)¹²¹.

Mirar a Cristo y tratarlo y seguirlo y hacer una opción por Él

¹¹⁹ Juan Pablo II, Viterbo (Italia), 27 de mayo de 1984

¹²⁰ Juan Pablo II, Discurso a los jóvenes en el Estadio Nacional de Santiago, Chile, 2 de abril de 1987

¹²¹ Ibid.

35. “Mirad a Cristo con valentía, contemplando su vida a través de la lectura sosegada del Evangelio; tratándole con confianza en la intimidad de vuestra oración, en los sacramentos, especialmente en la Sagrada Eucaristía, donde él mismo se ofrece por nosotros y permanece realmente presente. No dejéis de formar vuestra conciencia con profundidad, seriamente, sobre la base de las enseñanzas que Cristo nos ha dejado y que su Iglesia conserva e interpreta con la autoridad que de El ha recibido. Si tratáis a Cristo, oiréis también vosotros en lo más íntimo del alma los requerimientos del Señor, sus insinuaciones continuas. Jesús continúa dirigiéndose a vosotros y repitiéndoles: ‘Contigo hablo, levántate’ (Mc. 5, 41), especialmente cada vez que no seáis fieles con las obras a quien profesáis con los labios. Procurad, pues, no separaros de Cristo, conservando en vuestra alma la gracia divina que recibisteis en el bautismo, acudiendo siempre que sea necesario al sacramento de la reconciliación y del perdón”¹²².

“Si lucháis por llevar a la práctica este programa de vida enraizado en la fe y en el amor a Jesucristo, seréis capaces de transformar la sociedad, de construir un Chile más humano, más fraterno, más cristiano. Todo ello parece quedar resumido en la escueta frase del relato evangélico: ‘se puso en pie inmediatamente y echó a andar’ (Mc. 5, 42). Con Cristo también vosotros caminaréis seguros y llevaréis su presencia a todos los caminos, a todas las actividades de este mundo, a todas las injusticias de este mundo. Con Cristo lograréis que vuestra sociedad se ponga a andar recorriendo nuevas vías, hasta hacer de ella la nueva civilización de la verdad y del amor, anclada en los valores propios del Evangelio y principalmente en el precepto de la caridad, el más divino y más humano de los preceptos. Cristo nos está pidiendo que no permanezcamos indiferentes ante la injusticia, que nos comprometamos responsablemente en la construcción de una sociedad más cristiana, una sociedad mejor. Para esto es preciso que alejemos de nuestra vida el odio; que reconozcamos como engañosa, falsa, incompatible con su seguimiento, toda la ideología que proclame la violencia y el odio como remedios para conseguir la justicia. El amor vence siempre, como Cristo ha vencido, el amor ha vencido. El amor vence siempre aunque, en ocasiones, ante sucesos y situaciones concretas, pueda parecernos impotente; Cristo también parece impotente en la cruz, pero Dios siempre puede más. En la experiencia de fe con el Señor, descubrid el rostro de quien por ser nuestro Maestro es el único que puede exigir totalmente, sin límites. Optad por Jesús y rechazad las idolatrías del mundo, los ídolos que buscan seducir a la juventud. Sólo Dios es adorable. Sólo él merece vuestra entrega plena”¹²³.

¡Qué valiente actualidad la de estas palabras! Meditando en ellas, cada una y cada uno ha de tomar resoluciones firmes y decisivas de entrega a Dios y de un apostolado personal con los compañeros y amigos, cercanos, parientes, etc., que nos lleve a acercar a todos al Corazón misericordioso de nuestro Señor Jesús. Que cada uno y cada una se integre en las diversas instancias que presenta la multiforme vida de la Iglesia: parroquias, movimientos, asociaciones, grupos, instancias de servicio a los más necesitados y desde allí haga un apostolado personal en conjunto con sus amigos y amigas, hablando abiertamente y sin complejos de nuestro Dios, de Jesús el Salvador y de la Iglesia, nuestra casa común y madre de todos, que a nadie excluye y a todos acoge.

¹²² Ibid.

¹²³ Ibid.

b) La celebración de la Liturgia y de los sacramentos de la fe.

Relación entre la fe y los sacramentos

36. Entre estos elementos que ya mencionamos como parte de la triple tarea de la Iglesia, el Papa Benedicto XVI nos recuerda que está la celebración de los sacramentos.

Dice el Papa Pablo VI: “Sin embargo, nunca se insistirá bastante en el hecho de que la evangelización no se agota con la predicación y la enseñanza de una doctrina. Porque aquella debe conducir a la vida: a la vida natural a la que da un sentido nuevo gracias a las perspectivas evangélicas que le abre; a la vida sobrenatural, que no es una negación, sino purificación y elevación de la vida natural. Esta vida sobrenatural encuentra su expresión viva en los siete sacramentos y en la admirable fecundidad de gracia y santidad que contienen. La evangelización despliega de este modo toda su riqueza cuando realiza la unión más íntima, o mejor, una intercomunicación jamás interrumpida, entre la Palabra y los sacramentos. En un cierto sentido es un equívoco oponer, como se hace a veces, la evangelización a la sacramentalización. Porque es seguro que si los sacramentos se administran sin darles un sólido apoyo de catequesis sacramental y de catequesis global, se acabaría por quitarles gran parte de su eficacia. La finalidad de la evangelización es precisamente la de educar en la fe, de tal manera, que conduzca a cada cristiano a vivir – y no a recibir de modo pasivo o apático – los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe”¹²⁴. El Papa Benedicto XVI, ilustrando esta relación entre la vida y los sacramentos de la fe, nos ha alumbrado con exigentes palabras el mandato evangelizador de Jesús al escribir: “Son palabras simples y sublimes en las cuales están indicadas el deber de predicar la verdad de la fe, la urgencia de la vida sacramental, la promesa de la continuada asistencia de Cristo a su Iglesia. Estas son realidades fundamentales y se refieren a la instrucción en la fe y en la moral cristiana, y a la práctica de los sacramentos. Donde Dios y su voluntad no son conocidos, donde no existe la fe en Jesucristo ni su presencia en las celebraciones sacramentales, falta lo esencial también para la solución de los urgentes problemas sociales y políticos”¹²⁵.

Aun cuando en nuestra diócesis la evangelización y el anuncio de la Palabra han estado siempre unidos a los sacramentos, es necesario recordar que existen en algunos ambientes eclesiales pensamientos y teorías que rebajan la importancia de los sacramentos, argumentando que la gracia de Cristo también llega a los fieles por otros diversos medios. En otros casos, de hecho, se ha acentuado excesivamente la acción social de la Iglesia, dejando de lado el esencial tema de la gracia y de los sacramentos, hasta entrar casi en el olvido. En el fondo, se trata muchas veces de una valoración teológicamente incorrecta de los sacramentos, reducidos a meros signos o símbolos sin que se perciba que ellos son los instrumentos y medios más eficaces de la Gracia de Cristo, como enseña la fe de la Iglesia. Esta desvalorización de los sacramentos ha conducido a la extensión de la idea de que todos pueden recibir los sacramentos, de que no es posible asistir a la celebración de la Eucaristía – considerada primordial, cuando no únicamente

¹²⁴ Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, n.47

¹²⁵ Benedicto XVI, Homilía a los Obispos del Brasil, 11 de mayo de 2007, n. 2

como un banquete – sin participar en él, dando entonces lugar a que todas las personas, sea cual sea su estado interior, se acerquen a recibir la Eucaristía, etc.

Como lo ha recordado el Papa Benedicto XVI en la Exhortación Apostólica Postsinodal *Sacramentum Caritatis*, al tratar este tema: “Sin duda, la plena participación en la Eucaristía se da cuando nos acercamos también personalmente al altar para recibir la Comunión. No obstante, se ha de poner atención para que esta afirmación correcta no induzca a un cierto automatismo entre los fieles, como si por el solo hecho de encontrarse en la iglesia durante la liturgia se tenga ya el derecho o quizá incluso el deber de acercarse a la Mesa eucarística. Aun cuando no es posible acercarse a la Comunión sacramental, la participación en la santa Misa sigue siendo necesaria, válida, significativa y fructuosa. En estas circunstancias, es bueno cultivar el deseo de la plena unión con Cristo, practicando, por ejemplo, la comunión espiritual, recordada por Juan Pablo II y recomendada por los Santos maestros de la vida espiritual”¹²⁶

El mismo sacramento de la Reconciliación o Penitencia ha pasado a un olvido escandaloso, cuando no se ha continuado con el abuso de las absoluciones colectivas, pese a las advertencias de la Santa Sede y de muchos obispos diocesanos. Particularmente se ha producido el fenómeno – relacionado con el anterior – de permitir a los asistentes a diversas celebraciones recibir la comunión más como una forma de confraternizar con los demás, especialmente con quienes tiene un particular motivo de celebración (novios, deudos, padres o madre, etc.) que como comunión plena con Cristo. Se cometen así atropellos que más gravan la conciencia de los ministros que a ellos llaman que la de quienes en su ignorancia siguen esos consejos y prácticas. Recordando a los Obispos sus principales deberes como Pastores de la Iglesia, el Papa Benedicto XVI ha señalado: “La vivencia sacramental, especialmente a través de la Confesión y de la Eucaristía, adquiere aquí una importancia de primera grandeza. A vosotros, Pastores, les cabe la principal tarea de asegurar la participación de los fieles en la vida eucarística y en el Sacramento de la Reconciliación; debéis estar vigilantes para que la confesión y la absolución de los pecados sean, de modo ordinario, individual, tal como el pecado es un hecho hondamente personal (cf. Exort. ap. post-sinodal *Reconciliatio et penitentia*, N. 31, III). Solamente la imposibilidad física o moral excusa al fiel de esta forma de confesión, pudiendo en este caso conseguir la reconciliación por otros medios (Can. 960; cf. Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, N. 311). Por eso, conviene infundir en los sacerdotes la práctica de la generosa disponibilidad para atender a los fieles que recurren al Sacramento de la misericordia de Dios (C. ap. *Misericordia Dei*, 2)”¹²⁷.

La relación entre sacramentos de la fe y liturgia ocupa un lugar muy importante en la vida de nuestras comunidades cristianas, porque ella es “obra de Cristo, es también una acción de su Iglesia. Realiza y manifiesta la Iglesia como signo visible de la comunión entre Dios y los hombres por Cristo. Introduce a los fieles en la Vida nueva de la comunidad. Implica una participación ‘consciente, activa y fructífera’ de todos”¹²⁸.

“La sagrada liturgia no agota toda la acción de la Iglesia (SC. 9): debe ser precedida por la evangelización, la fe y la conversión; sólo así puede dar sus frutos en la vida de los

¹²⁶ Benedicto XVI, Exh. Apost. *Sacramentum caritatis*, n.º 55.

¹²⁷ Benedicto XVI, Homilía a los Obispos del Brasil, 11 de mayo de 2007, 3

¹²⁸ Cf. Concilio Vaticano II. Const. *Sacrosantum Concilium*, n.º 11

fieles: la Vida nueva según el Espíritu, el compromiso en la misión de la Iglesia y el servicio de su unidad”¹²⁹.

Sabemos también que “la Liturgia es participación en la oración de Cristo, dirigida al Padre en el Espíritu Santo. En ella toda oración cristiana encuentra su fuente y su término. Por la liturgia el hombre interior es enraizado y fundado (cf. Ef. 3,16-17) en ‘el gran amor con que el Padre nos amó’ (Ef 2, 4) en su Hijo Amado. Es la misma ‘maravilla de Dios’ que es vivida e interiorizada por toda oración, ‘en todo tiempo, en el Espíritu’ (Ef. 6, 18)”¹³⁰.

Por esta razón, el Concilio señala que “la Liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC. 10). Por tanto, es el lugar privilegiado de la catequesis del Pueblo de Dios. “La catequesis está intrínsecamente unida a toda la acción litúrgica y sacramental, porque es en los sacramentos, y sobre todo en la Eucaristía, donde Jesucristo actúa en plenitud para la transformación de los hombres” (CT. 23). “La catequesis litúrgica pretende introducir en el Misterio de Cristo (es “mistagógica”), procediendo de lo visible a lo invisible, del signo a lo significado, de los ‘sacramentos’ a los “misterios”¹³¹.

Sobre esta materia, recomiendo a todos leer con detención la reciente Exhortación Apostólica Postsinodal *Sacramentum Caritatis* del Papa Benedicto XVI, en que explica, con palabras sencillas y precisas, la íntima relación entre la fe, los sacramentos y la liturgia.

El primado de la gracia y la búsqueda de la santidad

37. En esta meditación sobre la Iglesia, detengámonos en la relación entre los sacramentos de nuestra fe y la gracia. Vayamos una vez más a la palabras y enseñanzas de Jesús, ahora en la relación que establece entre la vid y los sarmientos, alegoría que expresa misteriosamente la unión con Cristo por medio de la gracia. “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada”¹³².

Al iniciarse el tercer milenio, al que con tanta dedicación nos preparó el venerado Papa Juan Pablo II, quiso escribir a toda la Iglesia una exhortación que hoy y siempre estará vigente en la vida de los católicos: “En la programación que nos espera, – decía – trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia. Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, ‘no podemos hacer nada’ (cf. Jn. 15,5)”¹³³.

¹²⁹ CEC n.º 1072

¹³⁰ CEC n.º 1073

¹³¹ CEC n.º 1075

¹³² San Juan 15, 1-8

¹³³ Juan Pablo II, Carta *Novo millennio ineunte*, n.º 38

“La oración nos hace vivir precisamente en esta verdad. Nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en relación con él, la primacía de la vida interior y de la santidad. Cuando no se respeta este principio, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración? Hagamos, pues, la experiencia de los discípulos en el episodio evangélico de la pesca milagrosa: ‘Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada’ (Lc. 5, 5). Este es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios, para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la Palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza: ¡Duc in altum! En aquella ocasión, fue Pedro quien habló con fe: ‘En tu palabra, echaré las redes’” (ibíd.). Permitidle al Sucesor de Pedro que, en el comienzo de este milenio, invite a toda la Iglesia a este acto de fe, que se expresa en un renovado compromiso de oración”¹³⁴.

Qué es la gracia y los que no viven en ella

38. ¿Qué significa en el tiempo presente dar lugar en nuestras vidas a la primacía de la Gracia y de la santidad? Esta pregunta nos lleva de la mano a recordar qué es la gracia y qué significa vivir en la gracia de Dios. “Nuestra justificación – es decir la acción en cada uno del Espíritu Santo por la cual somos lavados de nuestro pecados – es obra de la gracia de Dios. La gracia es el favor, el auxilio gratuito que Dios nos da para responder a su llamada, ser hijos de Dios (cf. Jn. 1, 12-18), hijos adoptivos (cf. Rm. 8, 14-17), partícipes de la naturaleza divina (cf. 2 P 1, 3-4), de la vida eterna (cf. Jn. 17, 3)”¹³⁵. “La gracia es una participación en la vida de Dios. Nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria: por el Bautismo el cristiano participa de la gracia de Cristo, Cabeza de su Cuerpo. Como ‘hijo adoptivo’ puede ahora llamar ‘Padre’ a Dios, en unión con el Hijo único. Recibe la vida del Espíritu, que le infunde la caridad y que forma la Iglesia”¹³⁶. “Esta vocación a la vida eterna es sobrenatural. Depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios, porque sólo él puede revelarse y darse a sí mismo. Sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana, como de toda criatura (1 Co. 2, 7-9)”¹³⁷. Por tanto, como enseña San Pablo, el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo (2 Co. 5, 17-18).

Es cierto que en nuestra época quizá son muchos los hombres y mujeres que habitualmente no viven en esta unión íntima con Dios, unos sin culpa alguna, otros por desidia y dejación, y muchos porque su situación personal o familiar les impide recibir la gracia del perdón divino en el sacramento de la reconciliación, pues hay en sus vidas algún obstáculo que lo impide. Todos ellos, sin excepción, deben ser evangelizados, porque, pese a esos inconvenientes, es una verdad de nuestra fe que Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad y que “la preparación del hombre para acoger la gracia es ya una obra de la gracia. Esta es necesaria para suscitar y sostener nuestra colaboración a la justificación mediante la fe y a la santificación mediante la

¹³⁴ Ibíd.

¹³⁵ CEC n.º 1996

¹³⁶ CEC n.º 1997

¹³⁷ CEC n.º 1998

caridad. Dios acaba en nosotros lo que Él mismo comenzó, ‘porque Él, por su operación, comienza haciendo que nosotros queramos; acaba cooperando con nuestra voluntad ya convertida’ (S. Agustín, *De gratia et libero arbitrio*. 17)”¹³⁸ Más aún, misteriosamente Dios quiere nuestra colaboración para que su gracia llegue a cada uno de esos hombres y mujeres que no le conocen, o habiéndolo acogido luego lo rechazan y queriendo aceptarlo no pueden objetivamente hacerlo. Todo ellos mueven el corazón misericordioso de Jesús y deben mover el nuestro a un trabajo apostólico profundo, que es de Dios y al cual nosotros prestamos nuestra humilde colaboración.

Enseña San Agustín que “ciertamente nosotros trabajamos también, pero no hacemos más que trabajar con Dios que trabaja. Porque su misericordia se nos adelantó para que fuésemos curados; nos sigue todavía para que, una vez curados, seamos vivificados; se nos adelanta para que seamos llamados, nos sigue para que seamos glorificados; se nos adelanta para que vivamos según la piedad, nos sigue para que vivamos por siempre con Dios, pues sin él no podemos hacer nada”¹³⁹.

Nuestra respuesta a la gracia. Ni activismo ni pasividad

39. Ya hemos resaltado que la eficacia de la acción evangelizadora no depende de nosotros sino en parte ínfima, pero que “hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar”. Pero aun siendo todo obra de la libre iniciativa de Dios por la gracia, Él mismo “exige la libre respuesta del hombre, porque Dios creó al hombre a su imagen concediéndole, con la libertad, el poder de conocerle y amarle. El alma sólo libremente entra en la comunión del amor. Dios toca inmediatamente y mueve directamente el corazón del hombre. Puso en el hombre una aspiración a la verdad y al bien que sólo Él puede colmar. Las promesas de la ‘vida eterna’ responden, por encima de toda esperanza, a esta aspiración. Si tú descansaste el día séptimo, al término de todas tus obras muy buenas, fue para decirnos, por la voz de tu libro, que al término de nuestras obras, ‘que son muy buenas’ por el hecho de que eres tú quien nos las ha dado, también nosotros en el sábado de la vida eterna descansaremos en ti”¹⁴⁰.

“La gracia es primero y principalmente don del Espíritu que nos justifica y nos santifica. Pero la gracia comprende también los dones que el Espíritu Santo nos concede para asociarnos a su obra, para hacernos capaces de colaborar a la salvación de los otros y al crecimiento del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Estas son las gracias sacramentales, dones propios de los distintos sacramentos. Son además las gracias especiales, llamadas también ‘carismas’, según el término griego empleado por S. Pablo, y que significa favor, don gratuito, beneficio (LG.12). Cualquiera que sea su carácter, a veces extraordinario, como el don de milagros o de lenguas, los carismas están ordenados a la gracia santificante y tienen por fin el bien común de la Iglesia. Están al servicio de la caridad, que edifica la Iglesia (cf. 1 Co. 12)”¹⁴¹.

¹³⁸ CEC n.º 2001

¹³⁹ San Agustín, *De natura et gratia*. n.º 31

¹⁴⁰ San Agustín, Confesiones. 13, 36, 51, CEC n.º 2002

¹⁴¹ CEC n.º 2003

“Siendo de orden sobrenatural, la gracia escapa a nuestra experiencia y sólo puede ser conocida por la fe. Por tanto, no podemos fundarnos en nuestros sentimientos o nuestras obras para deducir de ellos que estamos justificados y salvados (cf. Cc. de Trento: DS 1533-34). Sin embargo, según las palabras del Señor: ‘Por sus frutos los conoceréis’ (Mt. 7, 20), la consideración de los beneficios de Dios en nuestra vida y en la vida de los santos nos ofrece una garantía de que la gracia está actuando en nosotros y nos incita a una fe cada vez mayor y a una actitud de pobreza confiada: una de las más bellas ilustraciones de esta actitud se encuentra en la respuesta de Santa Juana de Arco a una pregunta capciosa de sus jueces eclesiásticos: “Interrogada si sabía que estaba en gracia en Dios, responde: ‘si no lo estoy, que Dios me quiera poner en ella; si estoy, que Dios me quiera guardar en ella’”¹⁴².

¿Acaso las palabras anteriores no nos han de llevar a un examen de nuestra propia respuesta al derroche de gracias que Dios, por medio del Espíritu Santo, da a cada uno? Ya hemos advertido con el Papa Juan Pablo II un peligro, por desgracia siempre presente en la vida de la Iglesia: la programación pastoral como el núcleo central del cual se esperan frutos apostólicos y que muchas veces conduce a un activismo exagerado que no deja tiempo a la oración y la contemplación y termina por agotar las energías espirituales.

Muchos de los pesimismo pastorales que aparecen en el trabajo apostólico tienen esta causa y muchas de las defecciones en la vida religiosa y sacerdotal vienen de la incapacidad de aceptar que los frutos de las “programaciones” no llegan, que los esfuerzos no dan los resultados que esperamos, porque no siempre confiamos en Dios y muchas veces en nosotros mismos.

Los sacramentos, signos eficaces de la acción del Señor en las almas

40. El Catecismo de la Iglesia nos enseña que “los sacramentos de la Nueva Ley fueron instituidos por Cristo y son siete, a saber: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Unción de los enfermos, Orden sacerdotal y Matrimonio. Los siete sacramentos corresponden a todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano: dan nacimiento y crecimiento, curación y misión a la vida de fe de los cristianos. Hay aquí una cierta semejanza entre las etapas de la vida natural y las etapas de la vida espiritual (cf. S. Tomás de A., s.th. 3, 65,1).¹⁴³

Nuestro Señor realizó esta obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, de su resurrección de entre los muertos y de su gloriosa ascensión. Por este misterio, con su muerte destruyó nuestra muerte y con su resurrección restauró nuestra vida. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia” (SC. 5). Por esta razón, en la liturgia, la Iglesia celebra principalmente este Misterio pascual por el que Cristo realizó la obra de nuestra salvación¹⁴⁴, por medio de la cual ‘se ejerce la obra de nuestra redención, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, que contribuye mucho a que los fieles, en su vida, expresen y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza genuina de la verdadera Iglesia (cf. SC. 2).

¹⁴² Cf. CEC n.º 2005

¹⁴³ CEC n.º 1210

¹⁴⁴ Cf. CEC n.º 1067

Con razón se considera la liturgia como el ejercicio de la función sacerdotal de Jesucristo en la que, mediante signos sensibles, se significa y se realiza, según el modo propio de cada uno, la santificación del hombre y, así, el Cuerpo místico de Cristo, esto es, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público. Por ello, toda celebración litúrgica, como obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia (SC. 7). Dice el Papa Benedicto XVI comentando el mandato misionero del Señor (Mt. 28, 19-20): “Son palabras simples y sublimes en las cuales están indicadas el deber de predicar la verdad de la fe, la urgencia de la vida sacramental, la promesa de la continua asistencia de Cristo a su Iglesia. Estas son realidades fundamentales y se refieren a la instrucción en la fe y en la moral cristiana, y a la práctica de los sacramentos. Donde Dios y su voluntad no son conocidos, donde no existe la fe en Jesucristo ni su presencia en las celebraciones sacramentales, falta lo esencial también para la solución de los urgentes problemas sociales y políticos”¹⁴⁵.

Cuidado y amor a la liturgia

41. Con la gracia de Dios en nuestra diócesis procuramos ser muy respetuosos y delicados en las celebraciones de la liturgia, viviendo con esmero lo que la Iglesia ha dispuesto, mostrando y enseñando a los fieles y a todos quienes asistan a esas celebraciones de los misterios del Señor, que creemos en ellos: es Cristo quien actúa, es la Iglesia la que nos da los sacramentos, pues creemos firmemente que “en la Liturgia de la Iglesia, la bendición divina es plenamente revelada y comunicada: el Padre es reconocido y adorado como la fuente y el fin de todas las bendiciones de la Creación y de la Salvación; en su Verbo, encarnado, muerto y resucitado por nosotros, nos colma de sus bendiciones y por él derrama en nuestros corazones el Don que contiene todos los dones: el Espíritu Santo”¹⁴⁶.

Se comprende, por tanto, que en cuanto respuesta de fe y de amor a las “bendiciones espirituales” con que el Padre nos enriquece, la liturgia cristiana tiene una doble dimensión. Por una parte, la Iglesia, unida a su Señor y “bajo la acción el Espíritu Santo” (Lc. 10, 21), bendice al Padre “por su Don inefable” (2 Co. 9,15) mediante la adoración, la alabanza y la acción de gracias. Por otra parte, y hasta la consumación del designio de Dios, la Iglesia no cesa de presentar al Padre “la ofrenda de sus propios dones” y de implorar que el Espíritu Santo venga sobre esta ofrenda, sobre ella misma, sobre los fieles y sobre el mundo entero, a fin de que por la comunión en la muerte y en la resurrección de Cristo-Sacerdote y por el poder del Espíritu estas bendiciones divinas den frutos de vida “para alabanza de la gloria de su gracia” (Ef. 1, 6)¹⁴⁷.

Especial cuidado en la celebración de la Santísima Eucaristía

42. A nadie se esconde que en los últimos años hemos observado muchos abusos en la liturgia y sobre todo en la celebración de la Santa Misa y de la confesión. Un análisis y un

¹⁴⁵ Benedicto XVI, Homilía a los Obispos del Brasil, 11 de mayo de 2007, n.º 2.

¹⁴⁶ CEC n.º 1082

¹⁴⁷ CEC n.º 1083

juicio sobre ellos no nos competen a nosotros. Recientemente el Papa Benedicto decía a un grupo de obispos suizos: “Creo que cada vez resulta más claro que la liturgia no es una “auto-manifestación” de la comunidad, la cual, como se dice, entra en escena en ella, sino que, por el contrario, es el salir de la comunidad de sí misma y acceder al gran banquete de los pobres, entrar en comunión viva, en la que Dios nos alimenta. Todos deberíamos tomar nueva conciencia de este carácter universal de la liturgia”¹⁴⁸. Hace pocos días, al dar a conocer las disposiciones por las cuales se establece que en adelante el Rito Latino Romano, que es el que se usa en casi todo el mundo occidental, tendrá dos formas de celebración, la actual u ordinaria, fruto de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, y la extraordinaria, que será la que existía en la Iglesia hasta 1962, con el Misal del Beato Juan XXII, el Papa ha dirigido una carta a todos los Obispos de la Iglesia. En ella, al comentar la reacciones de muchos fieles, que aceptando todas las enseñanzas del concilio rechazaban la liturgia, expresa que “esto sucedió sobre todo porque en muchos lugares no se celebraba de una manera fiel a las prescripciones del nuevo Misal, sino que éste llegó a entenderse como una autorización e incluso como una obligación a la creatividad, la cual llevó a menudo a deformaciones de la liturgia al límite de lo soportable. Hablo por experiencia porque he vivido también yo aquel periodo con todas sus expectativas y confusiones. Y he visto hasta qué punto han sido profundamente heridas por las deformaciones arbitrarias de la liturgia personas que estaban totalmente radicadas en la fe de la Iglesia”¹⁴⁹.

En efecto, bastaría para reconocer estas dificultades las muchas advertencias que la Santa Sede ha hecho en los últimos años sobre estas materias. Algunas han pasado prácticamente sin mencionarse entre nosotros, porque los errores y prácticas que allí se pedían rectificar han continuado.

A la luz del significado teológico profundo que tiene la liturgia y que antes hemos brevemente esbozado, creo que debemos aumentar aún más la delicadeza con que celebramos las ceremonias litúrgicas, poniendo en ellas, como dice aquella conocida oración, dignidad máxima, atención esmerada y devoción profunda y viviendo con exquisita finura la rúbrica del Misal y los demás libros litúrgicos, viviendo fielmente la enseñanza conciliar: “que nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la liturgia”¹⁵⁰.

Particularmente importante es que continuemos con dedicación en el trabajo pastoral por enseñar a amar la Eucaristía y la asistencia a la Santa Misa no sólo los días domingo y los de precepto, sino también, como ya ocurre en muchas parroquias y comunidades, durante la semana, porque “la celebración de la Eucaristía nos sitúa ante muchas otras exigencias, por lo que respecta al ministerio de la Mesa eucarística, que se refieren, en parte, tanto a los solos sacerdotes y diáconos, como a todos los que participan en la liturgia eucarística. A los sacerdotes y a los diáconos es necesario recordar que el servicio de la mesa del Pan del Señor les impone obligaciones especiales, que se refieren, en primer lugar, al mismo Cristo presente en la Eucaristía y luego a todos los actuales y posibles participantes en la Eucaristía. Respecto al primero, no será quizá superfluo

¹⁴⁸ Benedicto XVI, Discurso a los Obispos Suizos en visita *ad limina*, 7 de noviembre de 2006

¹⁴⁹ Benedicto XVI, Carta a los Obispos de la Iglesia al promulgar la Carta Apostólica en forma de Motu Proprio *Summorum Pontificum*, de 7 de julio de 2007.

¹⁵⁰ SC 22.

recordar las palabras del Pontifical que, en el día de la ordenación, el Obispo dirige al nuevo sacerdote, mientras le entrega en la patena y en el cáliz el pan y el vino ofrecidos por los fieles y preparados por el diácono: *‘Accipe oblationem plebis sanctae Deo offerendam. Agnosce quod ages, imitare quod tractabis, et vitam tuam mysterio dominicae crucis conforma’*. Esta última amonestación hecha a él por el Obispo debe quedar como una de las normas más apreciadas en su ministerio eucarístico”¹⁵¹.

“En ella debe inspirarse el sacerdote en su modo de tratar el Pan y el Vino, convertidos en Cuerpo y Sangre del Redentor. Conviene pues que todos nosotros, que somos ministros de la Eucaristía, examinemos con atención nuestras acciones ante el altar, en especial el modo con que tratamos aquel Alimento y aquella Bebida, que son el Cuerpo y la Sangre de nuestro Dios y Señor en nuestras manos; cómo distribuimos la Santa Comunión; cómo hacemos la purificación. Todas estas acciones tienen su significado. Conviene naturalmente evitar la escrupulosidad, pero Dios nos guarde de un comportamiento sin respeto, de una prisa inoportuna, de una impaciencia escandalosa. Nuestro honor más grande consiste – además del empeño en la misión evangelizadora – en ejercer ese misterioso poder sobre el Cuerpo del Redentor, y en nosotros todo debe estar claramente ordenado a esto. Debemos, además, recordar siempre que hemos sido sacramentalmente consagrados para ese poder, que hemos sido escogidos entre los hombres y ‘en favor de los hombres’. Debemos reflexionar sobre ello especialmente nosotros sacerdotes de la Iglesia Romana latina, cuyo rito de ordenación añade, en el curso de los siglos, el uso de ungir las manos del sacerdote”¹⁵².

“En algunos países se ha introducido el uso de la comunión en la mano. Esta práctica ha sido solicitada por algunas Conferencias Episcopales y ha obtenido la aprobación de la Sede Apostólica. Sin embargo, llegan voces sobre casos de faltas deplorables de respeto a las Especies eucarísticas, faltas que gravan no sólo sobre las personas culpables de tal comportamiento, sino también sobre los Pastores de la Iglesia que hayan sido menos vigilantes sobre el comportamiento de los fieles hacia la Eucaristía. Sucede también que, a veces, no se tiene en cuenta la libre opción y voluntad de los que, incluso donde ha sido autorizada la distribución de la comunión en la mano, prefieren atenerse al uso de recibirla en la boca. Es difícil pues en el contexto de esta Carta, no aludir a los dolorosos fenómenos antes mencionados. Escribiendo esto no quiero de ninguna manera referirme a las personas que, recibiendo al Señor Jesús en la mano, lo hacen con espíritu de profunda reverencia y devoción en los países donde esta praxis ha sido autorizada”¹⁵³.

“Conviene, sin embargo, no olvidar el deber primordial de los sacerdotes que han sido consagrados en su ordenación para representar a Cristo Sacerdote: por eso sus manos, como su palabra y su voluntad, se han hecho instrumento directo de Cristo. Por eso, es decir, como ministros de la sagrada Eucaristía, éstos tienen sobre las sagradas Especies una responsabilidad primaria, porque es total: ofrecen el pan y el vino, los consagran, y luego distribuyen las sagradas Especies a los participantes en la Asamblea. Los diáconos pueden solamente llevar al altar las ofrendas de los fieles y, una vez consagradas por el sacerdote,

¹⁵¹ Juan Pablo II, Carta *Dominicae Cenae*, 24 de febrero de 1980

¹⁵² Ibid.

¹⁵³ Ibid.

distribuir las. Por eso cuán elocuente, aunque no sea primitivo, es en nuestra ordenación latina el rito de la unción de las manos, como si precisamente a estas manos fuera necesaria una especial gracia y fuerza del Espíritu Santo”¹⁵⁴. “El tocar las sagradas Especies, y su distribución con las propias manos, es un privilegio de los ordenados, que indica una participación activa en el ministerio de la Eucaristía. Es obvio que la Iglesia puede conceder esa facultad a personas que no son ni sacerdotes ni diáconos, como son tanto los acólitos, en preparación para sus futuras ordenaciones, como otros laicos, que la han recibido por una justa necesidad, pero siempre después de una adecuada preparación.”¹⁵⁵.

La Eucaristía, bien común de la Iglesia

43. “No podemos, ni siquiera por un instante, olvidar que la Eucaristía es un bien peculiar de toda la Iglesia. Es el don más grande que, en el orden de la gracia y del sacramento, el divino Esposo ha ofrecido y ofrece sin cesar a su Esposa. Y, precisamente porque se trata de tal don, todos debemos, con espíritu de fe profunda, dejarnos guiar por el sentido de una responsabilidad verdaderamente cristiana. Un don nos obliga tanto más profundamente porque nos habla, no con la fuerza de un rígido derecho, sino con la fuerza de la confianza personal, y así – sin obligaciones legales – exige correspondencia y gratitud. La Eucaristía es verdaderamente tal don, es tal bien. Debemos permanecer fieles en los pormenores a lo que ella expresa en sí y a lo que nos pide, o sea la acción de gracias”¹⁵⁶.

“Hay que realizar en todas partes un esfuerzo indispensable, para que dentro del pluralismo del culto eucarístico, programado por el Concilio Vaticano II, se manifieste la unidad de la que la Eucaristía es signo y causa. Esta tarea que, obligada por las circunstancias, debe vigilar la Sede Apostólica, debería ser asumida no sólo por cada una de las Conferencias Episcopales, sino también, por cada ministro de la Eucaristía, sin excepción. Cada uno debe además recordar que es responsable del bien común de la Iglesia entera. El sacerdote como ministro, como celebrante, como quien preside la asamblea eucarística de los fieles, debe poseer un particular sentido del bien común de la Iglesia que él mismo representa mediante su ministerio, pero al que debe también subordinarse, según una recta disciplina de la fe. El no puede considerarse como ‘propietario’, que libremente dispone del texto litúrgico y del sagrado rito como de un bien propio, de manera que pueda darle un estilo personal y arbitrario. Esto puede a veces parecer de mayor efecto, y puede también corresponder mayormente a una piedad subjetiva; sin embargo, objetivamente, es siempre una traición a aquella unión que, de modo especial, debe encontrar la propia expresión en el sacramento de la unidad”¹⁵⁷.

Los sacerdotes y ministros, primeros responsables del cuidado de la Eucaristía

¹⁵⁴ Ibid.

¹⁵⁵ Ibid.

¹⁵⁶ Ibid, n.º 12

¹⁵⁷ Ibid. n.º 12

44. “Todo sacerdote, cuando ofrece el Santo Sacrificio, debe recordar que, durante este Sacrificio, no es únicamente él con su comunidad quien ora, sino que la Iglesia entera, expresando así, también con el uso del texto litúrgico aprobado, su unidad espiritual en este sacramento. Si alguien quisiera tachar de ‘uniformidad’ tal postura, esto comprobaría sólo la ignorancia de las exigencias objetivas de la auténtica unidad y sería un síntoma de dañoso individualismo”¹⁵⁸.

“Esta subordinación del ministro, del celebrante, al ‘Mysterium’ que le ha sido confiado por la Iglesia para el bien de todo el Pueblo de Dios, debe encontrar también su expresión en la observancia de las exigencias litúrgicas relativas a la celebración del Santo Sacrificio. Estas exigencias se refieren, por ejemplo, al hábito y, particularmente, a los ornamentos que reviste el celebrante. Es obvio que hayan existido y existan circunstancias en las que las prescripciones no obligan. Hemos leído con conmoción, en libros escritos por sacerdotes ex-prisioneros en campos de exterminio, relatos de celebraciones eucarísticas sin observar las mencionadas normas, o sea sin altar y sin ornamentos. Pero si en tales circunstancias esto era prueba de heroísmo y debía suscitar profunda estima, sin embargo en condiciones normales, omitir las prescripciones litúrgicas puede ser interpretado como una falta de respeto hacia la Eucaristía, dictada tal vez por individualismo o por un defecto de sentido crítico sobre las opiniones corrientes, o bien por una cierta falta de espíritu de fe”¹⁵⁹.

“Sobre todos nosotros, que somos, por gracia de Dios, ministros de la Eucaristía, pesa de modo particular la responsabilidad por las ideas y actitudes de nuestros hermanos y hermanas, encomendados a nuestra cura pastoral. Nuestra vocación es la de suscitar, sobre todo con el ejemplo personal, toda sana manifestación de culto hacia Cristo presente y operante en el Sacramento del amor. Dios nos preserve de obrar diversamente, de debilitar aquel culto, desacostumbrándonos de varias manifestaciones y formas de culto eucarístico, en las que se expresa una tal vez tradicional pero sana piedad, y sobre todo aquel ‘sentido de la fe’, que el Pueblo de Dios entero posee, como ha recordado el Concilio Vaticano II”¹⁶⁰.

A la luz de estas consideraciones, no es suficiente solamente que cada uno de los ministros, en especial los sacerdotes, cumplan con atenta devoción sus obligaciones al servir al Pueblo de Dios, sino tener la valentía y el coraje de corregir con suavidad y fortaleza los abusos que en el ámbito de la comunidad que a cada uno ha sido confiada se puedan producir, dirigiéndose cuanto antes a los Vicarios Zonales o al Obispo si lo juzgaren necesario. Esto es especialmente necesario en el caso de sacerdotes, diáconos o ministros que no siendo de nuestra diócesis celebran en algunos de nuestros templos y capillas los sagrados misterios. Un silencio en esta materia, un dejar pasar para no herir o evitar problemas o por simple comodidad es una grave dejación que recae primordialmente sobre los ministros de Dios y particularmente sobre aquellos que tienen encargadas comunidades, de las cuales son padres y pastores.

En resumen, “la Eucaristía es un bien común de toda la Iglesia, como sacramento de su unidad, y, por consiguiente, la Iglesia tiene el riguroso deber de precisar todo lo que

¹⁵⁸ Ibid

¹⁵⁹ Ibid

¹⁶⁰ Ibid.

concierno a la participación y celebración de la misma. Debemos, por lo tanto, actuar según los principios establecidos por el último Concilio que, en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, ha definido las autorizaciones y obligaciones, sea de los respectivos Obispos en sus diócesis, sea de las Conferencias Episcopales, dado que unos y otras actúan unidos colegialmente con la Sede Apostólica. Además, debemos seguir las instrucciones emanadas en este campo de los diversos Dicasterios: sea en materia litúrgica, en las normas establecidas por los libros litúrgicos, en lo concerniente al misterio eucarístico, y en las Instrucciones dedicadas al mismo misterio, sea en lo que tiene relación con la ‘*communicatio in sacris*’, en las normas del ‘*Directorium de re oecumenica*’ y en la ‘*Instructio de peculiaribus casibus admittendi alios christianos ad communionem eucharisticam in Ecclesia catholica*’. Y aunque, en esta etapa de renovación, se ha admitido la posibilidad de una cierta autonomía ‘creativa’, sin embargo ella misma debe respetar estrictamente las exigencias de la unidad substancial. Por el camino de este pluralismo (que brota ya entre otras cosas por la introducción de las distintas lenguas en la liturgia) podemos proseguir únicamente hasta allí donde no se hayan cancelado las características esenciales de la celebración de la Eucaristía y se hayan respetado las normas prescritas por la reciente reforma litúrgica”¹⁶¹.

Recientemente el Papa Benedicto nos ha enseñando: “Otro momento de la celebración, al que es necesario hacer referencia, es la distribución y recepción de la santa Comunión. Pido a todos, en particular a los ministros ordenados y a los que, debidamente preparados, están autorizados para el ministerio de distribuir la Eucaristía en caso de necesidad real, que hagan lo posible para que el gesto, en su sencillez, corresponda a su valor de encuentro personal con el Señor Jesús en el Sacramento. Respecto de las prescripciones para una praxis correcta, me remito a los documentos emanados recientemente. Todas las comunidades cristianas han de atenerse fielmente a las normas vigentes, viendo en ellas la expresión de la fe y el amor que todos han de tener respecto a este sublime Sacramento. Tampoco se descuide el tiempo precioso de acción de gracias después de la Comunión: además de un canto oportuno, puede ser también muy útil permanecer recogidos en silencio”¹⁶². Haciendo luego mención a un “un problema pastoral con el que nos encontramos frecuentemente en nuestro tiempo. Me refiero al hecho de que en algunas circunstancias, como por ejemplo en las santas Misas celebradas con ocasión de bodas, funerales o acontecimientos análogos, además de fieles practicantes, asisten también a la celebración otros que tal vez no se acercan al altar desde hace años, o quizá están en una situación de vida que no les permite recibir los sacramentos. Otras veces sucede que están presentes personas de otras confesiones cristianas o incluso de otras religiones. Situaciones similares se producen también en iglesias que son meta de visitantes, sobre todo en las grandes ciudades en las que abunda el arte. En estos casos, se ve la necesidad de usar expresiones breves y eficaces para hacer presente a todos el sentido de la Comunión sacramental y las condiciones para recibirla. Donde se den situaciones en las que no sea posible garantizar la debida claridad sobre el sentido de la Eucaristía, se ha de considerar la conveniencia de sustituir la Eucaristía con una celebración de la Palabra de Dios”¹⁶³.

¹⁶¹ Ibid

¹⁶² Benedicto XVI, Exh. Ap. *Sacramentum caritatis*, n.º 50

¹⁶³ Ibid

Un bien necesario para todos: La liturgia dominical

45. “El domingo es el día por excelencia de la Asamblea litúrgica, en que los fieles ‘deben reunirse para escuchar la Palabra de Dios y, participando en la Eucaristía, recordar la pasión, resurrección y gloria del Señor Jesús y dar gracias a Dios, que los hizo renacer a la esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos’ (SC. 106): Cuando meditamos, Oh Cristo, las maravillas que fueron realizadas en este día del domingo de tu santa Resurrección, decimos: Bendito es el día del domingo, porque en él tuvo comienzo la Creación... la salvación del mundo... la renovación del género humano... en él el cielo y la tierra se regocijaron y el universo entero quedó lleno de luz. Bendito es el día del domingo, porque en él fueron abiertas las puertas del paraíso para que Adán y todos los desterrados entraran en él sin temor (Fanqîth, Oficio siríaco de Antioquía, vol. 6, 1ª parte del verano, p.193b)”¹⁶⁴.

Tal es la importancia que adquiere la celebración dominical o en las vísperas de ese día, que el Papa Juan Pablo quiso dedicar una completa carta a renovar en toda la Iglesia el amor al Día del Señor, enseñanza que nuestras comunidades deberían ir incorporando hasta que la misa del Domingo se convierta en la gran expresión de la fe y de la celebración de la Pascua del Señor¹⁶⁵. En este ámbito nos queda un largo trabajo, que acompañado por una sostenida y eficaz catequesis familiar y por un bien organizado sistema de clases de religión católica en nuestros establecimientos educacionales, debería dar frutos evidentes en el mediano plazo. Todo depende del Señor, pero también del celo apostólico de los párrocos y sacerdotes, así como de los catequistas y profesores de religión, que son un elemento esencial del cambio que el Señor nos exige en este ámbito.

También durante su viaje pastoral a América, el Papa Benedicto ha querido volver a reafirmar la importancia de la Misa dominical para nuestras comunidades. Nos ha dicho: “De aquí la necesidad de dar prioridad, en los programas pastorales, a la valorización de la Misa dominical. Hemos de motivar a los cristianos para que participen en ella activamente y, si es posible, mejor con la familia. La asistencia de los padres con sus hijos a la celebración eucarística dominical es una pedagogía eficaz para comunicar la fe y un estrecho vínculo que mantiene la unidad entre ellos. El domingo ha significado, a lo largo de la vida de la Iglesia, el momento privilegiado del encuentro de las comunidades con el Señor resucitado. Es necesario que los cristianos experimenten que no siguen a un personaje de la historia pasada, sino a Cristo vivo, presente en el hoy y el ahora de sus vidas. Él es el Viviente que camina a nuestro lado, descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta, entrando en nuestras casas y permaneciendo en ellas, alimentándonos con el Pan que da la vida. Por eso la celebración dominical de la Eucaristía ha de ser el centro de la vida cristiana”¹⁶⁶.

“El encuentro con Cristo en la Eucaristía suscita el compromiso de la evangelización y el impulso a la solidaridad; despierta en el cristiano el fuerte deseo de

¹⁶⁴ CEC 1167

¹⁶⁵ Cf. Juan Pablo II Carta Apostólica *Dies Domini*, Sobre la santificación del domingo. 31 de mayo de 1998

¹⁶⁶ Benedicto XVI, Discurso inaugural de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, 13 de mayo de 2007. n.º 4

anunciar el Evangelio y testimoniarlo en la sociedad para que sea más justa y humana. De la Eucaristía ha brotado a lo largo de los siglos un inmenso caudal de caridad, de participación en las dificultades de los demás, de amor y de justicia. ¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y el Caribe para que, además de ser el Continente de la Esperanza, sea también el Continente del Amor!”¹⁶⁷.

Nuestras Iglesias y Capillas: la comunidad se reúne para celebrar a Cristo

46. Una de las tareas que con mayor fortaleza emprendió nuestro Obispo Fundador, fue dotar a nuestra diócesis de lugares donde rendir culto a Dios. Si en los inicios no existían sino sólo una docena de parroquias en todo el territorio diocesano, hoy, con la ayuda del Señor, son cuarenta, añadiéndose a ellas más de 120 otras capillas y lugares de culto, lo que nos permite la presencia de la Misa dominical y la celebración de los sacramentos en todos los rincones de nuestra diócesis. Pero nos queda la tarea de hacer de todos estos lugares espacios dignos y acogedores, donde los fieles puedan adorar al Señor movidos por la piedad a que llama un lugar adecuado, hermoso y bello al corazón y a la vista, para desarrollar la piedad y la devoción y reunirse para las actividades pastorales de formación, caridad y servicio a los demás. Este objetivo se ha ido logrando paulatinamente y ya son muy pocas las parroquias y capillas que no cuentan con las instalaciones necesarias para el trabajo pastoral.

Siendo muy verdadero que el culto “en espíritu y en verdad” (Jn. 4, 24) de la Nueva Alianza no está ligado a un lugar exclusivo y que toda la tierra es santa y ha sido confiada a los hijos de los hombres, cuando los fieles se reúnen en un mismo lugar, lo fundamental es que ellos son las “piedras vivas”, reunidas para “la edificación de un edificio espiritual” (1 P 2, 4-5). El Cuerpo de Cristo resucitado es el templo espiritual de donde brota la fuente de agua viva. Incorporados a Cristo por el Espíritu Santo, “somos el templo de Dios vivo” (2 Co. 6, 16).

“Estas iglesias visibles no son simples lugares de reunión, sino que significan y manifiestan a la Iglesia que vive en ese lugar, morada de Dios con los hombres reconciliados y unidos en Cristo”¹⁶⁸. “En la casa de oración se celebra y se reserva la sagrada Eucaristía, se reúnen los fieles y se venera, para ayuda y consuelo de los fieles, la presencia del Hijo de Dios, nuestro Salvador, ofrecido por nosotros en el altar del sacrificio. Por ello debe ser hermosa y apropiada para la oración y para las celebraciones sagradas” (PO 5; cf. SC. 122-127). En esta “casa de Dios”, la verdad y la armonía de los signos que la constituyen deben manifestar a Cristo que está presente y actúa en este lugar (cf. SC 7)¹⁶⁹.

“El altar de la Nueva Alianza es la Cruz del Señor (cf. Hb. 13, 10), de la que manan los sacramentos del Misterio pascual. Sobre el altar, que es el centro de la Iglesia, se hace presente el sacrificio de la cruz bajo los signos sacramentales. El altar es también la mesa del Señor, a la que el Pueblo de Dios es invitado”¹⁷⁰. En nuestras Iglesias y Capillas encontramos a Cristo presente en la Santísima Eucaristía, escondido por amor en el sagrario

¹⁶⁷ Ibid

¹⁶⁸ CEC n. 1180

¹⁶⁹ CEC n.º 1181

¹⁷⁰ CEC n.º 1182

que debe estar situado “dentro de las iglesias en un lugar de los más dignos con el mayor honor” (MF). La nobleza, la disposición y la seguridad del tabernáculo eucarístico (SC. 128) deben favorecer la adoración del Señor realmente presente en el Santísimo Sacramento del altar.

Hemos de agradecer al Señor que en nuestra diócesis la devoción y el culto a la Eucaristía se estén arraigando cada día más, mediante las celebraciones habituales de los días jueves o viernes primero de cada mes, los tiempos de adoración semanales al Señor expuesto en la Sagrada Hostia, las solemnes procesiones del Corpus Christi, las asociaciones de adoradores, los jóvenes y las jóvenes que se integran a los grupos eucarísticos, etc. También es conveniente volver a insistir que, de acuerdo a la sabiduría y enseñanza de la Iglesia, debe procurarse que los sacramentos de la fe se celebren siempre en nuestros templos, siendo una excepción que se conceda autorización para que tengan lugar fuera de ellos. Esto es especialmente aplicable al caso de los matrimonios, pues en diversas ocasiones se presentan personas – la mayoría de las veces de otras diócesis – que quieren que su matrimonio sea bendecido en lugares de eventos sociales, parques, casas, etc. Conforme con las normas canónicas y pastorales de nuestra diócesis – las mismas que se aplican en todo Chile – ese permiso lo puede conceder el Obispo, el Vicario General o los Vicarios de las Zonas Pastorales sólo por razones graves y fundadas.

El trato de los hijos con el Padre: el camino de la piedad

47. “Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas y sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre”(1 Tim. 6, 11), nos insta el apóstol. Hoy, por desgracia, la piedad es una virtud venida a menos, mirada como una exageración y como algo relacionado con una falsa religiosidad. Pero “la piedad que nace de la filiación divina es una actitud profunda del alma, que acaba por informar la existencia entera: está presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos”¹⁷¹. San Francisco de Sales la define de una manera muy delicada como “el amor que dulcifica el trabajo y nos emplea cordial y agradablemente, con todo afecto filial, en obras gratas a Dios, nuestro Padre”¹⁷².

En efecto “sin una vida interior sólida, sin una auténtica unión con Jesucristo, sin piedad verdadera, no se puede ser apóstol. Para restaurar todas las cosas en Cristo por medio del apostolado, es menester la gracia divina, y el apóstol no la recibe si no está unido a Cristo. Todos los que participan del apostolado deben, por tanto, poseer la verdadera piedad”¹⁷³.

Es necesario volver a esa piedad sincera, sencilla, como de niños, que muchos de nuestros mayores aprendieron de sus padres, especialmente frente a un cierto racionalismo espiritual que se van introduciendo en la liturgia y la vida religiosa, donde muchas veces no queda lugar para que el corazón del cristiano se exprese en manifestaciones íntimas de amor a Dios, porque no existe ni el silencio ni el ambiente para orar. Es tiempo de rechazar esa visión que viene impuesta desde una supuesta madurez religiosa y de algunas actitudes

¹⁷¹ San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n.º 146

¹⁷² San Francisco de Sales, *Tratado del Amor de Dios*, 15,1. c., p. 482

¹⁷³ San Pío X, Carta, 11 de junio de 1909

que son producto de no saber penetrar en ese misterio de Jesús. Para algunas personas, el cristianismo es un conjunto de prácticas o actos de piedad, sin percibir su relación con las situaciones de la vida corriente, con la urgencia de atender a las necesidades de los demás y de esforzarse por remediar las injusticias.

En realidad, si no aprendemos y enseñamos a considerar a Dios como nuestro Padre, difícilmente seremos piadosos, porque la piedad exige conocer y aceptar esa realidad divina, que luego se traduce en los detalles y expresiones de amor de cada uno de nosotros a Dios nuestro Padre, a Jesús nuestro hermano, a María nuestra Madre celestial.

Es especialmente importante enseñar esa piedad a los niños desde muy pequeños, mediante las oraciones de siempre, el trato confiado con el Padre de los Cielos y la amistad con Jesús, trabajo apostólico maravilloso, que si viene luego secundado por la catequesis familiar en la parroquia y luego por la formación religiosa en la educación, hará que nuestros jóvenes lleguen a la edad de la adolescencia siendo piadosos. No se opone a una enseñanza profunda de la fe la existencia de una vida de piedad sincera y de niños, porque como ellos debemos hacernos si queremos entrar en el Reino de los Cielos, según las enseñanzas del Señor. Todos debemos cultivar una mayor piedad personal, porque todos hemos sido adoptados por Dios, como enseña San Pablo, y todos podemos decir Abba, Padre, que es la manera familiar de llamar a Dios padre mío o papá. San Bernardo de Claraval, como tantos santos, siendo al mismo tiempo un hombre fuerte y decidido, exigente consigo mismo, dejó entre sus hermanos el recuerdo de un hombre tiernamente piadoso en su trato con Dios, con Jesús y particularmente con María Santísima.

Los ejercicios de piedad. Dar ejemplo.

48. Pero siendo la piedad un don de Dios, no se llega a ella sin un frecuente ejercicio de actos y costumbres habituales que van arraigando en el alma la certeza de la filiación divina y como consecuencia inunda luego todo el quehacer, alumbra todas las visiones y explica las realidades que vivimos, sean ellas de las que llamamos malas o de aquellas que consideramos buenas. Por eso es necesario que en las familias, en los grupos parroquiales, en la escuela, etc., los jóvenes aprendan poco a poco actos concretos de piedad, entre los cuales debe ocupar un lugar muy concreto la frecuencia de los sacramentos, particularmente la recepción de la Eucaristía y la Confesión; la vida de oración, dedicando habitualmente al Señor un breve tiempo de cada jornada; otros actos de piedad eucarísticos, como la adoración al Santísimo y las Visitas diarias a Jesús Sacramentado; el rezo del Santo Rosario, adaptado a la edad de los niños y jóvenes, la lectura del Nuevo Testamento, de la vida de Cristo y de los Santos, el conocimiento de la Historia Sagrada, etc.

En este sentido, la piedad de los fieles va muy de la mano con la de los sacerdotes, religiosas y otros agentes pastorales, pues ellos y ellas son para nuestra juventud una manifestación viviente del amor a Jesús y si no descubren en esas personas los actos propios de ese amor incondicionado, tampoco ellos aprenden a amar al Señor.

El Papa Benedicto XVI, en la Homilía de la Misa de inicio de la V Conferencia del Episcopado de Latinoamérica y del Caribe, decía: “El Espíritu acompaña a la Iglesia en el largo camino que se extiende entre la primera y la segunda venida de Cristo: «Voy, y vuelvo a vosotros» (Jn. 14, 28), dijo Jesús a los Apóstoles. Entre la ‘ida’ y la ‘vuelta’ de Cristo está el tiempo de la Iglesia, que es su Cuerpo, están esos dos mil años transcurridos

hasta ahora; están también estos poco más de cinco siglos en los que la Iglesia se hizo peregrina en las Américas, difundiendo en los fieles la vida de Cristo a través de los Sacramentos y lanzando en estas tierras la buena semilla del Evangelio, que rindió treinta, sesenta e incluso el ciento por uno. Tiempo de la Iglesia, tiempo del Espíritu Santo: Es el Maestro que forma a los discípulos; los hace enamorarse de Jesús; los educa para que escuchen su Palabra, a fin de que contemplen su Faz; los conforma a su Humanidad bienaventurada, pobre en espíritu, afligida, mansa, sedienta de justicia, misericordiosa, pura de corazón, pacífica, perseguida a causa de la justicia” (cf. Mt. 5, 3-10)”¹⁷⁴. En realidad, la clave de la piedad está siempre en el amor, pero un amor que se encarna en el enamorarse de Cristo de que nos habla el Papa. Este, sabemos, es el secreto de toda perseverancia en el bien.

En este año en que recordaremos el vigésimo aniversario del viaje apostólico de Juan Pablo II a Chile, aún resuenan en los oídos de los sacerdotes las palabras que nos dirigió en la Catedral Metropolitana apenas pisado el suelo patrio: “Cristo inmolado en la Cruz nos da la medida de esa entrega, ya que nos habla de amor obediente al Padre para la salvación de todos (cf. Flp. 2, 6 ss.). El sacerdote, tratando de identificarse totalmente con Cristo, sacerdote eterno, debe manifestar en el altar y en la vida este amor y esta obediencia. Como he dicho en otra ocasión, ‘un sacerdote vale lo que vale su vida eucarística, sobre todo su Misa. Misa sin amor, sacerdote estéril, Misa fervorosa, sacerdote conquistador de almas. Devoción eucarística descuidada y no amada, sacerdocio desfalleciente y en peligro’ (Al clero italiano, 16 de febrero de 1984)”¹⁷⁵. El Papa nos invitaba a ser piadosos precisamente en aquel momento culminante de nuestra vida y de nuestro día: en la celebración de la Santa Misa.

Con el fin de ayudar a todos a fomentar esta piedad, especialmente mediante el conocimiento de las oraciones de siempre, se ha publicado un pequeño devocionario con el título: “Quien reza se salva”, que permitirá a quienes lo deseen conocer esas oraciones, prepararse para recibir la Eucaristía, dar gracias por ella, acercarse a la Confesión bien dispuesto, repasar y orar con las oraciones de siempre a la Madre de Dios, etc. Será un instrumento sencillo que todos debemos aprender a utilizar.

Piedad popular; un don que cuidar y una riqueza que repartir

49. Un elemento esencial de la vida celebrativa de la Iglesia es el desarrollo de la piedad popular, que adquiere muchas y diversas manifestaciones, entre las cuales mencionamos los cuasimodistas, el canto a lo divino, los bailes religiosos, que en nuestra diócesis han adquirido ya una organización considerable y que viven sus expresiones de fe unidos a la Iglesia diocesana, contando todas ellas con el apoyo de sacerdotes y capellanes. Se trata de un aspecto “de la evangelización que no puede dejarnos insensibles. Queremos referirnos ahora a esa realidad que suele ser designada en nuestros días con el término de religiosidad popular. Tanto en las regiones donde la Iglesia está establecida desde hace siglos, como en aquellas donde se está implantando, se descubren en el pueblo expresiones particulares de búsqueda de Dios y de la fe. Consideradas durante largo tiempo como menos puras, y a

¹⁷⁴ Benedicto XVI, Homilía en la Misa de inicio de la V Conferencia, Aparecida, 13 de mayo de 2007

¹⁷⁵ Juan Pablo II, viaje apostólico a Chile. Discurso del 1 abril de 1987

veces despreciadas, estas expresiones constituyen hoy el objeto de un nuevo descubrimiento casi generalizado”¹⁷⁶. Refiriéndose a esta realidad, el Papa Benedicto XVI ha escrito en su discurso de apertura de la V Conferencia del Episcopado de Latinoamérica y el Caribe que “la sabiduría de los pueblos originarios les llevó afortunadamente a formar una síntesis entre sus culturas y la fe cristiana que los misioneros les ofrecían. De allí ha nacido la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos: - El amor a Cristo sufriente, el Dios de la compasión, del perdón y de la reconciliación; el Dios que nos ha amado hasta entregarse por nosotros; - El amor al Señor presente en la Eucaristía, el Dios encarnado, muerto y resucitado para ser Pan de Vida; - El Dios cercano a los pobres y a los que sufren; - La profunda devoción a la Santísima Virgen de Guadalupe, de Aparecida o de las diversas advocaciones nacionales y locales. Cuando la Virgen de Guadalupe se apareció al indio San Juan Diego le dijo estas significativas palabras: “¿No estoy yo aquí que soy tu madre?, ¿no estás bajo mi sombra y resguardo?, ¿no soy yo la fuente de tu alegría?, ¿no estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?”(Nican Mopohua, n.118-119)¹⁷⁷.

Esta religiosidad se expresa también en la devoción a los santos con sus fiestas patronales, en el amor al Papa y a los demás Pastores, en el amor a la Iglesia universal como gran familia de Dios que nunca puede ni debe dejar solos o en la miseria a sus propios hijos. Todo ello forma el gran mosaico de la religiosidad popular que es el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina, y que ella debe proteger, promover y, en lo que fuera necesario, también purificar”¹⁷⁸.

“La religiosidad popular, hay que confesarlo, – escribió el Papa Pablo VI – tiene ciertamente sus límites. Está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, es decir, a las supersticiones. Se queda frecuentemente a un nivel de manifestaciones culturales, sin llegar a una verdadera adhesión de fe. Puede incluso conducir a la formación de sectas y poner en peligro la verdadera comunidad eclesial”¹⁷⁹. “Pero cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción. Teniendo en cuenta estos aspectos, la llamamos gustosamente ‘piedad popular’, es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad”¹⁸⁰.

“La caridad pastoral debe dictar, a cuantos el Señor ha colocado como jefes de las comunidades eclesiales, las normas de conducta con respecto a esta realidad, a la vez tan rica y tan amenazada. Ante todo, hay que ser sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables, y estar dispuesto a ayudarla a superar sus riesgos de

¹⁷⁶ Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, n.º 48

¹⁷⁷ Benedicto XVI, Discurso inaugural de la V Conferencia. Aparecida, 13 de mayo de 2007, n.º 1.

¹⁷⁸ Ibid

¹⁷⁹ Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, n.º 48.

¹⁸⁰ Ibid

desviación. Bien orientada, esta religiosidad popular puede ser cada vez más, para nuestras masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo”¹⁸¹.

Recordemos, para terminar este importante tema, la vida del patrono de los párrocos, San Juan María Vianney, el Cura de Ars, cuya piedad es ejemplo para todos, pero especialmente para los sacerdotes. El cura de Ars nació en una familia campesina. Al nacer, todo su porvenir parecía ser el del arado y la azada. De chico era muy piadoso. Al llevar a pastorear a las ovejas (tres ovejas y un asno) portaba siempre consigo en su mochila una imagen de la Virgen, a la que le rezaba y ofrecía todo. Dios le hizo ver la llamada al sacerdocio, pero parecía imposible, eran los años posteriores a la Revolución: se perseguía a los católicos, se quemaban iglesias, se cerraban seminarios y se desterraba a los curas. Sin embargo, cuando parecía que no había más esperanzas, se llegó a un concordato con Napoleón, en el que al menos, se permitía trabajar de nuevo a la Iglesia. Y Juan María Vianney se puso a estudiar y estudiar, pero sin mayor éxito. Al menos veinte veces estuvo por volverse al arado, pero su profesor lo hacía desistir, y seguir esforzándose. Cuando parecía que se cerraban todos los caminos humanos, acudió con más énfasis a la oración. Pasaba las noches pidiendo a Dios que le diese las luces necesarias para llegar a ser capaz de ganar almas. Multiplicó las limosnas, redobló las mortificaciones, frecuentó el trato con los pobres y los enfermos, ofreció a Dios no condimentar sus comidas, y poco a poco pudo ver que su inteligencia se abría y que empezaba a comprender los problemas de la Teología. Sin embargo, cuando llegó el momento de la ordenación, surgió un nuevo problema: nadie lo quería ordenar sacerdote, porque tenía “poca instrucción”. Hasta que un Obispo, el Vicario General de Lyon, preguntó: ¿Es piadoso? ¿sabe rezar el Rosario? ¿tiene devoción a la Santísima Virgen? Y contestaron los otros: “Es un modelo de piedad”. Entonces el Vicario les dijo: “Pues bien, yo le recibo; Dios hará el resto”. Y fue admitido a las órdenes en el verano de 1815¹⁸².

Queridos hermanos y hermanas, si queremos que el Señor bendiga nuestra Iglesia con muchas y fieles vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa, si queremos una juventud que ame profundamente al Señor, a su Madre la Virgen y a la Iglesia, hagamos de ellos jóvenes piadosos. Este ha sido siempre el camino y lo es también hoy para recuperar la religiosidad de nuestros amigos y conocidos. Pero el camino de la piedad tiene un profesor exigente y eficaz, el ejemplo, que es el mejor pedagogo. Si los mayores, si los sacerdotes y las religiosas, si los padres de familia, etc., es decir, todos los adultos, no somos personalmente piadosos y amamos sinceramente al Señor, entonces es casi imposible que nuestros jóvenes lo sean.

c) El servicio a la Caridad

La caridad como tarea de la Iglesia

50. “El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es, ante todo, una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su

¹⁸¹ Ibid.

¹⁸² Cf. Justo Pérez Urbel, Año Cristiano; T. III, pp. 266-267

totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado. La Iglesia ha sido consciente de que esta tarea ha tenido una importancia constitutiva para ella desde sus comienzos: ‘Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno’ (Hch. 2, 44-45). Lucas nos relata esto relacionándolo con una especie de definición de la Iglesia, entre cuyos elementos constitutivos enumera la adhesión a la ‘enseñanza de los Apóstoles’, a la ‘comunidad’ (koinonia), a la ‘fracción del pan’ y a la ‘oración’ (cf. Hch. 2, 42). La ‘comunidad’ (koinonia), mencionada inicialmente sin especificar, se concreta después en los versículos antes citados: consiste precisamente en que los creyentes tienen todo en común y en que, entre ellos, ya no hay diferencia entre ricos y pobres (cf. también Hch. 4, 32-37). A decir verdad, a medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical de comunión material. Pero el núcleo central ha permanecido: en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa”¹⁸³.

El precepto del Amor adquiere siempre en la Iglesia nuevas formas y maneras de encontrar el rostro de Cristo y cumplir el mandato de Jesús: “un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, así también amaos mutuamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: Si tenéis caridad unos para con otros”¹⁸⁴. Suele ocurrir con la caridad que todos se consideran que están cumpliendo de alguna manera su obligación con el prójimo, pero como dice San Gregorio “ninguno, por el mero hecho de amar a su prójimo, piense ya tener caridad, sino que primero debe examinar la fuerza misma de su amor. Pues si alguno ama a los demás, pero no los ama por Dios, no tiene caridad, aunque piense que la tiene. Es caridad verdadera cuando se ama al amigo en Dios y al enemigo en Dios”¹⁸⁵.

Quisiera expresar aquí, para que cada uno lo medite, que este servicio a la caridad que el Papa Benedicto XVI desarrolla con particular acuciosidad en su primera Encíclica y que recomendando a todos volver a leer y meditar, tiene también una vertiente del mayor interés en la que debemos detenernos. En efecto, el primer sentido de este servicio es aquel de ir en ayuda de los más necesitados, los más pobres, que son muchos en la vida de nuestro país y de nuestra diócesis y que constituyen una porción especialmente amada de la Iglesia. La Iglesia ha explicitado todo un Magisterio riquísimo en tal sentido, tanto a nivel de la Santa Sede como de las Conferencias del Episcopado en diversos continentes y sobre todo en las Conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo, que han puesto su acento en diversos aspectos de la pobreza de nuestro continente. Un segundo aspecto de este servicio a la Caridad es el que surge de la necesidad de llevar el alimento del alma a hermanos y hermanas nuestras que viven en la ignorancia religiosa.

Una caridad-cariño, espiritual y humana

¹⁸³ Benedicto XVI, Exh. Apost. *Deus caritas est*, n.º 20

¹⁸⁴ Jn 13, 34-35.

¹⁸⁵ Hom. 38 sobre los Evangelios.

51. Pero, ¿cuáles son los elementos que constituyen la esencia de la caridad cristiana y eclesial?

“Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es, ante todo y simplemente, la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. Las organizaciones caritativas de la Iglesia, comenzando por Cáritas (diocesana, nacional, internacional), han de hacer lo posible para poner a disposición los medios necesarios y, sobre todo, los hombres y mujeres que desempeñan estos cometidos. Por lo que se refiere al servicio que se ofrece a los que sufren, es preciso que sean competentes profesionalmente: quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada, asumiendo el compromiso de que se continúe después las atenciones necesarias. Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una ‘formación del corazón’: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga. 5, 6)”¹⁸⁶.

Un servicio a la caridad totalmente ajeno a intereses ideológicos

52. “La actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita. Los tiempos modernos, sobre todo desde el siglo XIX, están dominados por una filosofía del progreso con diversas variantes, cuya forma más radical es el marxismo. Una parte de la estrategia marxista es la teoría del empobrecimiento: quien en una situación de poder injusto ayuda al hombre con iniciativas de caridad —afirma— se pone de hecho al servicio de ese sistema injusto, haciéndolo aparecer soportable, al menos hasta cierto punto. Se frena así el potencial revolucionario y, por tanto, se paraliza la insurrección hacia un mundo mejor. De aquí el rechazo y el ataque a la caridad como un sistema conservador del statu quo. En realidad, esta es una filosofía inhumana. El hombre que vive en el presente es sacrificado al Moloc del futuro, un futuro cuya efectiva realización resulta por lo menos dudosa. La verdad es que no se puede promover la humanización del mundo renunciando, por el momento, a comportarse de manera humana. A un mundo mejor se contribuye solamente haciendo el bien ahora y en primera persona, con pasión y donde sea posible, independientemente de estrategias y programas de partido.

¹⁸⁶ Benedicto XVI, Exh. Apost. *Deus caritas est*, n.º 31

El programa del cristiano —el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— es un ‘corazón que ve’. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. Obviamente, cuando la actividad caritativa es asumida por la Iglesia como iniciativa comunitaria, a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares”¹⁸⁷.

“Además, la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4, 8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. Y, sabe —volviendo a las preguntas de antes— que el desprecio del amor es vilipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios. En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor. Las organizaciones caritativas de la Iglesia tienen el cometido de reforzar esta conciencia en sus propios miembros, de modo que a través de su actuación —así como por su hablar, su silencio, su ejemplo— sean testigos creíbles de Cristo”¹⁸⁸.

El servicio a caridad: heroísmo en el trabajo eclesial habitual

53. Un peligro presente en el trabajo pastoral es creer que para dar fiel cumplimiento a la actividad caritativa de la Iglesia puede bastar con aquellas actividades pastorales diocesanas o parroquiales que por su propia naturaleza forman parte de la vida eclesial, no poniendo un énfasis adecuado en salir a la búsqueda de los más necesitados, organizando para ellos actividades y formas de ayuda especial. Este peligro puede acechar tanto a los ministros como también a los fieles que pueden creer que con la ayuda que ya dan a la Iglesia es suficiente. Como nos señala el Papa, la actividad caritativa de la Iglesia, el servicio a la caridad, requiere también una actuación personal dirigida a este fin, mediante iniciativas precisas y en momento y lugares adecuados, que bien pueden coordinarse con el trabajo general de la diócesis o de la parroquia.

Cada uno ha de responder personalmente a las preguntas: ¿Qué hago yo por los más pobres y desposeídos que me rodean? ¿Cómo me esfuerzo en encontrar a Cristo y su amable rostro en los que sufren, en los más pobres, en los enfermos? De las respuestas a estas preguntas han surgido ya muchas iniciativas que la Iglesia bendice y alienta, pero es necesario muchos más aún.

Dice Santa Teresa de Jesús: “Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella (que parecen no osan bullir, ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han

¹⁸⁷ Ibid.

¹⁸⁸ Ibid.

tenido), hacerse ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión. Y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que, si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada en perder esa devoción y te compadezcas de ella, y si tiene algún dolor, te duela a ti, y si fuera menester, lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella como porque sabes que tu Señor quiere aquello”¹⁸⁹.

Salir de la propia comodidad y del egoísmo para compartir lo que se tiene

54. Una primera dificultad que está arraigada en muchas personas es el apegamiento excesivo a los bienes de la tierra. El Señor desea que nos ocupemos de las cosas de la tierra, y las amemos correctamente: Poseed y dominad la tierra nos manda. (Génesis 1, 28). Pero una persona que ame “desordenadamente” las cosas de la tierra no deja lugar en su alma para el amor a Dios. Son incompatibles el “apegamiento” a los bienes y querer al Señor: No podéis servir a Dios y a las riquezas (Mateo 6, 24). Las cosas pueden convertirse en atadura que impida alcanzar a Cristo. Y si no llegamos hasta Él, ¿para qué sirve nuestra vida? Los bienes materiales son buenos porque son de Dios, pero solamente somos administradores de esos bienes durante un tiempo, por un plazo corto. Todo nos debe servir para amar a Dios – Creador y Padre – y a los demás. Si nos apegamos a las cosas, si no hacemos actos de desprendimiento efectivo de los bienes, éstos se convierten en males. Un ídolo ocupa entonces el lugar que sólo Dios debe ocupar.

El egoísmo y aburguesamiento impiden ver las necesidades ajenas. Entonces, se trata a las personas como cosas... como cosas sin valor. Con el ejercicio que hagamos de los bienes, muchos o pocos, nos ganamos la vida eterna. Este es tiempo de merecer. Siendo generosos, tratando a los demás como a hijos de Dios, somos felices aquí en la tierra y más tarde en la otra vida. El desasimiento de los bienes ha de ser efectivo, que no se consigue sin sacrificio; natural, discreto y positivo; es también interno, que afecta a los deseos; actual, porque requiere examinarse con frecuencia; y finalmente alegre, porque tenemos los ojos puestos en Cristo, bien incomparable, y porque no es una mera privación, sino riqueza espiritual, dominio de las cosas y plenitud.

El desprendimiento nace del amor a Cristo y, a la vez, hace posible que crezca y viva este amor. Dios no habita en un alma llena de apegos a pequeñeces. Por eso es necesaria una firme labor de vigilancia y limpieza interior. El desprendimiento necesario para seguir de cerca al Señor incluye, además de los bienes materiales, el desprendimiento de nosotros mismos: de la salud, de lo que piensan los demás de nosotros, de las ambiciones nobles, de los triunfos y los éxitos profesionales. Los cristianos deben poseer las cosas como si nada poseyesen (1 Corintios 7, 30). Nuestro corazón es también para Dios, porque para Él ha sido hecho, y sólo en Él colmará sus ansias de felicidad y de infinito. Todos los amores limpios y nobles se ordenan y se alimentan en este gran Amor: Jesucristo Señor Nuestro.

Este apego que impide el Amor o lo dificulta, no sólo acontece en personas que tienen muchos bienes, sino también en aquellas que tienen poco, porque el problema esencial no es tener o no tener, sino estar desprendido de todas las cosas y usarlas sólo como administradores. El ejemplo culminante de este desprendimiento de todo nos lo dio el

¹⁸⁹ Santa Teresa de Jesús, Las Moradas, V, 3, 11.

mismo Jesús: en su nacimiento (Lc. 2, 12), cuando no dispone de dinero para pagar el tributo del templo (Mt. 17, 26), cuando no tiene dónde reclinar la cabeza (Mt. 8, 20), cuando llega a la culminación en la cruz (Lc. 23, 46). Dice San Juan de la Cruz que “quien a Dios busca queriendo continuar con sus gustos, lo busca de noche; y, de noche, no lo encontrará”¹⁹⁰. Y San Juan Crisóstomo agrega: “¡Qué necedad tan grande es amontonar donde se ha de dejar, y no enviar allí donde se ha de ir! Coloca tus riquezas donde tienes tu patria”¹⁹¹.

Aprender a vivir la pobreza, tarea de todos y camino necesario

55. “Se anuncia el Evangelio a los pobres” (Mat. 11, 5), leemos en la Escritura, precisamente cómo uno de los signos que dan a conocer la llegada del Reino de Dios. Quien no ame y viva la virtud de la pobreza no tiene el espíritu de Cristo. Y esto es válido para todos: tanto para el anacoreta que se retira al desierto, como para el cristiano corriente que vive en medio de la sociedad humana, usando de los recursos de este mundo o careciendo de muchos de ellos. Es este un tema en el que querría detenerme, porque no siempre se predica hoy la pobreza, de modo que su mensaje llegue a la vida y se encarne en la realidad de nuestros fieles. Sin duda con buena voluntad, pero sin haber captado del todo el sentido de los tiempos, hay quienes predicán una pobreza fruto de una elucubración intelectual, que tiene ciertos aparatosos signos exteriores y simultáneamente enormes deficiencias interiores y a veces también externas. “Haciéndome eco de una expresión del profeta Isaías ‘discite benefacere’ (1, 17), me gusta decir que ‘hay que aprender a vivir toda virtud’, y quizá muy especialmente la pobreza. Hay que aprender a vivirla, para que no quede reducida a un ideal sobre el que se puede escribir mucho, pero que nadie realiza seriamente. Hay que hacer ver que la pobreza es una invitación que el Señor dirige a cada cristiano, y que es –por tanto– una llamada concreta que debe informar toda la vida de la humanidad. Pobreza no es miseria, y mucho menos suciedad. En primer lugar, porque lo que define al cristiano no son tanto las condiciones exteriores de su existencia, como la actitud de su corazón. Pero además, y aquí nos acercamos a un punto muy importante del que depende una recta comprensión de la vocación laical, porque la pobreza no se define por la simple renuncia. En determinadas ocasiones, el testimonio de pobreza que a los cristianos se pide puede ser el de abandonarlo todo, el de enfrentarse con un ambiente que no tiene otros horizontes que los del bienestar material, y proclamar así, con un gesto estentóreo, que nada es bueno si se lo prefiere a Dios. Pero ¿es ese el testimonio que de ordinario pide hoy la Iglesia? ¿No es verdad que exige que se dé también testimonio explícito de amor al mundo, de solidaridad con los hombres?”¹⁹².

“A veces se reflexiona sobre la pobreza cristiana, teniendo como principal punto de referencia a los religiosos, de los que es propio dar siempre y en todo lugar un testimonio público, oficial, y se corre el riesgo de no advertir el carácter específico de un testimonio laical, dado desde dentro, con la sencillez de lo ordinario. Todo cristiano corriente tiene que hacer compatibles, en su vida, dos aspectos que pueden a primera vista parecer

¹⁹⁰ Santa Teresa de Jesús, *Cántico espiritual*, 3, 3

¹⁹¹ San Juan Crisóstomo, *Catena Aurea*, vol. 1, p. 386

¹⁹² San Josemaría Escrivá, *Conversaciones*, nn. 110-122

contradictorios. ‘Pobreza real’, que se note y se toque – hecha de cosas concretas, que sea una profesión de fe en Dios, una manifestación de que el corazón no se satisface con las cosas creadas, sino que aspira al Creador, que desea llenarse de amor de Dios, y dar luego a todos de ese mismo amor. Y, al mismo tiempo, ‘ser uno más entre sus hermanos los hombres’, de cuya vida participa, con quienes se alegra, con los que colabora, amando el mundo y todas las cosas buenas que hay en el mundo, utilizando todas las cosas creadas para resolver los problemas de la vida humana, y para establecer el ambiente espiritual y material que facilita el desarrollo de las personas y de las comunidades”¹⁹³.

“Lograr la síntesis entre esos dos aspectos es – en buena parte – cuestión personal, cuestión de vida interior, para juzgar en cada momento, para encontrar en cada caso lo que Dios nos pide. No quiero, pues, dar reglas fijas, aunque sí unas orientaciones generales, refiriéndome especialmente a las madres de familia”¹⁹⁴.

“Sacrificio: ahí está en gran parte la realidad de la pobreza. Es saber prescindir de lo superfluo, medido no tanto por reglas teóricas sino según esa voz interior, que nos advierte que se está infiltrando el egoísmo o la comodidad indebida. Confort, en su sentido positivo, no es lujo ni voluptuosidad, sino hacer la vida agradable a la propia familia, y a los demás, para que todos puedan servir mejor a Dios. La pobreza está en encontrarse verdaderamente desprendido de las cosas terrenas; en llevar con alegría las incomodidades, si las hay, o la falta de medios. Es además saber tener todo el día ‘cogido’ por un horario elástico, en el que no falte como tiempo principal – además de las normas diarias de piedad – el debido descanso, la tertulia familiar, la lectura, el rato dedicado a una afición de arte, de literatura o de otra distracción noble: llenando las horas con una tarea útil, haciendo las cosas lo mejor posible, viviendo los pequeños detalles de orden, de puntualidad, de buen humor. En una palabra, encontrando lugar para el servicio de los demás y para sí misma: sin olvidar que todos los hombres, todas las mujeres – y no sólo los materialmente pobres – tienen obligación de trabajar: la riqueza, la situación de desahogo económico es una señal de que se está más obligado a sentir la responsabilidad de la sociedad entera”¹⁹⁵.

“El amor es lo que da sentido al sacrificio. Toda madre sabe bien qué es sacrificarse por sus hijos: no está sólo en concederles unas horas, sino en gastar en su beneficio toda la vida. Vivir pensando en los demás, usar de las cosas de tal manera que haya algo que ofrecer a los otros: todo eso son dimensiones de la pobreza, que garantizan el desprendimiento efectivo. Para una madre es importante no sólo vivir así, sino también enseñar a vivir así a sus hijos: educarles, fomentando en ellos la fe, la esperanza optimista y la caridad; enseñarles a superar el egoísmo y a emplear parte de su tiempo con generosidad en servicio de los menos afortunados, participando en tareas, adecuadas a su edad, en las que se ponga de manifiesto un afán de solidaridad humana y divina. Para resumir: que cada uno viva cumpliendo su vocación. Para mí, el mejor modelo de pobreza han sido siempre esos padres y esas madres de familia numerosa y pobre, que se desviven por sus hijos, y que con su esfuerzo y su constancia – muchas veces sin voz para decir a nadie que sufren

¹⁹³ Ibid

¹⁹⁴ Ibid

¹⁹⁵ Ibid, n.º 111

necesidades – sacan adelante a los suyos, creando un hogar alegre en el que todos aprenden a amar, a servir, a trabajar”¹⁹⁶.

La Iglesia frente a la pobreza. El problema de las estructuras

56. Hace ya veinte años, durante su visita pastoral a Chile, el Papa Juan Pablo II nos advirtió con una frase que ha quedado grabada en el corazón de todos los chilenos: “Los pobres no pueden esperar”. Una primera profundización en esa llamada nos lleva al servicio de la caridad con los que menos tienen, los pobres, los desamparados, y la Iglesia y muchas organizaciones sociales han trabajado arduamente en este objetivo, porque si no se logra que los hombres y mujeres más sencillos y pobres tengan lo esencial para vivir, su vida no puede ser digna de una persona. Es cierto que se ha progresado, pero también lo es que un número importante de nuestro compatriotas siguen esperando y su espera golpea una y otra vez la conciencia de una nación donde la riqueza ha aumentado y donde ésta se ha concentrado de manera que es motivo de preocupación, mas allá de las corrientes políticas o ideológicas desde donde uno mire la realidad.

El Papa Benedicto XVI en su reciente visita pastoral a América decía a este respecto: “Llegados a este punto podemos preguntarnos ¿cómo puede contribuir la Iglesia a la solución de los urgentes problemas sociales y políticos, y responder al gran desafío de la pobreza y de la miseria? Los problemas de América Latina y del Caribe, así como los del mundo de hoy, son múltiples y complejos, y no se pueden afrontar con programas generales. Sin embargo, la cuestión fundamental sobre el modo cómo la Iglesia, iluminada por la fe en Cristo, deba reaccionar ante estos desafíos, nos concierne a todos. En este contexto es inevitable hablar del problema de las estructuras, sobre todo de las que crean injusticia. En realidad, las estructuras justas son una condición sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad. Pero, ¿cómo nacen?, ¿cómo funcionan? Tanto el capitalismo como el marxismo prometieron encontrar el camino para la creación de estructuras justas y afirmaron que éstas, una vez establecidas, funcionarían por sí mismas; afirmaron que no sólo no habrían tenido necesidad de una precedente moralidad individual, sino que ellas fomentarían la moralidad común. Y esta promesa ideológica se ha demostrado que es falsa. Los hechos lo ponen de manifiesto. El sistema marxista, donde ha gobernado, no sólo ha dejado una triste herencia de destrucciones económicas y ecológicas, sino también una dolorosa destrucción del espíritu. Y lo mismo vemos también en occidente, donde crece constantemente la distancia entre pobres y ricos y se produce una inquietante degradación de la dignidad personal con la droga, el alcohol y los sutiles espejismos de felicidad. Las estructuras justas son, como he dicho, una condición indispensable para una sociedad justa, pero no nacen ni funcionan sin un consenso moral de la sociedad sobre los valores fundamentales y sobre la necesidad de vivir estos valores con las necesarias renunciaciones, incluso contra el interés personal”¹⁹⁷. Para luego añadir “donde Dios está ausente – el Dios del rostro humano de Jesucristo – estos valores no se muestran con toda su fuerza, ni se produce un consenso sobre ellos. No quiero decir que los no creyentes no puedan vivir una

¹⁹⁶ Ibid

¹⁹⁷ Benedicto XVI, Discurso de inauguración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe n.º 4

moralidad elevada y ejemplar; digo solamente que una sociedad en la que Dios está ausente no encuentra el consenso necesario sobre los valores morales y la fuerza para vivir según la pauta de estos valores, aun contra los propios intereses”¹⁹⁸.

“Por otro lado, las estructuras justas han de buscarse y elaborarse a la luz de los valores fundamentales, con todo el empeño de la razón política, económica y social. Son una cuestión de la recta ratio y no provienen de ideologías ni de sus promesas. Ciertamente existe un tesoro de experiencias políticas y de conocimientos sobre los problemas sociales y económicos, que evidencian elementos fundamentales de un estado justo y los caminos que se han de evitar. Pero en situaciones culturales y políticas diversas, y en el cambio progresivo de las tecnologías y de la realidad histórica mundial, se han de buscar de manera racional las respuestas adecuadas y debe crearse – con los compromisos indispensables – el consenso sobre las estructuras que se han de establecer”¹⁹⁹.

“Este trabajo político no es competencia inmediata de la Iglesia. El respeto de una sana laicidad – incluso con la pluralidad de las posiciones políticas – es esencial en la tradición cristiana auténtica. Si la Iglesia comenzara a transformarse directamente en sujeto político, no haría más por los pobres y por la justicia, sino que haría menos, porque perdería su independencia y su autoridad moral, identificándose con una única vía política y con posiciones parciales opinables. La Iglesia es abogada de la justicia y de los pobres, precisamente al no identificarse con los políticos ni con los intereses de partido. Sólo siendo independiente puede enseñar los grandes criterios y los valores inderogables, orientar las conciencias y ofrecer una opción de vida que va más allá del ámbito político. Formar las conciencias, ser abogada de la justicia y de la verdad, educar en las virtudes individuales y políticas, es la vocación fundamental de la Iglesia en este sector. Y los laicos católicos deben ser conscientes de su responsabilidad en la vida pública; deben estar presentes en la formación de los consensos necesarios y en la oposición contra las injusticias”²⁰⁰. “Las estructuras justas jamás serán completas de modo definitivo; por la constante evolución de la historia, han de ser siempre renovadas y actualizadas; han de estar animadas siempre por un ‘ethos’ político y humano, por cuya presencia y eficiencia se ha de trabajar siempre. Con otras palabras, la presencia de Dios, la amistad con el Hijo de Dios encarnado, la luz de su Palabra, son siempre condiciones fundamentales para la presencia y eficiencia de la justicia y del amor en nuestras sociedades”²⁰¹. Para concluir que “por tratarse de un Continente de bautizados, conviene colmar la notable ausencia, en el ámbito político, comunicativo y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada, que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas. Los movimientos eclesiales tienen aquí un amplio campo para recordar a los laicos su responsabilidad y su misión de llevar la luz del Evangelio a la vida pública, cultural, económica y política”²⁰².

Esa otra pobreza, la del espíritu y de la ignorancia de la fe

¹⁹⁸ Ibid.

¹⁹⁹ Ibid.

²⁰⁰ Ibid.

²⁰¹ Ibid.

²⁰² Ibid.

57. Una segunda reflexión sobre la llamada del Papa Juan Pablo II a que los pobres no pueden continuar esperando nos lleva a esa otra pobreza, extendida hoy más que la referida a las cosas materiales: la pobreza del espíritu y la ignorancia de las cosas de Dios y de la Iglesia. En los últimos decenios la Iglesia ha visto cómo la ignorancia religiosa se ha transformado en uno de los grandes males de nuestra sociedad, ya advertido por los Papa desde hace décadas. “Aunque hoy, gracias a la generalización de la enseñanza, los jóvenes han adquirido una cultura superior a la de sus padres, en muchos casos este nivel no se da en la vida cristiana, pues se constata a veces no sólo una ignorancia religiosa, sino un cierto vacío moral y religioso en las jóvenes generaciones”²⁰³. En nuestra misma patria, el Papa Juan Pablo II al dirigirse a los Obispos les señaló: “En ese sentido, os aliento a proseguir en vuestra línea pastoral orientada a formar integralmente personas cuya opción básica no puede ser sino Jesucristo y el Evangelio. El verdadero ‘sentir con la Iglesia’ nos inclina siempre a recordar la prioridad de la unión personal de cada uno de los hombres con Nuestro Señor. Salidle al paso – dondequiera que se haga presente – a esa forma alarmante de pobreza espiritual que tantas veces vosotros detectáis: la ignorancia religiosa. Que todos los fieles puedan tener acceso a una catequesis completa, atrayente y adecuada a las circunstancias personales, familiares y sociales de cada persona. Trabajad incansablemente para que el mensaje cristiano ilumine los ambientes culturales e intelectuales de vuestra Nación, de modo que en ellos se fragüen las ideas y proyectos que den como fruto una renovada cristianización de Chile”²⁰⁴.

Al inaugurar la reciente conferencia de Obispos de América, en Aparecida, decía el Papa: “Un gran medio para introducir al Pueblo de Dios en el misterio de Cristo es la catequesis. En ella se transmite, de forma sencilla y substancial, el mensaje de Cristo. Convendrá por tanto intensificar la catequesis y la formación en la fe, tanto de los niños como de los jóvenes y adultos. La reflexión madura de la fe es luz para el camino de la vida y fuerza para ser testigos de Cristo. Para ello se dispone de instrumentos muy valiosos como son el Catecismo de la Iglesia Católica y su versión más breve, el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica”²⁰⁵. En este campo no hay que limitarse sólo a las homilías, conferencias, cursos de Biblia o teología, sino que se ha de recurrir también a los medios de comunicación: prensa, radio y televisión, sitios de Internet, foros y tantos otros sistemas para comunicar eficazmente el mensaje de Cristo a un gran número de personas”²⁰⁶.

“En este esfuerzo por conocer el mensaje de Cristo y hacerlo guía de la propia vida, hay que recordar que la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana. ‘Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios’ (Deus caritas est, 15).

²⁰³ Juan Pablo II, Discurso a los Obispos españoles en Visita *ad limina*, 19 de febrero de 1998

²⁰⁴ Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de Chile, 2 de abril de 1987

²⁰⁵ El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica es un instrumento esencial en la formación de los jóvenes y adultos, y por ello todos los agentes pastorales han de tenerlo como libro habitual de consulta y de trabajo pastoral y usarlo con los catequizando, sin olvidar que el uso de la memorización de algunos de los contenidos de la fe ha sido siempre en la Iglesia un instrumento eficaz para grabar en el alma las verdades fundamentales.

²⁰⁶ Benedicto XVI, Discurso de inauguración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamérica y del Caribe, n.º 3

Por lo mismo, será también necesaria una catequesis social y una adecuada formación en la doctrina social de la Iglesia, siendo muy útil para ello el ‘Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia’. La vida cristiana no se expresa solamente en las virtudes personales, sino también en las virtudes sociales y políticas”²⁰⁷.

En estos campos de la enseñanza de la religión todos tiene un lugar. Pero especialmente quienes por encargo de la Iglesia son transmisores de la verdad, que no es otra cosa, como nos ha señalado el Papa Benedicto XVI que hacer redescubrir a todas las personas y particularmente a las que están en procesos de formación en los diversos ámbitos de la catequesis, que Jesús es amor y que nos trae la salvación. Redescubrir en Jesús el amor, y la salvación que el Padre nos da por el Espíritu Santo. “Esta es la substancia, la raíz, de la misión episcopal que hace del Obispo el primer responsable por la catequesis diocesana. En efecto, tiene la dirección superior de la catequesis, rodeándose de colaboradores competentes y merecedores de confianza. Es obvio, por tanto, que sus catequistas no son simples comunicadores de experiencias de fe, sino que deben ser auténticos transmisores, bajo la guía de su Pastor, de las verdades reveladas”²⁰⁸.

“La fe es una caminata conducida por el Espíritu Santo que se condensa en dos palabras: conversión y seguimiento. Esas dos palabras-llave de la tradición cristiana, indican con claridad que la fe en Cristo implica una praxis de vida basada en el doble mandamiento del amor, a Dios y al prójimo, y expresan también la dimensión social de la vida cristiana. La verdad supone un conocimiento claro del mensaje de Jesús, transmitida gracias a un comprensible lenguaje inculturado, pero necesariamente fiel a la propuesta del Evangelio. En los tiempos actuales, es urgente un conocimiento adecuado de la fe, como está bien sintetizada en el Catecismo de la Iglesia Católica con su Compendio”²⁰⁹.

Hacia la recristianización de Chile

58. Para todos, es muy evidente la descristianización de muchas naciones de antigua raigambre católica, especialmente en los países desarrollados. Ese fenómeno también está cada día más presente entre nosotros y hay muchos elementos que así lo comprueban. Por esta razón, hablar de la recristianización de Chile no puede parecernos un término exagerado.

Nuestra patria ha sufrido, desde la mitad del siglo XIX, un proceso constante de descristianización. Sólo quien quiera taparse los ojos no ve esta realidad. A ello han contribuido algunos factores particulares, cuyo análisis en profundidad no es el momento de hacer aquí, pero que brevemente deben citarse: la desidia y ausencia de muchos católicos en su tarea de evangelización y anuncio del evangelio, tal como se ha tratado en el capítulo II; el desarrollo de corrientes ideológicas de corte marxista y liberal, que han tenido como directo propósito disminuir y hasta acabar con la presencia del cristianismo y de la religión católica en nuestro pueblo más sencillo; ideologías que han penetrado profundamente en nuestra clases dirigentes y en algunos sectores de la Iglesia, provocando un grado de confusión en muchos católicos del cual costará muchos años reponernos. Junto

²⁰⁷ Ibid.

²⁰⁸ Benedicto XVI, Homilía a los Obispos del Brasil, 11 de mayo de 2007, n.º 4.

²⁰⁹ Ibid.

a ello, no puede dejar de señalarse la actividad política de sectores eclesiales y de una parte del clero – no sólo en Chile – cuyo juicio debemos dejar a los historiadores y a la Suprema Autoridad de la Iglesia.

Pero el punto central es que por décadas hemos dejado de lado la enseñanza de la doctrina y la catequesis o realizado experimentos metodológicos que a la postre han mostrado poca eficacia o su fracaso, y consecuentemente han provocado una vivencia de la fe cada vez menor. La situación actual es que generaciones de chilenos han terminado apartadas de la Iglesia o indiferentes a sus enseñanzas, mientras que otras han identificado a la Iglesia con la lucha por los derechos humanos u otras tareas, de por sí importantes, pero que no podían ni debían sustituir lo esencial. Nuestra catequesis, con sus méritos indudables, ha tenido fracasos muy notorios. Nuestra enseñanza religiosa en las escuelas ha sufrido embates gravísimos, hasta dejar a cientos de miles de nuevos jóvenes sin enseñanza religiosa, particularmente en la educación estatal. Más aún, cuando el relativismo ha tomado cuerpo hasta hacerse casi la regla del comportamiento ético y moral, la ignorancia religiosa se ha hecho aun mayor. Enseña el Papa Benedicto XVI que “en la actualidad, un obstáculo particularmente insidioso para la obra educativa es la masiva presencia, en nuestra sociedad y cultura, del relativismo que, al no reconocer nada como definitivo, deja como última medida sólo el propio yo con sus caprichos; y, bajo la apariencia de la libertad, se transforma para cada uno en una prisión, porque separa al uno del otro, dejando a cada uno encerrado dentro de su propio ‘yo’. Por consiguiente, dentro de ese horizonte relativista no es posible una auténtica educación, pues sin la luz de la verdad, antes o después, toda persona queda condenada a dudar de la bondad de su misma vida y de las relaciones que la constituyen, de la validez de su esfuerzo por construir con los demás algo en común”²¹⁰.

Ante este cuadro negativo, cuyas expresiones ya están plenamente presentes entre nosotros con expresiones públicas y privadas como el conjunto de leyes y normas administrativas que atenta contra los valores esenciales de una sociedad fundada en los valores morales del cristianismo, es necesario reflexionar.

Por una parte, existe un número importante de católicos cuyas actuaciones públicas son abiertamente contrarias a las enseñanzas de la fe que dicen profesar, por otra, se ha extendido la idea de que la fe es un bien particular del cual no cabe esperar manifestaciones públicas, provocándose un intento de privatizar sus consecuencias morales al ámbito de lo estrictamente privado. Se trata de un intento antiguo y siempre presente de realizar el orden social prescindiendo de las verdades religiosas. Es cierto que “el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política. Un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una gran banda de ladrones, dijo una vez Agustín” explica el Papa en su primera Encíclica²¹¹. Y agrega que “es propio de la estructura fundamental del cristianismo la distinción entre lo que es del César y lo que es de Dios (cf. Mt. 22, 21), esto es, entre Estado e Iglesia o, como dice el Concilio Vaticano II, el reconocimiento de la autonomía de las realidades temporales. El Estado no puede imponer la religión, pero tiene que garantizar su libertad y la paz entre los seguidores de las diversas religiones; la Iglesia, como expresión social de la fe cristiana, por su parte, tiene su independencia y vive su

²¹⁰ Benedicto XVI, Discurso 6 de junio de 2005

²¹¹ Benedicto XVI, Enc. *Deus caritas est*, n.º 28

forma comunitaria basada en la fe, que el Estado debe respetar. Son dos esferas distintas, pero siempre en relación recíproca”²¹².

Como ya sabemos, el documento final de la V Conferencia de Aparecida tiene, entre sus elementos principales, una llamada a todos los católicos a ser discípulos y misioneros de Jesucristo, avivando y llamando a todos a trabajar a fondo por la recristianización de nuestra sociedad. Dice el resumen de dicho documento: “En el último capítulo, titulado Nuestros pueblos y la cultura, continuando y actualizando las opciones de Puebla y de Santo Domingo por la evangelización de la cultura y la evangelización inculturada, se tratan los desafíos pastorales de la educación y la comunicación, los nuevos areópagos y los centros de decisión, la pastoral de las grandes ciudades, la presencia de cristianos en la vida pública, especialmente el compromiso político de los laicos por una ciudadanía plena en la sociedad democrática, la solidaridad con los pueblos indígenas y afrodescendientes, y una acción evangelizadora que señale caminos de reconciliación, fraternidad e integración entre nuestros pueblos, para formar una comunidad regional de naciones en América Latina y El Caribe”²¹³.

La Iglesia siempre es misión, pero hoy ella se vuelve más urgente y necesaria frente a los desafíos del mundo contemporáneo y cada uno ha de ocupar su lugar en esta verdadera batalla por devolver a nuestro continente y a Chile el sustrato de su propia alma: la vivencia plena del cristianismo y de la fe católica.

La purificación de la razón para encontrar la verdadera justicia

59. “La justicia es el objeto y, por tanto, también la medida intrínseca de toda política. La política es más que una simple técnica para determinar los ordenamientos públicos: su origen y su meta están precisamente en la justicia, y ésta es de naturaleza ética. Así, pues, el Estado se encuentra inevitablemente de hecho ante la cuestión de cómo realizar la justicia aquí y ahora. Pero esta pregunta presupone otra más radical: ¿qué es la justicia? Este es un problema que concierne a la razón práctica; pero para llevar a cabo rectamente su función, la razón ha de purificarse constantemente, porque su ceguera ética, que deriva de la preponderancia del interés y del poder que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente”²¹⁴.

Pero, como enseña el Papa Benedicto XVI, “en este punto, política y fe se encuentran. Sin duda, la naturaleza específica de la fe es la relación con el Dios vivo, un encuentro que nos abre nuevos horizontes mucho más allá del ámbito propio de la razón. Pero, al mismo tiempo, es una fuerza purificadora para la razón misma. Al partir de la perspectiva de Dios, la libera de su ceguera y la ayuda así a ser mejor ella misma. La fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio. En este punto se sitúa la doctrina social católica: no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación

²¹² Ibid.

²¹³ V Conferencia del Episcopado de América Latina y del Caribe. Resumen del documento final, n.º 6

²¹⁴ Benedicto XVI, Enc. *Deus caritas est*, n.º 28.

de la razón y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica”²¹⁵.

En este aspecto, es necesario detenerse a meditar si hemos permitido a la fe ayudar a la razón en su cometido de estructurar el bien común. O por el contrario, su exclusión casi completa de la vida pública ha terminado por engeguercer a la razón hasta hacerla incapaz de servir a la dignidad de la persona humana. Qué otra consecuencia puede sacarse al comprobar que entre quienes hoy están situados en los puntos neurálgicos del quehacer público hay el intento de proponer el aborto, el matrimonio entre personas de un mismo sexo, etc. Es el resultado de una razón erigida en regla de sí misma. En Brasil, dirigiéndose a los Obispos, el Papa Benedicto ha dicho que “donde Dios y su voluntad no son conocidos, donde no existe la fe en Jesucristo ni su presencia en las celebraciones sacramentales, falta lo esencial también para la solución de los urgentes problemas sociales y políticos”²¹⁶. Luego, en su discurso de apertura de la V Conferencia del Episcopado de América Latina y el Caribe ha vuelto a reiterar: “Sólo quien reconoce a Dios conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano. La verdad de esta tesis resulta evidente ante el fracaso de todos los sistemas que ponen a Dios entre paréntesis”²¹⁷. Son estas palabras claras y nítidas, salidas de la boca del Vicario de Cristo y de un hombre de excepcional conocimiento de la realidad y nadie podrá negar que se aplican a nuestra realidad como país de manera perfecta. También el olvido de Dios, ha hecho que nosotros caminemos por senderos errados, que están a la vista y que es necesario corregir.

Reconquistar el papel esencial del derecho natural

60. Mientras no se reconozca la existencia de valores que por su íntima naturaleza tienen el carácter de absolutos, es decir que nunca se deberían transgredir y que quien lo hace quiebra el nervio fundamental en que se funda la sociedad y la dignidad de las personas, más allá de las responsabilidades personales que deberán juzgarse en cada caso, mientras se continúe intentando construir un modelo social fundado sólo en el valor de la democracia, a cuyo sistema se intenta someter todo el desarrollo de la vida social, política, económica y ética, siendo así la regla de lo bueno y lo malo, la mayoría, Chile, como muchas naciones de occidente, continuará por “caminos equivocados y con recetas destructivas” cuyas consecuencias son la destrucción del tejido social.

El concepto de familia ha sido falsificado por la ley civil, de manera que para nuestro sistema social la verdadera familia fundada en el matrimonio va quedando jurídica y socialmente equiparada a las uniones de hecho e incluso a las de personas del mismo sexo. La educación de nuestra juventud ha quedado también sometida a planes y programas que obedecen a visiones parciales, intentando así reescribir la historia y separar las ciencias de toda referencia a un orden superior o moral. La educación en la afectividad de nuestros jóvenes ha tomado el fácil y errado camino de mostrar el ejercicio de la sexualidad como un

²¹⁵ Ibid.

²¹⁶ Benedicto XVI, Homilía a los Obispos del Brasil, 11 de mayo de 2007, n.º 2

²¹⁷ Ibid. , n.º 3, Discurso de inauguración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamérica y del Caribe, n.º

derecho cuyo ejercicio no tiene ningún límite, disponiéndose el Estado, con todo su aparato sanitario, a lograr que esa sexualidad deshumanizada no produzca efectos sociales negativos, que vendrían a ser los embarazos no deseados y los abortos, razón por la cual el Estado se ha transformado en el educador de la sexualidad de los jóvenes y en el promotor de un erotismo sin consecuencias. Asimismo, los intentos de dominar completamente la educación mediante la desconfianza en la libertad del hombre y los controles estatales, es otro atropello del derecho de los padres a la educación de sus hijos.

Muchos se preguntan, ante tanto desvarío, qué ha de hacerse. Busquemos la respuesta en la perenne sabiduría de la Iglesia. “La doctrina social de la Iglesia argumenta desde la razón y el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano. Y sabe que no es tarea de la Iglesia el que ella misma haga valer políticamente esta doctrina: quiere servir a la formación de las conciencias en la política y contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad para actuar conforme a ella, aun cuando esto estuviera en contraste con situaciones de intereses personales. Esto significa que la construcción de un orden social y estatal justo, mediante el cual se da a cada uno lo que le corresponde, es una tarea fundamental que debe afrontar de nuevo cada generación. Tratándose de un quehacer político, esto no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia. Pero, como al mismo tiempo es una tarea humana primaria, la Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables”²¹⁸.

“La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien”²¹⁹.

En resumen, es necesario que volvamos a los valores esenciales, a aquellos elementos fundantes de la realidad, entre los cuales el fundamental es reconocer a Dios y reconocer que hay normas y principios anteriores a nosotros mismos y al Estado, que deben ser el camino común dentro de la diversidad de toda sociedad. Leamos con atención estas palabras del Papa Benedicto XVI en Brasil: “¿Qué es esta ‘realidad’? ¿Qué es lo real? ¿Son ‘realidad’ sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como demuestran los resultados tanto de los sistemas marxistas como incluso de los capitalistas. Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el

²¹⁸ Benedicto XVI, Enc. *Deus caritas est*, n.º 28

²¹⁹ Ibid.

concepto de ‘realidad’ y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas”²²⁰.

²²⁰ Benedicto XVI, Discurso de inauguración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamérica y del Caribe, n.º 3.

CAPÍTULO III

NUESTRA MISIÓN COMO DISCÍPULOS DEL SEÑOR JESÚS

Qué significa ser una diócesis

61. En esta última parte quisiera que volviéramos nuestras reflexiones hacia nuestra Iglesia particular, la diócesis de San Bernardo, en la que el Señor ha querido que seamos sus colaboradores en el anuncio de la Buena Nueva del Evangelio. Ya hemos iniciado estas consideraciones señalando que el vigésimo aniversario de la creación de nuestra diócesis es, ante todo, un motivo de acción de gracias a Dios y de examen personal y colectivo acerca de la respuesta que cada uno ha dado en estos años a la llamada del Señor desde su propio y específico lugar en la Iglesia.

Nuestra reflexión no caminará en el sentido de realizar un recuento histórico de los que han sido estos veinte años, sino en meditar el significado más profundo de la existencia de esta comunidad.

¿Qué es una diócesis? “Es una porción del Pueblo de Dios, cuyo cuidado pastoral se encomienda al Obispo con la cooperación del presbiterio, de manera que, unida a su pastor y congregada por él en el Espíritu Santo mediante el Evangelio y la Eucaristía, constituya una Iglesia particular, en la cual verdaderamente está presente y actúa la Iglesia de Cristo, una santa, católica y apostólica”²²¹. La comunidad diocesana, tal como la define el Código de Derecho Canónico, es la Iglesia universal realizándose en una concreta realidad humana en la cual y desde la cual, existe la única y verdadera Iglesia Católica.

Así, la Iglesia local es la plenitud de la Iglesia de Cristo en un lugar, no es toda la Iglesia universal, pero la Iglesia local es Iglesia universal. Según la Constitución *Lumen Gentium*²²², la Iglesia no es sólo la universal *congregatio fidelium*, sino que es, además, el *corpus Ecclesiarum*. Es decir, la Iglesia fundada por Cristo no reúne sólo a la multitud ecuménica de los fieles bajo la autoridad suprema del Papa y del Colegio Episcopal, sino que esos fieles son convocados y congregados en las Iglesias particulares, presididas por los obispos, y la comunión de esas Iglesias constituye la Iglesia de Cristo. En otras palabras, la Iglesia universal es la comunión de las Iglesias locales que tienen a Roma como cabeza.

Todo católico está incorporado sacramentalmente a la Iglesia universal por el Bautismo en una Iglesia local; de esta manera, la Iglesia local se convierte en el hogar donde se desarrolla toda la vida cristiana. En ella los fieles tienen todos los medios necesarios para lograr su salvación y es obligación de los pastores y de todos sus miembros trabajar para que esos medios, sobre todo los sacramentos de la fe, lleguen a sus miembros abundantemente – como enseñó el Concilio – y puedan vivir en comunión con el Romano Pontífice, con sus propios pastores y entre ellos. Nadie puede llevar a cabo su vida en la Iglesia “exclusivamente” en la Iglesia universal, como si ésta pudiera ser concebida como una realidad adecuadamente distinta de las Iglesias particulares. La Iglesia universal así

²²¹ CIC c. 369

²²² Concilio Vaticano II. Const. Dog. *Lumen gentium*, n.º 23

concebida sería en realidad otra Iglesia particular más grande; por el contrario, en la Iglesia universal sólo se está participando a la vez, en el misterio de la Iglesia particular, en la cual la Iglesia universal existe, está y opera. El Papa Benedicto XVI ha iluminado con palabras muy hermosas esta realidad al decir en su reciente viaje a América: “Todavía nos podemos hacer otra pregunta: ¿Qué nos da la fe en este Dios? La primera respuesta es: nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Co. 8,9)”²²³.

¡Qué maravillosa realidad saber que Dios mismo nos ha convocado para ser de su familia y nos ha adoptado para darnos su Reino, que iniciado en esta tierra por la vida de la gracia, culmina en la vida eterna donde viviremos para siempre con Él!

Preguntémonos ahora de nuevo, qué es lo que debemos hacer nosotros, los fieles de esta Iglesia particular que es la diócesis de San Bernardo, en el momento y lugar histórico en que estamos. Iniciemos nuestra respuesta con aquellas primeras palabras del Papa Juan Pablo II. “También nosotros estamos, en cierto modo, en el tiempo de un nuevo Adviento, que es tiempo de espera: ‘Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo...’. Por medio del Hijo-Verbo, que se hizo hombre y nació de la Virgen María. En este acto redentor, la historia del hombre ha alcanzado su cumbre en el designio de amor de Dios. Dios ha entrado en la historia de la humanidad y en cuanto hombre se ha convertido en sujeto suyo, uno de los millones y millones, y al mismo tiempo único. A través de la Encarnación, Dios ha dado a la vida humana la dimensión que quería darle al hombre desde sus comienzos y le ha dado de manera definitiva – de modo peculiar a él solo, según su eterno amor y su misericordia, con toda la libertad divina – y a la vez con una magnificencia que, frente al pecado original y a toda la historia de los pecados de la humanidad, frente a los errores del entendimiento, de la voluntad y del corazón humano, nos permite repetir con estupor las palabras de la Sagrada Liturgia: ‘¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!’”²²⁴.

Anunciar a Cristo, la verdadera tarea y la única misión

62. A nosotros, llamados a vivir la plenitud de la fe católica en esta concreta realidad de nuestra Iglesia particular de San Bernardo, el Señor nos pide con vehemencia que hagamos lo “único necesario”: anunciar a Jesús, mostrarlo a los hombres y mujeres, jóvenes, adultos y de la tercera edad que viven a nuestro lado: “Es precisamente aquí, carísimos hermanos, hijos e hijas, donde se impone una respuesta fundamental y esencial; es decir, la única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta: hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo.

²²³ Benedicto XVI, Discurso de inauguración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, 13 de mayo de 2007, n.º 3

²²⁴ Juan Pablo II. Enc. *Redemptor hominis*, 1b

A Él queremos mirar nosotros, porque sólo en Él, Hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro: ‘Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna’²²⁵.

“A través de la conciencia de la Iglesia, tan desarrollada por el Concilio, a todos los niveles de esta conciencia y a través también de todos los campos de la actividad en que la Iglesia se expresa, se encuentra y se confirma, debemos tender constantemente a Aquel “que es la cabeza”, a Aquel “de quien todo procede y para quien somos nosotros” a Aquel que es al mismo tiempo “el camino, la verdad” y la “resurrección y la vida” a Aquel que viéndolo nos muestra al Padre, a Aquel que debía irse de nosotros – se refiere a la muerte en cruz y después a la Ascensión al cielo – para que el Abogado viniese a nosotros y siga viniendo constantemente como Espíritu de verdad. En Él están escondidos “todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia”, y la Iglesia en su Cuerpo. La Iglesia es en Cristo como un “sacramento, esto es, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”, y de esto es Él la fuente. ¡El mismo! ¡Él, el Redentor!”²²⁶.

Una Iglesia a la escucha de la Palabra de su Señor

63. “La Iglesia no cesa de escuchar sus palabras, vuelve a leerlas continuamente, reconstruye con la máxima devoción todo detalle particular de su vida. Estas palabras son escuchadas también por los no cristianos. La vida de Cristo habla al mismo tiempo a tantos hombres que no están aún en condiciones de repetir con Pedro: ‘Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo’. Él, Hijo de Dios vivo, habla a los hombres también como Hombre: es su misma vida la que habla, su humanidad, su fidelidad a la verdad, su amor que abarca a todos. Habla además su muerte en la cruz, esto es, la insondable profundidad de su sufrimiento y de su abandono. La Iglesia no cesa jamás de revivir su muerte en la cruz y su resurrección que constituyen el contenido de la vida cotidiana de la Iglesia. En efecto, por mandato del mismo Cristo, su Maestro, la Iglesia celebra incesantemente la Eucaristía, encontrando en ella la ‘fuente de la vida y de la santidad’, el signo eficaz de la gracia y de la reconciliación con Dios, la prenda de la vida eterna. La Iglesia vive su misterio, lo alcanza sin cansarse nunca y busca continuamente los caminos para acercar este misterio de su Maestro y Señor al género humano: a los pueblos, a las naciones, a las generaciones que se van sucediendo, a todo hombre en particular, como si repitiese siempre, a ejemplo del Apóstol, ‘que nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado’. La Iglesia permanece en la esfera del misterio de la Redención, que ha llegado a ser precisamente el principio fundamental de su vida y de su misión”²²⁷.

Nuestra misión: Anunciar a Cristo y en Él descubrir el hombre al hombre

64. Una visión cristiana del hombre tiene dos puntos de referencia que son iniciativas divinas. El primero es el Misterio de Cristo, que “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre” que descubre así su vocación divina, su filiación al Padre de los cielos, la

²²⁵ Ibid. 7b

²²⁶ Ibid. 7c.

²²⁷ Ibid. 7d.

fraternidad universal y la comunión con sus hermanos que creen también en Cristo. El segundo es la visión de la creación en la cual el hombre es “imagen de Dios”. Entre estos dos puntos, la creación y la redención, se sitúa el misterio del mal que se introduce en el mundo por el pecado que rompe la unidad interior de la persona humana, las relaciones con sus semejantes y su vinculación con la creación, concluyendo con la irrupción del dolor y de la muerte.

Sólo si logramos anunciar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo que todo este proceso, que puede a algunos arrastrar al pesimismo, tiene un punto de explicación y de reinicio en Cristo, lograremos que los seres humanos recuperen la unidad interior, la fraternidad universal y el equilibrio con la creación. Esa es la razón por la cual los cristianos podemos cantar ¡Oh feliz culpa! La de los primeros padres que pecaron, porque Dios en su misericordia infinita para salvarnos de la herencia recibida nos mandó a su hijo Jesucristo que siendo Dios se hizo hombre y así pagó nuestras culpas y restauró nuestra amistad con su Padre que en el Hijo nos adoptó como hijos.

Nuestra misión es mostrar con nuestra vida y con la palabra que el Redentor del hombre, Nuestro Señor Jesucristo, ha iniciado una nueva y definitiva época de la historia humana, marcada por la capacidad de todo ser humano de entrar en una relación personal con Dios por medio de su Hijo Jesucristo, pues el mismo Dios “nos eligió antes de la creación del mundo para ser santos en immaculados en su presencia y nos destinó a ser sus hijos” (Ef. 1,4) lo cual es una llamada a una vocación eterna a participar de su propia gloria, que es lo mismo que señalar que estamos destinados a vivir para siempre con Cristo en Dios, en el cielo.

Nuestra misión es manifestar a todos los hombres y mujeres que esta unión con Dios por medio de Jesucristo se inicia ya en esta tierra mediante la gracia, ya tratada en la primera parte de esta carta, de forma que como enseña la Iglesia, esa vida nueva y definitiva ya comenzada en esta tierra, requiere que todos puedan recibir a manos llenas los tesoros del Amor de Dios y particularmente el anuncio del Evangelio y los Sacramentos, por medio de los cuales Cristo nos hace entrar en plena comunión con Él y con su Iglesia, que es el gran Sacramento–Misterio de Salvación para todos los hombres.

La familia, lugar desde donde Dios hace nacer su Iglesia

65. **Nuestra misión** es expresar con nuestra propia vida que ya están superadas las barreras que pueden dividirnos, pues Cristo al asumir todo lo humano, menos el pecado, inauguró una nueva época relacional, en la cual los semejantes, los demás hombres y mujeres que habitan nuestra tierra, son parte de nuestro propio ser, de manera que como ya descubrieron los griegos, estamos hechos para los demás, ejemplo de lo cual nos dio el propio Señor Jesús, que vino a servir y no a ser servido y estuvo entre los hombres como el que sirve, siendo el mismo Dios.

Esa relación, después de la primaria y esencial que es nuestra propia amistad y unión con Dios por medio de Jesucristo, se expresa particularmente en la relación hombre-mujer, establecida desde el principio, rota por el pecado y restaurada por la redención. Hombre y mujer los creó, dice el libro del Génesis, dando origen así a la familia humana.

“Al comienzo de la Biblia no se dice esto de modo directo. El Antiguo Testamento es, sobre todo, la revelación de la verdad acerca de la unicidad y unidad de Dios. En esta verdad fundamental sobre Dios, el Nuevo Testamento introducirá la revelación del inescrutable misterio de su vida íntima. Dios, que se deja conocer por los hombres por medio de Cristo, es unidad en la Trinidad: es unidad en la comunión. De este modo, se proyecta también una nueva luz sobre aquella semejanza e imagen de Dios en el hombre de la que habla el libro del Génesis. El hecho de que el ser humano, creado como hombre y mujer, sea imagen de Dios, no significa solamente que cada uno de ellos en forma individual es semejante a Dios como ser racional y libre; significa además que el hombre y la mujer, creados como ‘unidad de los dos’ en su común humanidad, están llamados a vivir una comunión de amor y, de este modo, reflejar en el mundo la comunión de amor que se da en Dios, por la que las tres Personas se aman en el íntimo misterio de la única vida divina”²²⁸. La familia unida en el matrimonio sacramental constituye así una misión irrenunciable de la Iglesia y de nuestro trabajo pastoral. Para ello hemos ido adecuando las necesarias estructuras y mecanismos que permitan ayudar a todos en el difícil pero maravilloso camino de la santidad en el matrimonio. “La familia, fundada y vivificada por el amor, es una comunidad de personas: del hombre y de la mujer esposos, de los padres y de los hijos, de los parientes. Su primer cometido es el de vivir fielmente la realidad de la comunión con el empeño constante de desarrollar una auténtica comunidad de personas. El principio interior, la fuerza permanente y la meta última de tal cometido es el amor: así como sin el amor la familia no es una comunidad de personas, así también sin el amor la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas. Cuanto he escrito en la Encíclica *Redemptor hominis* encuentra su originalidad y aplicación privilegiada precisamente en la familia en cuanto tal: ‘El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido, si no le es revelado el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace propio, si no participa en él vivamente’²²⁹.

“La misma experiencia de comunión y participación, que debe caracterizar la vida diaria de la familia, representa su primera y fundamental aportación a la sociedad. Las relaciones entre los miembros de la comunidad familiar están inspiradas y guiadas por la ley de la ‘gratuidad’ que, respetando y favoreciendo en todos y cada uno la dignidad personal como único título de valor, se hace acogida cordial, encuentro y diálogo, disponibilidad desinteresada, servicio generoso y solidaridad profunda. Así, la promoción de una auténtica y madura comunión de personas en la familia se convierte en la primera e insustituible escuela de socialidad, ejemplo y estímulo para las relaciones comunitarias más amplias en un clima de respeto, justicia, diálogo y amor”²³⁰.

Desde esta verdadera concepción de la familia surgen muchos bienes no sólo para los miembros de las mismas, sino también para la sociedad y para la Iglesia. Para esta última, la familia fundada en el matrimonio y centro de una verdadera comunión entre sus miembros, es la gran cantera de la cual vienen los jóvenes llamados a la entrega plena a Dios en la vida sacerdotal y religiosa. Se puede decir que sin familias verdaderamente

²²⁸ Juan Pablo II, C. Ap. *Mulierem dignitatem*, n.º 7

²²⁹ Juan Pablo II, Exh. Ap. *Familiares Consortio*, n.º 18

²³⁰ Ibid. n.º 43

cristianas no habrá nunca el número necesario de vocaciones y también se puede afirmar que sin ellas, tampoco se formarán nuevas familias que vivan en este ideal. De aquí la oposición ineludible de la Iglesia a las leyes que promueven o aceptan el divorcio, la unión de personas del mismo sexo, el aborto, etc., que por su propia dinámica rompe el tejido social al destruir su base que es la familia.

El trabajo humano, punto de encuentro y camino de santidad en lo ordinario

66. **Nuestra misión** es manifestar a los hombres y mujeres de nuestra diócesis que el trabajo humano es el medio que Dios ha concedido a las personas para santificarse, es decir, para vivir la constante y permanente unión con Dios. “El hombre debe someter la tierra, debe dominarla, porque como ‘imagen de Dios’ es una persona, es decir, un ser subjetivo capaz de obrar de manera programada y racional, capaz de decidir acerca de sí y que tiende a realizarse a sí mismo. Como persona, el hombre es pues sujeto del trabajo. Como persona él trabaja, realiza varias acciones pertenecientes al proceso del trabajo; éstas, independientemente de su contenido objetivo, han de servir todas ellas a la realización de su humanidad, al perfeccionamiento de esa vocación de persona, que tiene en virtud de su misma humanidad. Así ese ‘dominio’ del que habla el texto bíblico que estamos analizando, se refiere no sólo a la dimensión objetiva del trabajo, sino que nos introduce contemporáneamente en la comprensión de su dimensión subjetiva. El trabajo, entendido como un proceso mediante el cual el hombre y el género humano someten la tierra, corresponde a este concepto fundamental de la Biblia sólo cuando al mismo tiempo, en todo este proceso, el hombre se manifiesta y confirma como el que ‘domina’. Ese dominio se refiere en cierto sentido a la dimensión subjetiva más que a la objetiva: esta dimensión condiciona la misma esencia ética del trabajo. En efecto, no hay duda de que el trabajo humano tiene un valor ético, el cual está vinculado completa y directamente al hecho de que quien lo lleva a cabo es una persona, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide por sí mismo”²³¹.

“Esta verdad, que constituye en cierto sentido el meollo fundamental y perenne de la doctrina cristiana sobre el trabajo humano, ha tenido y sigue teniendo un significado primordial en la formulación de los importantes problemas sociales que han interesado épocas enteras. La edad antigua introdujo entre los hombres una propia y típica diferenciación en gremios, según el tipo de trabajo que realizaban. El trabajo que exigía de parte del trabajador el uso de sus fuerzas físicas, el trabajo de los músculos y manos, era considerado indigno de hombres libres y por ello era ejecutado por los esclavos. El cristianismo, ampliando algunos aspectos ya contenidos en el Antiguo Testamento, ha llevado a cabo una fundamental transformación de conceptos, partiendo de todo el contenido del mensaje evangélico y sobre todo del hecho de que Aquel, que siendo Dios se hizo semejante a nosotros en todo, dedicó la mayor parte de los años de su vida terrena al trabajo manual junto al banco del carpintero. Esta circunstancia constituye por sí sola el más elocuente ‘Evangelio del trabajo’, que manifiesta cómo el fundamento para determinar el valor del trabajo humano no es, en primer lugar, el tipo de trabajo que se realiza, sino el hecho de que quien lo ejecuta es una persona. Las fuentes de la dignidad del trabajo deben

²³¹ Juan Pablo II, Enc. *Laborem exercens*, nn. 5-7

buscarse principalmente no en su dimensión objetiva, sino en su dimensión subjetiva. En esta concepción desaparece casi el fundamento mismo de la antigua división de los hombres en clases sociales, según el tipo de trabajo que realizasen. Esto no quiere decir que el trabajo humano, desde el punto de vista objetivo, no pueda o no deba ser de algún modo valorizado y cualificado. Quiere decir solamente que el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto. A esto va unida inmediatamente una consecuencia muy importante de naturaleza ética: es cierto que el hombre está destinado y llamado al trabajo; pero, ante todo, el trabajo está ‘en función del hombre’ y no el hombre ‘en función del trabajo’. Con esta conclusión se llega justamente a reconocer la preeminencia del significado subjetivo del trabajo sobre el significado objetivo. Dado este modo de entender, y suponiendo que algunos trabajos realizados por los hombres puedan tener un valor objetivo más o menos grande, sin embargo queremos poner en evidencia que cada uno de ellos se mide sobre todo con el metro de la dignidad del sujeto mismo del trabajo, o sea de la persona, del hombre que lo realiza. A su vez, independientemente del trabajo que cada hombre realiza, y suponiendo que ello constituya una finalidad – a veces muy exigente – de su obrar, esta finalidad no posee un significado definitivo por sí mismo. De hecho, en fin de cuentas, la finalidad del trabajo, de cualquier trabajo realizado por el hombre – aunque fuera el trabajo ‘más corriente’, más monótono en la escala del modo común de valorar, e incluso el que más margina – permanece siempre el hombre mismo”²³².

Estas breves aproximaciones al sentido trascendente del trabajo humano explican por sí solas la preocupación constante de la Doctrina Social de la Iglesia por el trabajo humano, sus condiciones, el salario que por él se percibe, la necesidad de evitar que las personas no tengan trabajo, los horarios y tiempos que a él se le dedican, pues de ese conjunto de elementos se sigue que cada persona pueda descubrir el valor redentor y salvífico de su propio trabajo, o que lo vea como una simple carga impuesta por los más poderosos sobre los que tienen menos.

La clave, como hemos señalado con el Papa Juan Pablo II, es captar en profundidad que el trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo. Este aspecto de la enseñanza cristiana adquiere particular importancia frente a quienes tienen el don del cielo de crear trabajo, de hacer surgir nuevas fuentes laborales, porque además de seguirse de ellas el progreso humano, social, económico, se sigue el efecto principal y más determinante de todos: el progreso espiritual.

Meditando en la realidad del trabajo humano surgen inquietudes que hemos de responder. ¿Estamos creando una sociedad donde el trabajo es un medio para el desarrollo de la persona y de su familia? ¿Son los salarios, que actualmente reciben una gran cantidad de nuestros compatriotas, justos y adecuados para llevar una vida digna? ¿Estamos haciendo un esfuerzo serio para que la distribución de la riqueza llegue a todos los sectores sociales, especialmente a los más postergados? Son preguntas acuciantes que como cristianos debemos hacernos. De su adecuada respuesta se seguirá una mejora verdadera en las condiciones de vida de los más pobres.

Los jóvenes y la educación religiosa

²³² Ibid.

67. **Nuestra misión** es trabajar con mucho empeño en la educación religiosa de nuestros jóvenes, rompiendo así el círculo vicioso que por años se ha instalado, de nuevas generaciones que al no recibir de sus padres la formación y el ejemplo de una vida católica y al ser defectuosas la catequesis y la formación religiosa escolar, ha dado por resultado final, como ya lo hemos recalcado, generaciones enteras alejadas de la vida religiosa, de la práctica de la fe y particularmente de la misa dominical. Ya es común en nuestro trabajo pastoral que encaminemos al matrimonio – cuando es posible – a personas que llevan muchos años de convivencia de hecho o que sólo están unidos por el vínculo civil. De tales situaciones no puede esperarse una recuperación de la formación religiosa de los hijos.

Por esta razón, nuestra diócesis ha puesto un especial énfasis en el proyecto de libros de religión para todos los niños y jóvenes que ya tienen clases de religión, pero no tienen los medios para adquirir textos de buena calidad, mediante el proyecto San Agustín, que en el año 2008 tendrá la colección completa de libros de religión y del material anexo para los profesores, como asimismo en dotar a todos los asistentes a las diversas catequesis de material adecuado y unificados, y al mismo tiempo desarrollar una amplia labor de formación de nuestros catequistas mediante el Diplomado en Catequesis Parroquial y la formación y perfeccionamiento de los profesores de religión.

Desde su creación por el Papa Juan Pablo II, la diócesis de San Bernardo se ha caracterizado por una fidelísima unión con la enseñanza del Magisterio de la Iglesia manteniendo siempre su caminar en plena unidad con el Papa. Esta realidad, motivo también de acción de gracias a Dios, ha sido la fuente de donde han manado los frutos de apostolado que hoy son una realidad en nuestro trabajo pastoral.

Volvamos a recordar las palabras que a los jóvenes de Chile dirigiera el Papa Juan Pablo II en su visita pastoral hace 20 años. “Deseo recordaros que Dios cuenta con los jóvenes y las jóvenes de Chile para cambiar este mundo. El futuro de vuestra patria depende de vosotros. Vosotros mismos sois un futuro, el cual se configurará como presente según se configuren ahora vuestras vidas. En la carta que dirigí a los jóvenes y a las jóvenes de todo el mundo con ocasión del Año Internacional de la Juventud, os decía: ‘de vosotros depende el futuro, de vosotros depende el final de este Milenio y el comienzo del nuevo. No permanezcáis pues pasivos; asumid vuestras responsabilidades en todos los campos abiertos a vosotros en nuestro mundo’ (n. 16)²³³. “Vuestra mirada atenta al mundo y a las realidades sociales, así como vuestro genuino sentido crítico que os ha de llevar a analizar y valorar juiciosamente las condiciones actuales de vuestro país, no pueden agotarse en la simple denuncia de los males existentes. En vuestra mente joven han de nacer, y también ir tomando forma, propuestas de soluciones, incluso audaces, no sólo compatibles con vuestra fe, sino también exigidas por ella. Un sano optimismo cristiano robará de este modo el terreno al pesimismo estéril y os dará confianza en el Señor”²³⁴.

Luego el Papa se preguntaba dónde se fundamenta nuestra esperanza y respondía “¿Cuál es el motivo de vuestra confianza? Vuestra fe. El reconocimiento y aceptación del inmenso amor que Dios continuamente manifiesta a los hombres: Dios, un Padre, que nos ama a cada uno desde toda la eternidad, que nos ha creado por amor y que tanto nos ha

²³³ Juan Pablo II, Discurso a los jóvenes, 2 de abril de 1987, Estadio Nacional de Santiago, Chile

²³⁴ Ibid.

amado, a los pecadores, hasta entregar a su Hijo Unigénito para perdonar nuestros pecados, para reconciliarnos con Él, para vivir con Él una comunión de amor que no terminará jamás. (Mensaje a los jóvenes, 30 de noviembre de 1986, n. 2). Sí, Jesucristo muerto, Jesucristo resucitado es para nosotros la prueba definitiva del amor de Dios por todos los hombres. Jesucristo, ‘el mismo ayer y hoy y por los siglos’ (Heb. 13, 8). Jesucristo continúa mostrando por los jóvenes el mismo amor que describe el Evangelio cuando se encuentra con un joven o una joven²³⁵.

En efecto, son los mismos jóvenes, organizados en diversas formas, los que han de trabajar para hacer su aporte específico a la Patria y a la Iglesia, pero a nosotros, como Iglesia diocesana, nos corresponde darles los medios para que ello sea posible. A nosotros nos corresponde luchar seriamente para que el ambiente hedonista y erotizado en el cual se están formando nuestros niños y jóvenes cambie.

¡Se puede, pero es necesario tener confianza en Dios y fortaleza para denunciar lo que está corrompiendo a nuestros jóvenes! Hay aquí un inmenso campo de trabajo pastoral en el que estamos iniciando el camino y que debe congrega a muchos. A quienes tienen recursos, Dios les pide ponerlos a disposición para trabajar a fondo en la educación religiosa de los jóvenes; a quienes son maestros, dedicarse de verdad a este apostolado, quizá el más esencial en este momento, razón por la cual dirigí la primera Carta Pastoral a los profesores de Religión. A los demás maestros les corresponde enseñar en cristiano y ser un ejemplo, insertándose orgánicamente en nuestro trabajo pastoral mediante la Asociación de Educadores, que se ha iniciado a fines del año pasado.

“¡Cuántas energías hay como escondidas en el alma de un joven o de una joven! nos decía el Papa Juan Pablo II en 1987. ¡Cuántas aspiraciones justas y profundos anhelos que es necesario despertar, sacar a la luz! Energías y valores que muchas veces los comportamientos y presiones que vienen de la secularización asfixian y que sólo pueden despertar en la experiencia de fe, experiencia de Cristo vivo. Sí, de Cristo muerto, Cristo crucificado, Cristo resucitado”²³⁶.

Queridos hermanos, somos nosotros los que ya estamos en la madurez de la vida, quienes debemos ayudar a despertar a nuestra juventud a una vida diversa, centrada en Cristo, en su Iglesia y en servicio caritativo y solidario a los demás, especialmente a los más pobres.

Pongo fin a estas palabras que con mucho cariño y esperanza he querido entregar especialmente a quienes trabajan en los diversos apostolados de nuestra Iglesia diocesana. Pido a todos no sólo leer esta carta, sino, despacio, ir la meditando a lo largo del tiempo de manera que el Espíritu Santo nos muestre los caminos que cada uno y todos como Iglesia debemos recorrer, nos dé la fuerza para hacerlo y así nos comprometamos en un trabajo misionero propio de los discípulos de Jesús.

Que María, la Madre de Jesús, nos ayude a descubrir cada día el inmenso amor que su Hijo Jesucristo ha tenido por cada uno de nosotros, y que nosotros sepamos descubrir a

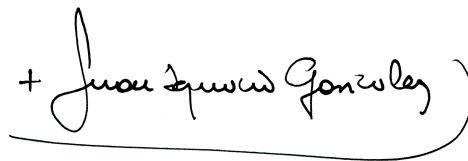
²³⁵ Ibid.

²³⁶ Ibid.

los hombres y mujeres, jóvenes y menos jóvenes, que la única y verdadera manera de vivir en esta tierra una vida auténticamente cristiana, es hacer todas las cosas por Amor a Dios.

San Bernardo, nuestro patrono celestial, nos dará la audacia para continuar mostrando a Nuestro Señor Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, a un mundo cada día más necesitado de conocer el rostro humano de Dios.

Con mi afectuosa bendición

A handwritten signature in black ink, reading "Juan Ignacio González Errázuriz", preceded by a plus sign (+). The signature is enclosed within a large, thin, hand-drawn oval.

Juan Ignacio González Errázuriz
Obispo de San Bernardo

San Bernardo, 13 de julio de 2007

Fiesta de Santa Teresa de Jesús de los Andes

Vigésimo aniversario de la creación de la Diócesis de San Bernardo.